Benito Lynch

DE LOS CAMPOS PORTEÑOS

TROQUEL

DE LOS CAMPOS PORTEÑOS

BENITO LYNCH

De los campos porteños

Cuentos

Introducción y notas de
Leonidas de Vedia

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Agosto de 1966

SEGUNDA EDICIÓN
Mayo de 1970

TERCERA EDICIÓN
Febrero de 1971

CUARTA EDICIÓN
Agosto de 1971

QUINTA EDICIÓN
Abril de 1972

SEXTA EDICIÓN
Mayo de 1974

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by Editorial Troquel S. A., Buenos Aires, 1966

INTRODUCCIÓN

BENITO LYNCH

Fue un agudo observador de costumbres. Dio a la novela de nuestra vida rural un color y un interés que nacía del fuerte carácter de sus figuras, sobre el amplio escenario campestre. La llanura, la pampa, el aire libre, fueron elementos de su decorado y en ellos se movieron sus personajes unidos a la tradición de un género narrativo que alcanzó en el país resonancia perdurable.

Lynch se había formado frente al paisaje argentino. Nacido en Buenos Aires, el 25 de julio de 1880,[1] *residió en la estancia "El Deseado" del partido de Bolívar desde los dos años de edad. Se ha dicho, por ello, que despertó entre gauchos. A los diez años sus padres lo enviaron a La Plata, para que hiciera sus estudios iniciales. No fue un alumno de vocación disciplinada. Su inteligencia viva lo llevaba a otros campos de la observación con curiosidad por el mundo, por la vida. Pronto se inclinó al periodismo. En ese medio observador se sintió cómodo, mientras con sus propios ojos quiso ser testigo de la vida rural y de ese afán nacieron sus libros. En ellos puede decirse que todo estaba visto desde adentro. Otros testigos admirables de nuestro campo lo vieron desde afuera. Lynch penetró en el ámbito que amaba. Acaso, ésa sea una de las razones de su fuerza. En el establecimiento "Las Barrancas Coloradas", en el partido de General Guido, tuvo ocasión más tarde de mirar sus escenarios predilectos. Cuando su padre, que fue*

1 Un artículo de Susana Clauso Royo, publicado en "La Prensa", el 9 de enero de este año, afirma que nació en la República Oriental del Uruguay.

legislador, falleció, Benito Lynch dejó los estudios regulares. En "El Día", de La Plata, publicó sus primeras páginas literarias. En verdad, no existe una biografía suya. Su modestia, muy característica, le hizo dar la espalda a los halagos de la popularidad. Vivió muy solo, con sus protagonistas en el recuerdo. Su existencia es la de sus libros, de sus novelas, de sus relatos. En la vieja casa de la Diagonal 77, entre 8 y 9, de La Plata, residió hasta su muerte, ocurrida el 23 de diciembre de 1951. Quiso vivir en la sombra, pero la luz de su obra lo impedía. Constantemente llegaban hasta su casa quienes querían conocerlo, saber algo más de sus días, de su pasión, de su desvelo literario. La Universidad Nacional de La Plata lo hizo doctor "honoris causa". Se lo merecía, en la mejor, en la buena interpretación de esa honra que hacía justicia a su alto sentido, responsable, de la disciplina de escribir, de crear. No formó parte de sectas, de grupos literarios. El campo de su sueño le señaló la vocación. Como los seres de algunos de sus relatos, salió a la vida para volver al silencio después de recorrer un camino de sentimiento en la belleza de una lucha sólo animada por el decoro de una auténtica vocación creadora. Sus personajes fueron puros, en su linaje literario, tal como él mismo, en su tradición de novelista.

Benito Lynch hizo una obra realista y a la vez poética. Su novela del campo bonaerense es una visión directa del mundo recio que contempló desde niño.

Tuvo Benito Lynch una personalidad de escritor muy definida, muy excepcional en sus características de narrador, especialmente en el diálogo, que parecería la realidad misma en su natural desenvoltura, en su verdad de léxico, de costumbres, de problemas. Conocía admirablemente a los niños, a las mujeres y a los hombres. Los conocía hasta el alma. Son sus figuras cuadros psicológicos y humanos de penetrante análisis. No necesitaba narrar, aunque fuera un notable narrador, porque en la acción de sus personajes estaba patente y claro el más preciso relato, a través de rasgos y formas de vida puramente verdaderos. Pero no se piense que fue tan sólo un

retratista. Fue un poeta en cuya visión de los seres despuntaba el arte de la naturaleza con magistral poder comunicativo.

Fue un maestro en el cuento y la novela. Su instinto de la pintura humana le hizo crear personajes inolvidables para el lector, como la Balbina y el James Gray de "El inglés de los güesos". Ellos, del mismo modo que otras figuras de sus relatos, se movieron naturalmente en el círculo de su problema, en cuyo proceso Benito Lynch presentó con sentido arquitectural, con idea de una proporción ajustada a su esquema dramático, todas las perspectivas de su creación. Es que, en verdad, este escritor de austeridad literaria indiscutible, amó su obra, la escribió con devoción, y puso en su empeño no solamente un anhelo de exactitud y de verdad en las figuras y las situaciones, sino un alto designio poético que no buscó, sino que nacía de su intuitiva observación de los hechos, muchísimos de los cuales, como en los temas del libro "De los campos porteños", llegaron a la emoción y la ternura. Novelista de costumbres, en el más notable espíritu de esa referencia, lo fue asimismo de caracteres. Supo dar movimiento, vida, calor a sus creaciones, y su lenguaje —el de sus personajes—, a veces gauchesco, tiene siempre naturalidad y verdad, sin excesos, sin alardes. Su primera novela, "Plata dorada", publicada en 1909, anticipaba con su fuerza los rasgos futuros del escritor de personalidad tan definida. Fueron luego testimonios claros de su vocación criolla "Los caranchos de la Florida", "Raquela", "El inglés de los güesos" "Romance de un gaucho". Se le juzgó, con razón, exponente del llamado "ciclo moderno de la literatura gauchesca". En esa atmósfera, sus personajes dieron, más que el campo mismo, el tono de la acción y del cuadro narrativo. Lo señalan, como los otros libros, "El antojo de la patrona" y "Palo verde".

"De los campos porteños", que ahora presenta TROQUEL *en una nueva edición *, es como una síntesis expresiva y conclu-*

* Se ha seguido en esta edición el texto de la realizada por "La Facultad", Buenos Aires, 1938. Se mantiene, en consecuencia la respectiva puntuación. (N. del E.).

yente del gran escritor. Todos sus rasgos están presentes en estos cuentos de resonancia tan pura en el lector: el vocabulario de Lynch, es decir, el de sus personajes característicos; el vigor dramático, en el sentido de la narración literaria; la amenidad, el interés, con que el novelista consigue siempre acercar profundamente el lector a su trama y sus seres; el conocimiento del campo, en estilo, en costumbres, en palabras. Cuentos de hombría, de dignidad del hombre, son también relatos en los que la naturaleza humana aparece revelada en la emoción de la ternura, sobre un fondo o un fin de generoso idealismo. Bastarían estos cuentos para mostrar a Lynch esencialmente narrador. Pocas palabras para definir una situación, para consagrar un momento. Por ejemplo, en el primer cuento, "La espina de junco", dice:

"...el patrón, sentado en un matorral aguarda, rumiando sus dos grandes dolores; aquel de la espina de junco clavada en el ojo como un hierro ardiente y aquel otro de la enfermedad de su hijo, hundido en el corazón como una daga."

"De los campos porteños" es un libro de relatos, pero con un fondo orgánico. Habría podido escribir Lynch, con ellos, una novela. Son, en general, los mismos protagonistas. Cuentos del campo, la presencia de Mario es una realidad y un símbolo que va de la niñez ingenua a la adolescencia reveladora. "El potrillo roano" de este libro es un cuento magistral. Y todos son esenciales en su raiz y su realidad. De la condición localista de los relatos, caracterizada por una visión ubicada en un sector de la existencia del hombre, surge —como ocurre con las obras que seriamente llegan al fondo del alma humana— un cuadro universal en su amplitud más auténtica. Estos cuentos nos enseñan, una vez más, cómo lo particular, cuando es verdadero, es también y por lo mismo general. El psicólogo que los cuentos afirman alcanzó en ellos una de las pruebas más altas y más nobles de su creación literaria.

LEONIDAS DE VEDIA.

LA ESPINA DE JUNCO

La noche comienza a invadir el campo, aquella desolación de "campo bruto", lleno de pajonales y de juncos y en donde apenas se diseñan los fundamentos de una estancia nueva.

En el patio del largo rancho sombrío, con los caballos del cabestro, el patrón y el chasqui [1] que acaba de traerle el telegrama desde "punta de rieles"; tan sólo aguardan para emprender su largo y precipitado viaje, que un muchacho, cuyos gritos agudos llegan de las profundidades invisibles del bajo; eche la manada en el corral, para tomar cierto famoso gateado negro, que hay que llevar de tiro.

El patrón está palidísimo y es tal su impaciencia que no puede quedarse quieto junto al caballo, y que la inhabilidad del pioncito, a quien a cada instante se le disparan y desparraman las yeguas, le hace prorrumpir en sordas exclamaciones de ira.

En un momento dado, en que parece por fin, que la manada "puntea" hacia las casas; el patrón vuelve a sacar de su bolsillo, el telegrama, para releerlo una vez más, como si esperara que pudiese caber algún error, en la cruel concisión de sus cuatro palabras: "Tu chico, pulmonía doble. Vente". Y la firma de Tomás, su cuñado...

Porque hay que saber, que el patrón, casado hace apenas dos años; tiene un hijo único, de catorce meses; que "punta

1 *Chasqui*: Chasque. Palabra de origen quichua, equivalente a correo.

de rieles" está a treinta leguas de galope y la ciudad, a unas sesenta de ferrocarril...

—¡La gran perra!

Y es, que de la misma puerta del corral, y por causa sin duda de un padrillo que "anda loqueando", la manada ha vuelto a disparársele al muchachito y allá va por el campo, con sordo tabletear de trueno...

El patrón, con su caballo lanzado en toda la furia, pasa junto al pioncito como un bólido, y sin reparar en cuevas, ni charcos, y atropellando ciego las cortaderas [1] y los juncos, consigue en seguida, dar vuelta a la manada y enderezarla como un ventarrón hacia las casas: "¡Yegua dentro!... ¡Dentro yegua!"... y unos silbidos estridentes, que hacen estremecer a los animales y amusgar sus orejas: y es, en el momento mismo, en que los punteros pisan ya, la playa del corral; que el patrón, al hacer una última atropellada al padrillo mañero que perturba; siente de pronto, que, con la violencia de un estallido, una intensa fulguración de llamarada y el más atroz de los dolores; algo agudísimo acaba de penetrarle por un ojo, hasta el cerebro, hasta la médula, hasta las últimas ramificaciones de su sensibilidad...

Y al mozo, después de sujetar como puede el caballo excitado, que resbala entre el barro del juncal; no le bastan las dos manos, para cubrirse la cara en un movimiento instintivo de protección contra aquel dolor nunca sentido, contra aquel dolor infinito, que entrecruza relámpagos de fuego y de sangre en la negrura absoluta de su yo interno.

—Me he vaciado un ojo... ¡La gran...!

Y tan lo cree así, que después de pasarse dos dedos exploradores por el párpado se los mira, esperando hallar en ellos los rastros viscosos del humor vítreo, y en seguida, cubriendo el ojo herido con la diestra, se dirige hacia el rancho a gran galope.

1 *Cortaderas*: Paja silvestre que crece en los bañados. Tiene aplicación industrial y medicinal.

—¡Caray!... Me he lastimado un ojo, corriendo entre los juncos —confía al chasqui, el único que está allí, en el patio oscuro, al lado de los caballos; pero ante el "¡Ah, ah!"... filosófico del hombre; el patrón, grita casi colérico, a tiempo que desmonta:

—¡Che, Lauro!... ¡A ver!... ¡Vení!...

A su llamado, un gaucho barbudo y melenudo, un gaucho de aspecto siniestro; sale del interior del rancho oscuro; lento y vacilante como una alimaña chúcara: [1]

—¿Mande?

—¡Che!... ¡M'e lastimao un ojo, corriendo!...

—¡Ah, ah!...

—Sí, me parece que me he clavado una espina...

—¡Ah, ah!... ¿Algún hunco, quizá?...

—¡No sé... Pero me duele como un diablo... ¡A ver, tomá!... Encendé un fósforo y mirame...

Y mientras el gaucho, con torpes dedos, se dispone a dar lumbre; el patrón agrega con un gemido de dolor:

—¡La gran perra! No puedo abrirlo; me parece como que lo tuviera reventado!...

—¡Ah, ah!...

Y el gaucho nervioso, después de malograr dos o tres fósforos, porque la brisa los apaga como de un manotazo, apenas encendidos; invita al patrón a cambiar de sitio:

—Vea: Vamos p'adentro, al reparo, será mejor...

—¡Vamos! —contesta aquél, y los dos hombres; penetran en el rancho, sin más luz, que aquella mortecina, que proyectan las brasas del fogón. Al principio; a nada práctico se arriba; primero; porque el patrón no puede materialmente abrir los párpados, espasmódicamente contraídos por el dolor, y después; porque, aunque el gaucho los separa con sus rudos dedazos, nada descubre en realidad, ni a la llama de los fósforos, ni a la de una vela que encienden en seguida, para substituirlos.

—¿Sabe que yo no veo nada?... Un poco colorao no más.

1 *Chúcara*: Arisca.

—Pero... ¡cómo no! —replica el patrón taconeando el suelo—. ¡Si me pincha como un diablo; si siento que tengo una cosa clavada!... ¡A ver!... ¡Fijate bien, hombre!...

El gaucho, se restriega los dedos en el chiripá:

—¡Caray!... Yo no sé... ¡A ver!... Tese quieto... No haga juerza... ¡A ver, a ver!... ¡Ah, ah!...

—¿Qué?

—¿Sabe que vide como un puntito negro, me parece?

—¿Sí, che?... ¡A ver!... Fijate otra vez...

—¡No haga juerza, no haga juerza!... ¡Ah, ah!... ¡Vea! ¡Patente, tiene clavada la espina en el blanco el ojo, contrita el negro!...

El patrón menea la cabeza:

—¡No ves!... —Y añade en seguida ejecutivo—: ¡Bueno!... ¡A ver si me la sacás, pues!...

El gaucho, cohibido, se retrae como un caracol en su concha:

—¿Yo?... ¡De ande!... ¿Con qué he de sacarla, si a gatas se le ve el cabito?

Entonces transcurren algunos segundos de un silencio casi trágico. El mozo, sintiendo repercutir dolorosamente, en su ojo herido, el acelerado latir de sus arterias y midiendo con espanto su situación de desamparo infinito, y el gaucho, mirándole de reojo y tan preocupado, que no advierte que el sebo de la vela mal tenida, gotea sobre sus alpargatas en rápida sucesión de luminosas esferillas. Al fin se atreve a preguntar sordamente:

—¿Y ahura, qué v'hacer?

El patrón, al oírle y sin dejar de cubrirse los ojos con la mano, se alza de hombros:

—¡Y qué voy a hacer!... Si tuviera un espejo... Pero... ¡qué va a tener uno en esta desolación de miércoles!...

Y tras un nuevo silencio, el mozo añade con energía, quitándose el pañuelo que lleva al cuello para vendarse con él el ojo lesionado:

—¡Bueno! ¡Andá, fijate a ver si el muchacho ese, ha agarrado el caballo y que le ponga el bozal del obscuro, para llevarlo de tiro!

El gaucho, oyendo la orden, da un paso como para comenzar a ejecutarla, pero en seguida se detiene:

—¡Oiga!...

El patrón, que sufriendo atrozmente, trata de anudarse detrás de la cabeza, el blanco pañuelo, vuelve la cara:

—¿Eh?... ¿Qué querés?...

—Pero... ¿se va a dir ansí?

—¿Cómo así?

—¿Ansí lastimao?

—¡Y qué voy a hacerle!... ¿No sabés que tengo a mi hijo enfermo?

Y lo dice en un tono, que el peón, a pesar de sus deseos, no se atreve a insistir...

* * *

Cuando a mitad de su viaje, y a punto ya de ponerse la luna, que les ha acompañado hasta entonces; los dos hombres se detienen para mudar caballo a un lado del camino; tanto lleva sufrido ya, el patrón, moral y físicamente; que al desmontar; tiene que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para no dejarse caer de bruces sobre el pasto. Por suerte, el chasqui, hombre de pocas palabras y que debe tener —pese su taimado aspecto— el corazón tan blando, como tiene de recias las asentaderas, para aguantarse así la bárbara jornada que está realizando; se comide a desensillarle el caballo:

—¡Deje!... Yo viá mudar por los dos...

—¡No, hijo!... ¡No faltaba más!...

—¡Deje, deje!... Usté viene enfermo...

Y en seguida, y mientras quita el apero[1] al animal resollante y cabizbajo, para pasarlo al otro de reserva, todavía

1 *Apero*: Recado de montar.

aconseja al patrón, con su voz apagada y como si continuara cierta conversación fugaz, que mantuvieron seis horas antes:

—También saben decir, que el barro con orín de caballo, alivea muy mucho...

Como es de suponer, el patrón tiene un gesto resignado, y después vuelve a hacerse entre ambos el silencio, uno de esos largos silencios, de los que tienen poco que decir y mucho que hacer por delante, y mientras el gaucho, con lentos y precisos movimientos, cambia el recado de su moro soberbio, a su no menos soberbio picaso-tero;[1] el patrón, sentado en un matorral aguarda, rumiando sus dos grandes dolores; aquel de la espina de junco clavada en el ojo como un hierro ardiente y aquel otro de la enfermedad de su hijo, hundido en el corazón como una daga.

¡Qué pecado habrá cometido él, para merecer semejante castigo!... Porque, a la verdad, que ni inventándola se podría crear a un hombre una situación más desdichada: el chico enfermo y él con el ojo así... sin un ojo, mejor dicho; porque es indudable que perderá el ojo y se quedará tuerto, tuerto... ¡Bueno!... Pero eso es otra cosa; eso está allá, más lejos... Lo que está allí, a la sazón, es lo de la enfermedad del nene... "Pulmonía doble", dicen... ¡Ah, ah!... Eso es algo muy serio. Él, siempre oyó hablar de pulmonía doble, como de una cosa muy grave, y por algo lo han puesto en el telegrama... "¡Pulmonía doble!"... ¿Y si se muriese?... ¡No, qué barbaridad!... Eso es tan brutal, tan atroz, tan repugnante; que no se debe ni se puede pensar... ¡No!... El nene se curará... ¡Mirá ella, tan luego!... ¡Ella!... ¡Cómo estará la pobre, tan asustadiza como es!... "¡Oy!... ¡Tosió!... ¿Oíste cómo tosió?"... Bueno, pero no está sola. Tomasito la ayudará... "Pulmonía doble. Vente"... ¿Por qué "vente"?... ¡Ah, ah!... ¡Eso es lo grave, ésa es la verdad, la bárbara verdad!... El nene tiene pulmonía doble y, por lo tanto, puede morirse... ¡Morirse!... ¡Ah, ah!... ¿Y qué hace él sin hijo?...

1 *Picaso-tero*: Picazotero. Según Solanet: picazo-overo. Pelaje obscuro de yeguarizo, con manchas.

Puede matarse, pegarse un tiro... Sí, pero ¿y Ella?... ¡Qué horror!... ¡Bueno, no hay que pensar!... ¿Por qué no ha de sanarse el nene?... El médico, todo el mundo, dice, que es más fuerte, más lindo... "¡Papá abechito!"... Él salía ya con la valija y el nene, mandado sin duda por Ella, lo detuvo una vez más, en el pasillo, tendiéndole los bracitos: "¡Papá abechito!... ¡Papá abechito!"... ¡Qué cosa, parece mentira, parece un sueño!... ¡Aquel nene, aquel su hijo, es este mismo que está ahora allá, tendido en su camita y rojo de fiebre!... "Pulmonía doble. Vente"... "¡Papá abechito!"... ¿No había algo de presagio aciago, algo de amargura de llanto, en aquel último "abechito" del nene?... ¡No!... ¡Sí!... ¡Seguramente!... ¡La gran perra!... ¡Pobrecito!... ¿Por qué no se quedaría él, el imbécil un minuto más, para besarlo mucho, para besarlo...

—Güeno, yo ya estoy...

—¿Eh?... ¡Ah!... ¡Vamos!...

Y ante el aviso del chasqui, que éste acentúa con una sonora palmada sobre el duro recado de su gran picaso, que en la alta noche, hace sonar como una matraca la coscoja[1] del freno; el patrón, con las piernas entumecidas y la espalda agobiada como un viejecito, toma su caballo y monta en él con un gemido de esfuerzo:

—¡Vamos!...

—¡Espere!... Agarre el cabresto[2] e mi moro y deme el del escuro; que si es mañerazo como el otro, lo va a dir fastidiando...

—Bueno...

...Y ese rumor característico, que forman al unirse, el trote de los caballos de tiro y el galope de los montados; vuelve a alzarse, acompasado y monótono, en la desolada inmensidad de los campos...

* * *

1 *Coscoja*: Argolla del freno.
2 *Cabestro*: Pieza de cuero para sujetar a los animales ariscos.

A las seis de la mañana, bajo un cielo gris y una fina llovizna, el patrón, mohíno y con sus caballos trasijados;[1] entra por fin, en el patio de la fonda de El Trueno. En frente, calle por medio y ante la estación desierta, maniobra con gran ruido la locomotora del tren que acaba de llegar de adentro y que una hora más tarde lo arrastrará de nuevo de regreso.

Bajo aquel cielo hosco y aquella "garúa" inesperada, todo tiene para el patrón, el mismo tinte sombrío de su espíritu, el mismo mísero aspecto de su desdicha moral y física.

Por eso, sin duda, apenas desmonta; lo primero que hace es enojarse con el peón del fondero, que no acude pronto a atenderle, muy ocupado en tirar de las varas de un sulky, tan embarrado como sus alpargatas y cuanto hay allí, en el patio.

—¡Eh!... ¡Bobeta!... ¿Vas a venir?...

—¡Güen día!...

—¡Tomá los caballos, pues!...

Y cuando el patrón va a preguntar al muchacho por el dueño de la fonda, éste, muy colorado y jovial, hace su aparición en el patio.

—¡Oh!... Bon día, dun Cuan... ¿Cóme va?

—Buen día, patrón... Dígame: ¿No ha llegado algún telegrama para mí?

—¿Telégrama... ¿Io no lo mandó quelo que vino, cul chasque?

—Sí, sí... pero... Yo digo otro, ¿algún otro?

—No, dun Cuan...

El patrón se pasa dos dedos por los párpados de su ojo sano:

—¡Caray!... ¿Sabe?... Tengo a mi hijito muy enfermo...

—¡Ah!... ¡Porca miseria!... —comenta el hombre compasivo, meneando la cabeza, y añade, tras unos segundos de reflexión—: ¿Quiere que le mande a lo mochacho in la estación?

1 *Trasijado*: Cansado, sudado.

—Bueno; si me hace el favor...

—¡Insiguida, dun Cuan! —Y el vigoroso fondero, al punto grita al peón con su voz estentórea:

—¡Eh!... ¡Porca miseria!... ¡Deca quelo lí, que lo facho io, e vacha insiguida en la estación para vere si ne gay uno telegrama aquí; para dun Cuan!... —Y mientras sale el muchacho desganadamente; añade el fondero, señalando la venda que cubre el ojo herido del patrón, como si recién reparara en ella—: ¡Oh!... ¿Ma cosa gue, don Cuan?...

—¡Déjeme! —contesta el patrón con desaliento—. ¡Me he lastimado un ojo al salir de la estancia!...

—¡Ah!... ¡Porca miseria!...

—Sí, una espina o no sé qué, que me hace sufrir como un bárbaro!... —Y el patrón agrega con voz dolorida—: Me va a mirar ahora un poco, porque ni espejo he tenido para hacerlo...

—Se ne gay a la pieza —se apresura a informar el hombre—. ¡Se ne gay uno macanuto a lo ropiero, dun Cuan!

—¡Ah, muy bien! —Y a punto en que echa a andar, nerviosamente, el patrón recomienda al fondero—: ¡Hágame llevar agua para lavarme un poco y que me preparen un jarro de café, bien caliente!...

—¡E come no, don Cuan!... ¡Insiguida!...

* * *

Por espacio de más de un cuarto de hora, y entre lágrimas y horribles punzadas; el patrón, provisto de unas pinzas, ha estado martirizando su ojo herido ante el espejo del ropero, que a cada instante empañaba su aliento y que, para ser menos práctico y más antipático, está decorado con una orla pretenciosa de florecillas pintadas al óleo; pero; todo su empeño ha sido inútil: el patrón, no ha hecho sino comprobar, que como dijo el gaucho, allá, en La Estancia, tiene una espina clavada en la esclerótica —cosa de una línea por debajo del iris—, una espina que se destaca como un punto negro, sobre

el blanco estriado de sangre, y que al menor movimiento de los párpados, le causa atroces dolores...

Por eso es, que, después de haber vuelto a vendarse del mejor modo que le ha sido posible; se ha sentado al borde de la cama que hay en el modesto cuartito mercenario, y allí, con la cabeza entre las manos y temblando de excitación y de frío, hila dolorosamente las más desalentadoras reflexiones:

"¡Las cosas que podrán haber ocurrido; cuando él llegue a su casa; para peor, así, enfermo, reventado, hecho una calamidad!"... Al mozo le parece que hiciera un año, que salió de La Estancia y otro año, lo que tarda el fondero en traerle ese jarro de café que le pidió para confortarse...; y en esto está, cuando la voz vibrante del hombre, que se alza en el patio, reprendiendo rudamente a alguno; le arranca a su amodorramiento y le hace incorporarse nervioso, a punto que una mano ruda, sacude la puerta de la habitación, entornada y sujeta por la cadenilla.

—¿Eh?... ¿Qué hay?

—¡Uno telégrama!... ¡Uno telégrama, dun Cuan!...

—¡Ah!... ¡Bueno!...

Y el patrón, de un salto, se apodera del largo sobre rojizo; que la mano velluda le alarga por la rendija, y a tiempo que lo desgarra con dedos temblorosos; vuelve a oír la voz resonante del fondero, que se aleja gritando, irritado, a alguno de los servidores: "¡Quelo li no!... ¡Anemale!... ¡Quelo lá!... ¡Porca miseria!"...

El patrón, muy pálido, da un paso atrás, como para alejarse de aquellos gritos brutales, y a dos manos, acerca el telegrama a su ojo válido:

"Puedes quedarte. Según médico, chico fuera peligro"... Expresa el telegrama en azules y firmes caracteres, y el patrón, después de leerlo diez veces en diez segundos; se queda por un momento cabizbajo e inmóvil, hasta que de pronto, y sintiendo que, en virtud de una de esas reacciones tan comunes de los nervios, va a llorar, tiene que llorar, puesto que no le es posible contener más, aquella enorme oleada de llanto que le

sube del corazón a la garganta; avanza hacia el ropero y, apoyando un antebrazo en aquella misma luna de espejo de las pintadas florecillas; solloza, como una mujer o como un niño, solloza convulsivamente sacudiendo los hombros y vertiendo lágrimas a raudales, hasta empapar en ellas, el blanco pañuelo que le sirve de venda...

...Después, y cuando se quita ante el espejo aquel pañuelo mojado, el patrón comprueba con asombro, que no solamente ha desaparecido el dolor de su ojo herido, sino que también, aquel puntillo obscuro y siniestro, que era la espina de junco, enclavada en la albura de la córnea opaca...

UN ANGELITO GAUCHO

Una mañana de enero, sofocante y pesada. En su cuartito, pintado de blanco y sin más muebles que una cama, un lavabo de hierro y una silla de Viena, Mario duerme —a pesar del calor, de las moscas y de la claridad que reina en la pieza— con la dulce y serena despreocupación de sus seis años vigorosos y sanos.

LA MAMÁ (*abriendo la puerta que comunica con la habitación contigua, a otra persona, a la que no se ve, pero que debe estar muy cerca*). — Y que hay que echar por lo menos, cinco presas más en el puchero... ¡Sí! (*acercándose a la cama del niño en su claro batón de muselina*). ¡Mario!... ¡Mario!... ¡Dormilón!... (*advirtiendo que una mosca se pasea por la frente madorosa del chico y espantándola con un movimiento de la mano*). ¡Pst!... ¡Animalitos odiosos!... (*besando al niño*). ¡Mario!... ¡M'hijito! ¡Que son las ocho, Mario!...

MARIO (*después de hacer una mueca muy cómica, con la nariz y la boca; de abrir enormemente los ojos y de mirar un instante a la mamá que le sonríe interrogadora, volviendo a cerrarlo*). — ¡Hum!...

LA MAMÁ (*siempre sonriente y a tiempo que aparta con una mano muy fina y muy blanca, los cabellos de la frente del niño*). — ¡Oy!... ¡Y se duerme otra vez, el sinvergüenzote!...

MARIO (*restregándose furiosamente los párpados y sonriendo por fin*). — ¡Buen día, mamá!... ¿Y Bartolo?

LA MAMÁ (*besándolo de nuevo*). — Buenos días, m'hijito... Bartolo está ahí afuera en la galería, relamiéndose los bigotes. El pícaro se ha de haber comido algún pajarito.

MARIO. — Traémelo, mamá...

LA MAMÁ (*con viveza*). — ¡No!... ¡Nada de gato ahora!... Hay que levantarse para tomar...

MARIO. — ¡Qué calor!...

LA MAMÁ. — ¡Horrible!... ¡Peor que ayer! ¡Vieras lo que ha pasado!... Se han caído al jagüel [1] unas vacas... Papá ha tenido que irse tempranito...

MARIO. — ¡Unas vacas!... ¡Oh!...

LA MAMÁ. — Sí, m'hijito... Atormentadas por la sed... No había agua en los bebederos, sin duda y... (*recordando*). ¡Ah!... ¿No sabes otra cosa?... Unos vigilantes han traído a un hombre, a un bandido, a un asesino... Lo llevan para el pueblo y está ahí en la cocina de los peones... Gregoria lo ha visto y dice que tiene unos ojos feroces y unas barbas "así", tremendas...

MARIO. — ¿Qué es un asesino?

LA MAMÁ. — Es un hombre muy malo; un hombre que ha matado a mucha gente...

MARIO. — ¿Con el cuchillo?

LA MAMÁ. — Con cuchillo o con lo que fuere... Pero, es un hombre terrible...

MARIO (*en un tono que se diría de sereno estoicismo*). — ¿Nos matará a nosotros?

LA MAMÁ (*riendo*). — No m'hijito... ¡Qué disparate! Nada le hemos hecho y... además lo cuidan los vigilantes...

MARIO (*sentándose en la cama y palmoteando con regocijo*). — ¡Ay qué lindo, mamá, un asesino!... ¡Yo quiero verlo!...

LA MAMÁ. — ¡Chist!... ¡Vamos!... ¡Con juicio!... Si... no... ¡No se puede!...

MARIO. — ¡Oh! ¿Por qué, mamá?...

LA MAMÁ. — Los vigilantes no quieren...

1 *Jagüel*: Pozo de agua para la hacienda. Originario de las Antillas, el vocablo tiene uso general en América.

MARIO. — ¿Por qué no quieren?

LA MAMÁ. — Y, porque es un hombre muy peligroso, muy malo; ya te lo he dicho... (*cambiando de tono*). Pero... ¡Basta de charla! ¡Arriba, Mario, que se hace tarde!... ¡Empieza a vestirte, pues!

MARIO (*tendido de espaldas y con los grandes ojos azules, como absortos en la contemplación del cielo raso, maculado por las viejas goteras, en parduscos esbozos de animales fantásticos*). — ¡Qué cosa!... ¿Eh?... Y, a los vigilantes, ¿no los matará, mamá?

LA MAMÁ. — ¡Oh, qué tontería!

MARIO. — ¿Por qué?

LA MAMÁ. — ¿No ves que los vigilantes son muy valientes y, además, tienen (*insegura de la exactitud de sus términos*)... y además tienen... espadas y escopetas?... ¡Bueno!... ¡Pero, empieza a vestirte, que es muy tarde ya!... ¡Vamos Mario!...

MARIO (*sentándose de nuevo en la cama y a tiempo que se despereza*). — ¡Ah, ah!... Pero él tiene el cuchillo y... ¡Cuic!

LA MAMÁ (*apremiante*). — ¡Vamos, vamos!...

MARIO. — ...si quiere les corta el gañote...

LA MAMÁ (*haciendo un esfuerzo por quedarse seria*). — ¿Cómo "gañote"?... ¿Qué palabra es ésa?

MARIO. — Eleuterio la dice...

LA MAMÁ (*con severidad*). — Eleuterio dice mal, porque es un gaucho; pero usted debe decir: la garganta, o el cuello, o el pescuezo... (*suavizando la voz y como arrepentida de su rasgo de fugaz energía*). ¿Verdad, querido?

MARIO (*sin mayor convicción*). — Sí, mamá...

LA MAMÁ. — ¡Bueno!... Levántate ligerito, que ya va a estar el café con leche...

MARIO. — ¿Con torta y manteca?

LA MAMÁ (*saliendo*). — Sí, m'hijito; con torta y manteca, pero... ¡Apúrate!...

MARIO. — Sí, mamá...

Sin embargo diez minutos más tarde, Mario no ha terminado de vestirse aún, porque se le ha perdido una media y

mientras la busca en el revoltijo de la cama, canturrea entre dientes: "¡El gañote y el cogote!... ¡El gañote y el cogote!"...

* * *

Es la hora del almuerzo. Micaela, con sus redondos brazos tostados y esa expresión de potranca asustada que hay habitualmente en sus negros ojazos de diez y ocho años; acaba de colocar la sopera sobre la mesa y la mamá se halla ocupada en poner al cuello de Mario aquella odiosa y enorme servilleta, que una vez anudada, forma como dos descomunales orejas blancas, detrás de la rubia cabecita del chicuelo.

MARIO (*con mal humor y haciendo muchos visajes*). — ¡Eh!... ¡Me ahorcás!...

LA MAMÁ. — ¡Chist!... ¡Quietito, que ahí viene papá!

EL PADRE (*que entra taconeando recio, que cuelga el rebenque en el pasador de la puerta y arroja su sombrero sobre el sofá*). — ¡Hola!...

MARIO (*que ha abandonado precipitadamente su asiento, para saludar a su padre*). — ¡Buen día, papá!

EL PADRE (*doblando su alta estatura para besar al niño en los cabellos*). — ¡Buen día, m'hijo!

LA MAMÁ (*con cierta expresión de ansiedad en los bellos ojos*). — ¿Y, Juan, qué fue?

EL PADRE (*meneando la cabeza y a tiempo que toma asiento en esa forma ejecutiva y un tanto brusca que pone en todos sus actos*). — ¡Un desastre, che!... Figurate: ¡Tres animalitos ahogados y entre ellos un novillo blanco, gordo y grandote!

LA MAMÁ. — ¡Oy, qué pena!...

EL PADRE. — Como se salen los bebederos... ¿sabés?... Los animales, sedientos, los han encontrado sin duda secos al llegar en la noche y por alcanzar el agua del jagüel, se han resbalado y caído adentro... ¡Ahí está la historia!...

LA MAMÁ (*alcanzándole un plato de caldo humeante*). — ¡Qué cosa! ¿No?

EL PAADRE (*tomando el plato, con sus recios y nerviosos dedos que tiemblan un poco*). — ¡Gracias!... ¡Y sin gente!... ¡Decime si no es como para tirar todo al diablo!...

LA MAMÁ. — ¡Bah!... Hay que tener un poco de paciencia; ya vendrá algún peón... ¿No?

EL PADRE (*escéptico*). — ¡Qué va a venir!... Ahí lo he mandado otra vez, al zonzo de Victoriano, a ver si encuentra alguno y verás cómo no me trae nada...

LA MAMÁ. — ¿Y por qué?... ¡Quién sabe!... A veces...

EL PADRE (*interrumpiéndola bruscamente*). — ¡Ah!... ¿Y qué me decís, che, de la policía esta, que tenemos?

LA MAMÁ (*con cierta alarma*). — ¿Qué, Juan?

EI PADRE. — ¡Caray!... ¡No es nada!... El comisario prende al bandido ese, a tres leguas de acá, y ya me manda a los vigilantes a pedirme caballos para poder llegar hasta el pueblo, porque los mancarrones que traen no pueden dar un paso...

LA MAMÁ. — ¿Cansados?

EL PADRE. — ¡Claro que cansaos, reventaos, deshechos; como verdaderos caballos de policía!... ¡Ah!... Pero... ¡Que se joroben!... Ya le he dicho al cabo: "Caballos no les voy a negar, pero tienen que ir a buscarlos ustedes mismos, allá, al fondo del campo... Yeguas de la arada... Yo no puedo distraer a nadie del trabajo, ni un minuto, no digo horas. Por otra parte, no les voy a dar de mis animales buenos de servicio, cuando por aliviarlos, he puesto hasta los laderos del carro a tirar agua en los jagüeles..." ¡Ah, ah!

LA MAMÁ (*alcanzando a su marido un plato enorme de puchero*). — ¡Cuidado, Juan! (*con diplomacia y por si acaso él no ha reparado en la circunstancia*). ¡Qué conflicto para los vigilantes!... ¿No?... Porque ellos no podrán abandonar al preso... ¿No?...

EL PADRE (*que come con su voraz apetito de mocetón de treinta años, carne de oveja vieja y "pirón"* [1] *de fariña*). — ¡No!... Ya le dije al cabo que lo mandara al soldado a bus-

1 *Pirón*: Comida mesopotámica hecha con caldo, cebolla y fariña

car los caballos y que si le tenía desconfianza al preso —que parece ser un mal bicho que debe varias— lo encajase en un cepo de lazo...

LA MAMÁ. — ¿Y qué es eso, Juan?

EL PADRE. — Verás: El cepo de lazo, es un recurso de seguridad, que se improvisa con un lazo, precisamente, en oportunidades como ésta, en que se quiere evitar que un individuo pueda escaparse y no se dispone de otros medios, como ocurre a menudo en el campo... Mirá: se agarra un lazo cualquiera, se sienta al tipo en el suelo, se le ata cada pie por el tobillo... "Así"... ¿Comprendés...?

LA MAMÁ (*que no ha comprendido muy bien*). — Pero... ¡Eso es una tortura, Juan!

EL PADRE (*risueño y atacando con bríos una nueva presa de puchero*). — ¡No, hija, no creas!... Daño no le hace y puede estarse sentado o acostado lo más pimpante, sin sufrir mayor molestia. (*Riendo.*) Eso sí, que no le dé por corcovear y por hacerse el zonzo, porque...

LA MAMÁ (*alarmada*). — ¿Por qué, Juan?

EL PADRE. — ¡Claro!... Como el lazo está tenso cualquier movimiento... (*a la linda sirvienta, que acaba de entrar en el comedor y de contener un principio de frase*). ¿Qué, che?

LA SIRVIENTA. — Señor, dice don Pedro, que él se va ya, para el jagüel...

EL PADRE (*como sobresaltado y después de mirar precipitadamente su reloj*). — ¡Ah!... ¡Bueno!... Decile que yo iré también en seguida... (*poniéndose en pie bruscamente, a la mamá*). ¡Me voy!

LA MAMÁ (*un poco desolada*). — ¿Cómo, Juan?... ¿Sin tomar melón, sin tomar café?

EL PADRE (*recogiendo su sombrero*). — No tengo tiempo, hija... Se me ha hecho tarde y además, si no estoy allá, no harán nada esos trompetas... ¡Hasta luego!

LA MAMÁ. — Hasta luego... ¡Cuidado, Juan, con el sol!...

EL PADRE. — Sí, m'hija, sí...

MARIO (*tímidamente*). — ¡Papá!... ¿Me llevas?

EL PADRE (*descolgando su rebenque del pasador y saliendo apresuradamente*). — ¡No, m'hijito; no se puede!... ¡Otro día, otro día!...

MARIO (*con gesto enfurruñado*). — ¡Gañote!...

LA MAMÁ (*tratando de mantenerse seria*). — ¡Oh... ¿Qué es eso, Mario?... ¡Un niño bien educado!...

MARIO (*en tono gruñón y tan corrido en la silla, que puede decirse que está sentado con la espalda*). — ¡Y!... Yo no soy un niño; yo soy un asesino...

LA MAMÁ (*riendo*). — ¡Oy, qué loco!... (*a la sirvienta, que acaba de entrar*). ¿Has visto?... ¿Qué me dices?...

MARIO (*canturreando y tan bajo ya en su asiento, que apenas deja ver la frente al borde de la mesa*). — ¡Yo soy un asesino!... ¡Yo soy un asesino!...

LA SIRVIENTA (*sonriendo al niño, con toda la gloria de sus dientes blanquísimos*). — Ahí está Bartolo, afuera, en el corredor, llorando de hambre, el pobre...

MARIO (*incorporándose de un salto, arrojando la servilleta y echando a correr hacia afuera, con locos ademanes*). — ¡Ay, Bartolo!... ¡Bartolucho querido!...

LA MAMÁ. — ¡Cuidado, Mario, con irse al sol!

* * *

En la cocina "de adentro", sofocante y humosa, Gregoria, la vieja cocinera, tuerta y gaucha; con el "pucho" [1] en la boca y la cara casi invisible, bajo el pico de su pañuelo de color indefinible; lava en un fuentón, la loza que se usó para el almuerzo.

MARIO (*entrando con Bartolo bajo el brazo izquierdo*). — ¡Gregoria, présteme la cuchilla!...

LA COCINERA (*que vuelve la cabeza y con acento de mal humor*). — ¡Ah ah!... ¿Y pa qué quiere la cuchilla?...

MARIO. — Para darle carne a Bartolo...

1 *Pucho*: Palabra quichua: resto de cigarro.

LA COCINERA. — ¿Carne?... ¡Si está empachao de carne, el gato ese!...

MARIO (*con mimo, a Bartolo, acariciándolo*). — ¿Verdad que no estás empachado, Bartolo, Bartolucho?

LA COCINERA. — Si quiere carne, ahí hay...

MARIO (*con aplomo*). — No. Esa es carne vieja... Yo quiero cortarle carne fresquita, de la que hay colgada en "la carnicería"...

LA COCINERA. — No sé si está con candao...

MARIO. — No, está abierta...

LA COCINERA. — Güeno, espérese... (*yendo hasta el fogón, tomando la cuchilla y entregándosela al niño, previa repasada somera, con el delantal*). ¡Tome y a ver si se corta o me la deja tirada por ahí, como vez pasada!...

MARIO. — No... (*al gato que anda por el piso de ladrillos, oliscando delicadamente las basurillas*). ¡Vamos, micho!...

LA COCINERA (*que se arregla el pañuelo; embelesada en la contemplación de la rubia cabeza del niño*). — ¡Angelito e Dios!

MARIO (*después de atrapar al gato y saliendo con él, oprimido bajo un brazo*). — ¡Vamos, vamos, a-se-si-no!

LA COCINERA. — ¡Parece el San Juan, mesmamente!

* * *

Mario, que ha dado de comer hasta el hartazgo al gato ocioso y ensayado en vano "ponerlo en el cepo" [1] por medio de un piolín, va a la sazón, con lentos y dudosos pasos, atravesando aquella suerte de parque inglés en abandono, que separa la cocina de los peones y otras dependencias, del resto de los edificios de La Estancia. La mamá, siempre allá, en el comedor, ha preguntado ya dos veces por él, a Micaela, y por dos veces también, la muchacha le ha respondido con su más bella son-

1 *Ponerlo en el cepo*: Cepo es el instrumento de tortura consistente en una de sus formas en un trozo de madera, con una cavidad para la cabeza del penado, al que además se lo engrillaba.

risa, que el niño, "está ahí, en la carnicería, dándole de comer a su gatito"...

Cuando Mario, acompañado de Bartolo —muy entretenido en perseguir las chicharras [1] que estridulan a porfía entre los pastos secos— llega a la mitad del parque parece milagro de Dios; que no caiga fulminado bajo aquella verdadera catarata de fuego, que el sol desploma sobre su destocada cabecita y cuya reflexión violenta, casi borra del paisaje su cuerpecito envuelto en el blanco delantal de brin; pero Mario; inmune y al parecer insensible; continúa su camino, con el mismo lento y descuidado andar y todavía, de vez en cuando, tiene la temeridad de detenerse ante alguno de los mustios ligustros que adornan el parque; para ensayar un simulacro de "visteada" [2] con aquella gran cuchilla de la cocina, que lleva aún en la mano...

Si no fuera por el chillido incesante de las chicharras y los golpes huecos y acompasados del hacha de Bachinchín; que corta leña allá en los montes, el silencio en La Estancia sería absoluto y parecería que todos; hombres y animales, hubieran desaparecido, destruidos por el sol... Mario, prosiguiendo su marcha de aproximación, solapada y sinuosa; con la cara roja y muy entretenido al parecer en tallar un palito con su cuchilla enorme; llega, por fin, al intrincado y macizo cerco de espinosas cinacinas,[3] que separa por aquella parte, el parque, de la cocina de los peones, incentivo eterno de su curiosidad de niño sujeto y bien criado.

Al principio no ve, no puede ver nada, porque el cerco es alto y además, porque aquel techo de cinc, del galpón de La Estancia; lo enceguece con su resplandor formidable; pero el niño, que es baquiano del sitio y ya práctico en esa clase de atisbos; se pone en cuatro pies y lenta y cautelosamente comienza a deslizarse por los huecos abiertos en la maraña, por el

1 *Chicharra*: Insecto hemíptero que emite un sonido áspero y estridente.
2 *Visteada*: Simulación de lucha entre dos.
3 *Cinacina*: Árbol o arbusto de hoja pequeña y flor amarilla. Se usa para cercar.

paso frecuente de las gallinas y de los perros... Mas de pronto, se queda inmóvil. Acaba de distinguir la silueta del vigilante, rematada por el rojo quepis de la antigua policía de campaña allí, a pocos pasos y recortándose en azul descolorido, sobre el fondo blanco del muro de la cocina. El policiano, que es criollo, flaco, muy moreno y "medio viejo", está sentado en un banco, con la carabina entre las piernas y parece dormir o querer dormir, a juzgar por el modo como echa hacia atrás la cabeza, hasta apoyarla en la pared encalada... "Sí, pero... ¿Y el hombre, el asesino?" Y Mario, que siente seca la garganta y que la sangre le martilla las arterias, resuelve, no obstante, avanzar un poco más... y, es entonces que descubre por entre uno de los huecos del ramaje y a una distancia que le sorprende y asusta tan de corta; algo que al principio no distingue bien, pues lo mismo podría ser una enorme cabeza vista por la coronilla; que el cuerpo arrollado de un perrazo muy peludo y muy negro... Mario, entonces, para ver mejor; se incorpora suavemente hasta sentarse sobre los talones; y, apenas lo ha hecho cuando se queda paralizado por el asombro y el miedo: Allí, a un metro escaso de distancia y tendido de espaldas, en la franja de sombra que proyecta en el suelo la cocina; está el hombre feroz, el asesino... El niño, espantado, siente que ha ido demasiado lejos en su curiosidad temeraria, y tras algunos segundos de inhibición, indomable, va a iniciar su retirada, cuando de nuevo se inmoviliza, los ojos dilatados y la boca entreabierta. La cabeza peluda y monstruosa del asesino, se ha alzado y vuelto, sobre su cuerpo inmóvil, como la de una tortuga, como la de una víbora, y con unos ojos negrísimos de alimaña salvaje, le está mirando con ceño...

Al niño, paralizado por el terror, le parece que el corazón se le va a romper y que va a morir en el sitio, sin poder arrancarse a aquella mirada espantosa que le atrae y le hipnotiza, como la del escuerzo al pajarillo; pero, cuando vencido ya y con el cerebro mareado, va a cerrar los párpados; se siente revivir de pronto ante una visión de maravilla: En la negra y siniestra bola aquella de cerdas enmarañadas, que es la cara

del hombre; acaba de florecer una ancha sonrisa amiga, acaba de aparecer una hilera de dientes blancos, tan blancos y grandes "como las teclas del piano que hay en la sala", y los ojos, los terribles ojos, han dulcificado tanto su expresión, que casi no dan miedo ya, que casi se parecen, "de buenos y de lindos", a los ojos de Micaela cuando ríe...

EL ASESINO (*siempre sonriendo al niño y en voz bajísima*). — ¡Nene!...

Mario hace un movimiento instintivo de retirada; pero se queda en el mismo sitio, mudo e ijadeando su taquicardia como un perrillo cansado.

EL ASESINO (*en el mismo tono suave*). — ¡Nenito lindo!... ¿Cómo te llamás?...

Mario sonríe recién, pero sigue callado y alentando anhelosamente por la boquita entreabierta.

EL ASESINO (*tornando a sonreírle tras un breve parpadeo, que denuncia a las claras, el angustioso esfuerzo mental que realiza*). — ¡Tengo sé, nene, y el milico no me quiere alcanzar agua!...

Mario, aunque algo más sereno ya, se limita aún a sonreír al gaucho y a ejecutar con los hombros cierto movimiento de pajarillo inquieto, que le es propio.

EL ASESINO (*después de atisbar de soslayo con una mirada de puma en la trampa, a su custodia que cabecea contra la pared, quién sabe qué bárbara vigilia; a Mario*). —¡Van pa tres días que no me dan agua, pa que me muera e sé como un perro!... ¡Además, tengo hincada una espina aquí, en la mano!...

MARIO (*que ha sacudido otra vez los hombros en su "tic" de chingolo, interrumpiéndole*). — Yo... Yo, señor, si quiere... Yo...

EL ASESINO (*los ojos bravíos, animados por una expresión conmovedora de ansiosa esperanza y de ruego infinito, y una voz trémula, que se esfuerza por ser persuasiva*). — ¡Pero, esta espina, chiquilín!... ¡Cómo me hinca!... ¡Pa mi gusto que me va a agusanar la mano!...

MARIO (*oscilante sobre sus rodillas*). — Yo, señor, yo...

EL ASESINO. — ¿No tendrías un cuchillo, un cuchillito, nene, pa emprestarme, a ver si puedo sacármela?

MARIO (*tomando y mostrándole la gran cuchilla de la cocina, que estaba a su lado, en el suelo*). — ¿Ésta?...

EL ASESINO (*con sobresalto, porque el niño ha levantado la voz, y dirigiéndole, sin querer, una mirada de enojo*). — ¡Chist!... (*después de observar al custodia y volviendo a sonreír con crispada expresión*). ¡Ah, ah!... Pasamelá despacito, nene... ¡Ah, ah!... ¡Eso es!... (*ocultando el arma bajo su cuerpo y después, con la voz trémula y los ojos, de pronto, llenos de lágrimas*). ¡Güeno! ¡Gracias!... Ahura andate, andate p'adentro, nene, y ¡que Dios te lo pague, angelito el cielo, angelito gaucho!...

Y en seguida como el niño parece vacilar, el hombre agrega conmovido aún, pero ya autoritario y apremiante:

—¡Vayasé p'adentro, con eso me trai agua!... ¡Váyase p'adentro!

* * *

En el comedor de La Estancia, un minuto después; la mamá y Micaela, la sirvienta; están disponiendo sobre la mesa cierto "infalible" "matamoscas"; cuando el niño se presenta a la carrera y tan sofocado por la emoción y la fatiga que apenas puede hablar.

MARIO (*entrando tras un violento empujón, a la contrapuerta de alambre tejido*). — ¡Mamá!... ¡Mamá!...

LA MAMÁ (*asustada*). — Jesús!... ¿Qué es eso, Mario?...

MARIO. — ¡El hombre!... ¡El hombre!... ¡El asesino!...

LA MAMÁ (*con angustia*). — ¿Qué, m'hijito, qué?...

MARIO. — ¡Me ha pedido agua!... ¡Me ha pedido agua, mamá!

LA MAMÁ (*aturdida, mirando a Micaela*). — ¿Agua?... Pero... ¿Qué dice esta criatura, Dios mío?...

MICAELA. — ¿Agua?

MARIO (*frenético y golpeando el suelo con un pie*). — ¡Sí! ¡Agua!... ¡Agua!... ¡Te juro que lo quieren hacer morir de sed al po...

Y... "¡Tun!..." En ese mismo instante el estampido brutal e insólito de un tiro de rémington, retumba afuera, en el patio, haciendo estremecer a las mujeres y al niño, que a un mismo tiempo se llevan las manos a la cabeza.

LA MAMÁ (*casi llorosa*). — ¡Virgen del Carmen!... ¿Y eso?

MICAELA (*con los ojos muy abiertos*). — ¡Señora, un tiro!

LA MAMÁ. — ¡Un tiro!... ¡Cierra esa puerta, por Dios!...

MICAELA (*echándose hacia atrás después de cerrarla*). — ¡Oy!... ¡Vea!... ¡Vea!...

LA MAMÁ (*allegándose a la puerta*). — ¿Qué?... ¡Virgen del Carmen!

MICAELA. — ¡Un hombre!

Y es, que la muchacha ha alcanzado a ver a un hombre greñudo y barbudo y de feroz aspecto; que, con un cuchillo en la mano, atravesaba el patio a la carrera y en dirección a los montes del bajo, unos montes inmensos, enmarañados y casi impenetrables...

EL POTRILLO ROANO[1]

I

Cansado de jugar a "El tigre", un juego de su exclusiva invención y que consiste en perseguir por las copas de los árboles a su hermano Leo, que se defiende bravamente, usando los higos verdes a guisa de proyectiles; Mario se ha salido al portón del fondo de la quinta y allí, bajo el sol meridiano y apoyado en uno de los viejos pilares, mira la calle, esperando pacientemente, que el otro, encaramado aún en la rama más alta de una higuera y deseoso de continuar la lucha se canse a su vez de gritarle "¡zanahoria!" y "¡mulita!" cuando un espectáculo inesperado le llena de agradable sorpresa.

Volviendo la esquina de la quinta, un hombre, jinete en una yegua panzona, a la que sigue un potrillito, acaba de enfilar la calle y se acerca despacio.

—¡Oya!...

Y Mario, con los ojos muy abiertos y la cara muy encendida, se pone al borde de la vereda, para contemplar mejor el desfile.

¡Un potrillo!... ¡Habría que saber lo que significa para Mario, a la sazón, un potrillo, llegar a tener un potrillo suyo, es decir, un caballo proporcionado a su tamaño!...

Es su "chifladura", su pasión, su eterno sueño... Pero, desgraciadamente —y bien lo sabe por experiencia— sus padres no quieren animales en la quinta, porque se comen las plantas y descortezan los troncos de los árboles.

1 *Roano*: Ruano. Mezcla de blanco, gris y bayo.

Allá en "La Estancia", todo lo que quieran... —es decir, un petiso [1] mañero, bichoco [2] y cabezón— pero allí, en la quinta, ¡nada de "bichos"!

Por eso, Mario va a conformarse como otras veces; contemplando platónicamente el paso de la pequeña maravilla, cuando se produce un hecho extraordinario.

En el instante mismo en que le enfrenta, sin dejar de trotar y casi sin volver el rostro, el hombre aquel, que monta la yegua y que es un mocetón de cara adusta y boina colorada, suelta a Mario esta proposición estupenda:

—¡Che, chiquilín!... ¡Si querés el potrillo ese, te lo doy!... ¡Lo llevo al campo pa matarlo...

Mario, siente al oírle, que el suelo se estremece bajo sus pies, que sus ojos se nublan, que toda la sangre afluye a su cerebro, pero ¡ay!... conoce tan a fondo las leyes de la casa, que no vacila ni un segundo, y rojo como un tomate deniega avergonzado:

—¡No!... ¡gracias!... ¡no!...

El mocetón se alza ligeramente de hombros y, sin agregar palabra, sigue de largo, bajo el sol que inunda la calle y llevándose, en pos del tranco cansino de su yegua; a aquel prodigio de potrillo roano, que trota airosamente sobre los terrones de barro reseco y que, con su colita esponjada y rubia, hace por espantarse las moscas como si fuera un caballo grande...

—¡Mamá!...

Y desbocado como un potro, bajo el acicate de una reacción repentina y sin tiempo para decir nada a su hermano, que ajeno a todo y siempre en lo alto de su higuera, aprovecha su fugaz pasaje para dispararle unos cuantos higos; Mario se presenta bajo el emparrado, llevándose las cosas por delante:

—¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!

La madre, que cose en su sillón a la sombra de los pámpanos, se alza con sobresalto:

1 *Petiso*: Argentinismo, extendido ahora por América: pequeño, rechoncho.
2 *Bichoco*: Caballo viejo y enfermo.

—¡Virgen del Carmen! ¿Qué, m'hijo, qué te pasa?

—¡Nada, mamá, nada... que un hombre!...

—¿Qué, m'hijo, qué?

—...¡Que un hombre que llevaba un potrillo precioso, me lo ha querido dar!...

—¡Vaya qué susto me has dado! —Sonríe la madre entonces; pero él, excitado, prosigue sin oírla:

—¡Un potrillo precioso, mamá, un potrillo roano, así chiquito... y el hombre lo iba a matar, mamá!...

Y aquí ocurre otra cosa estupenda, porque contra toda previsión y toda lógica, Mario oye a la madre que le dice con un tono de sincera pena:

—¿Sí?... ¡Caramba!... ¿Por qué no se lo aceptaste? ¡Tonto! ¡Mire ahora que nos vamos a "La Estancia"!...

Ante aquel comentario tan insólito, tan injustificado y tan sorprendente, el niño abre una boca de a palmo, pero está "tan loco de potrillo" que no se detiene a inquirir nada y con un: "¡Yo lo llamo entonces!"... vibrante y agudo como un relincho, echa a correr hacia la puerta.

—¡Cuidado, hijito! —grita la madre.

¡Qué cuidado!... Mario corre tan veloz, que su hermano a la pasada no alcanza a dispararle ni un higo...

Al salir a la calle, el resplandor del sol le deslumbra. ¡Ni potrillo, ni yegua, ni hombre alguno por ninguna parte!... Mas, bien pronto, sus ojos ansiosos descubren allá, a lo lejos, la boina encarnada, bailoteando al compás del trote entre una nube de polvo.

Y en vano los caballones de barro seco le hacen tropezar y caer varias veces, en vano la emoción trata de estrangularle, en vano le salen al encuentro los cuzcos odiosos de la lavandera; nada ni nadie, puede detener a Mario en su carrera.

Antes de dos cuadras, ya ha puesto su voz al alcance de los oídos de aquel árbitro supremo de su felicidad, que va trotando mohíno sobre una humilde yegua barrigona.

—¡Pst!, ¡pst!... ¡Hombre!, ¡hombre!...

El mocetón al oírle, detiene su cabalgadura y aguarda a Mario, contrayendo mucho las cejas:

—¿Qué querés, che?

—¡El potrillo!... ¡Quiero el potrillo! —exhala Mario entonces sofocado y a la vez que tiende sus dos brazos hacia el animal, como si pensara recibirlo en ellos, a la manera de un paquete de almacén.

El hombre hace una mueca ambigua:

—Bueno —dice— agarrálo, entonces... —Y agrega en seguida, mirándole las manos:

—¿Trajiste con qué?

Mario torna a ponerse rojo una vez más.

—No... yo no...

Y mira embarazado en torno suyo, como si esperase que pudiera haber por allí, cabestros escondidos entre los yuyos...

—¡Cha que habías sido salame!...

Y el hombre, desmontando, va entonces a descolgar un trozo de alambre que por casualidad pende del cerco de cinacina, mientras el niño le aguarda conmovido, pero sin remordimiento alguno, ya que si un gran rey, llegó a ofrecer su reino por un caballo, bien puede Mario, sin desmedro, trocar un salame por un potrillo...

II

¡Tan sólo Mario sabe lo que significa para él, ese potrillo roano, que destroza las plantas, que muerde, que cocea, que se niega a caminar cuando se le antoja; que cierta vez le arrancó de un mordisco un mechón de la cabellera, creyendo sin duda que era pasto; pero que come azúcar en su mano y relincha en cuanto le descubre a la distancia!...

Es su amor, su preocupación, su norte, su luz espiritual... Tanto es así, que sus padres se han acostumbrado a usar del potrillo aquel, como de un instrumento para domeñar y encarrilar al chicuelo:

—Si no estudias, no saldrás esta tarde en el potrillo... Si te portas mal te quitaremos el potrillo... Si haces esto o dejas de hacer aquello...

¡Siempre el potrillo alzándose contra las rebeliones de Mario, como el extravagante lábaro de una legión invencible, en medio de la batalla!...

La amenaza puede tanto en su ánimo, que de inmediato envaina sus arrogancias como un peleador cualquiera envaina su cuchillo a la llegada del comisario... ¡Y es que es también un encanto aquel potrillo roano, tan manso, tan cariñoso y tan mañero!...

El domador de "La Estancia" —hábil trenzador— le ha hecho un bozalito que es una maravilla, un verdadero y primoroso encaje de tientos [1] rubios, y poco a poco, los demás peones, ya por cariño a Mario o por emulación del otro; han ido confeccionando todas las demás prendas hasta completar un aperito que provoca la admiración de "todo el mundo".

¡Qué riendas, qué cabestro, qué rebenque, qué cojinillos, [2] qué bastos, [3] qué carona! [4]... La encimerita no tiene un palmo de largo, y la cincha [5] blanca, con argollas de bronce, ostenta las iniciales de Mario, bordadas en fino tiento...

¡Hay que ver al potrillo roano ensillado, "rienda arriba", en medio del patio, con bocado "de media" el lazo en el anca, la crin tuzada [6] de "medio arco" y con tres "claveles"!...

Para Mario, es el mejor de todos los potrillos y la más hermosa promesa de parejero [7] que haya florecido en el mundo; y es tan firme su convicción a este respecto; que las burlas de su hermano Leo, que da en apodar al potrillo roano "burrito" y otras lindezas por el estilo, le hacen el efecto de verdaderas blasfemias.

1 *Tientos*: Tiras finas de cuero.
2 *Cojinillo*: Manta pequeña.
3 *Bastos*: Piezas de cuero que sirven de apoyo al recado.
4 *Carona*: Cuero que se coloca sobre el cojinillo.
5 *Cincha*: Pieza del recado que con la encimera sirven de sostén a los bastos.
6 *Tuzada*: recorte de pelo.
7 *Parejero*: Caballo veloz, preparado para participar en las carreras.

En cambio, cuando el capataz de "La Estancia" dice, después de mirar al potrillo por entre sus párpados entornados:

—Pa mi gusto, va a ser un animal de mucha presencia éste... —A Mario le resulta el capataz, el hombre más simpático y el más inteligente...

III

El padre de Mario quiere hacer un jardín en el patio de "La Estancia", y, como resulta que el "potrillo odioso" —que así le llaman ahora algunos, entre ellos la mamá del niño, tal vez porque le pisó unos pollitos recién nacidos— parece empeñado en oponerse a propósito a juzgar por la decisión con que ataca las tiernas plantitas cada vez que se queda suelto; se ha recomendado a Mario desde un principio, que no deje de atarlo por las noches; pero, resulta también; que Mario se olvida que se ha olvidado ya tantas veces, que al fin una mañana, su padre, exasperado, le dice levantando mucho el índice y marcando con él, el compás de sus palabras:

—El primer día, que el potrillo vuelva a destrozar alguna planta, ese mismo día se lo echo al campo...

¡Ah, ah!... "¡Al campo!" "¡Echar al campo!..." ¿Sabe el padre de Mario, por ventura, lo que significa para el niño, eso de "echar al campo"?

...Sería necesario tener ocho años como él, pensar como él piensa y querer como él quiere a su potrillo roano, para apreciar toda la enormidad de la amenaza...

"¡El campo!... ¡Echar al campo!..." El campo es para Mario algo proceloso, infinito, abismal; y, echar el potrillo allí, tan atroz e inhumano como arrojar al mar a un recién nacido...

No es de extrañar, pues, que no haya vuelto a descuidarse y que toda una larga semana haya transcurrido, sin que el potrillo roano, infiera la más leve ofensa, a la más insignificante florecilla...

IV

Despunta una radiosa mañana de febrero y Mario, acostado de través en la cama y con los pies sobre el muro, está "confiando" a su hermano Leo algunos de sus proyectos sobre el porvenir luminoso del potrillo roano, cuando su mamá se presenta inesperadamente en la alcoba:

—¡Ahí tienes! —dice muy agitada—. ¡Ahí tienes!... ¿Has visto tu potrillo?...

Mario se pone rojo y después pálido.

—¿Qué? ¿El qué, mamá?...

—¡Que ahí anda otra vez tu potrillo suelto en el patio y ha destrozado una porción de cosas!...

A Mario le parece que el universo se le cae encima.

—Pero... ¿cómo? —atina a decir—. Pero, ¿cómo?...

—¡Ah, no sé cómo —replica entonces la madre— pero no dirás que no te lo había prevenido hasta el cansancio!... Ahora tu padre...

—¡Pero si yo lo até!... ¡Pero si yo lo até!...

Y mientras con manos trémulas se viste a escape, Mario ve todas las cosas turbias, como si la pieza aquella, se estuviese llenando de humo...

V

Un verdadero desastre. Jamás el potrillo se atrevió a tanto. No solamente ha pisoteado esta vez el césped de los canteros y derribado con el anca, cierto parasol de cañas, por el cual una enredadera comenzaba a trepar con gran donaire; sino que ha llevado su travesura hasta arrancar de raíz escarbando con el vaso, varias matas de claveles raros que había por allí, dispuestas en elegantes losange[1]...

1 *Losange*: Rombo.

—¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho, "Nene"!...

Y como en un sueño, y casi sin saber lo que hace; Mario, arrodillado sobre la húmeda tierra, se pone a replantar febrilmente los claveles, mientras "el nene", "el miserable", se queda allí, inmóvil, con la cabeza baja, la hociquera del bozal zafada y un "no se sabe qué" de cínica despreocupación en toda "su persona"...

VI

...Como sonámbulo, como si pisase sobre un mullido colchón de lana; Mario camina con el potrillo del cabestro por medio de la ancha avenida en pendiente y bordeada de altísimos álamos, que termina allá, en la tranquera[1] de palos blanquizcos que se abre sobre la inmensidad desolada del campo bruto...

¡Cómo martilla la sangre en el cerebro del niño, cómo ve las cosas semiborradas a través de una niebla y cómo resuena aún en sus oídos, la tremenda conminación de su padre!...

—¡Agarre ese potrillo y échelo al campo!...

Mario no llora porque no puede llorar, porque tiene la garganta oprimida por una garra de acero, pero camina como un autómata, camina de un modo tan raro, que sólo la madre advierte desde el patio...

Y es que para Mario, del otro lado de los palos de aquella tranquera, está la conclusión de todo; está el vórtice en el cual dentro de algunos segundos se van a hundir fatalmente, detrás del potrillo roano, él y la existencia entera...

Cuando Mario llega a la mitad de su camino, la madre no puede más y gime, oprimiendo nerviosamente el brazo del padre que está a su lado:

—Bueno, Juan... ¡Bueno!...

—¡Vaya!... ¡llámelo!...

1 *Tranquera*: Puerta rústica, usada como acceso de extensiones dilatadas

Pero, en el momento en que Leo se arranca velozmente: la madre lanza un grito agudo y el padre echa a correr desesperado.

Allá, junto a la tranquera, Mario, con su delantal de brin, acaba de desplomarse sobre el pasto, como un blando pájaro alcanzado por el plomo...

VII

...Algunos días después y cuando Mario puede sentarse por fin, en la cama; su padre riendo, pero con los párpados enrojecidos y las caras pálidas por las largas vigilias; hacen entrar en la alcoba al potrillo roano, tirándole del cabestro y empujándolo por el anca...

UN NEGOCIO EN PIELES

Con su blanco delantal de brin, la cesta de paja al brazo y acompañado por todos los perros que ha podido reunir en el momento; Mario, va a buscar huevos a "La Estancia vieja", a esa población abandonada y medio oculta entre frondosas arboledas; que se alza allí, muy cerca de "La Estancia nueva".

Es una expedición que viene realizando casi a diario, desde hace tiempo ya; pero que le seduce extraordinariamente, por los momentos de real independencia que le proporciona y por las mil emociones que provocan en su ánimo, la soledad y el silencio de aquellos grandes bosques y de aquellos viejos ranchos deshabitados, que se deshacen al peso del abandono y de los años.

Casi invariablemente, Leo, su hermano menor, le acompaña en esta brava aventura de ir a buscar los huevos de unas gallinas —medio silvestres ya— abriéndose camino al través de ramajes que se entrecruzan, siguiendo sendas que la maleza casi ha borrado por completo y lo que es más, andando por unos lugares de silencio y misterio, en donde suelen encontrar inquietantes alimañas y escuchar gritos "tan raros, que no parecen de pájaros" y que les hacen deslizar por la médula, como agujas de hielo; pero esta vez, Leo no ha podido venir... "El pobre" está en penitencia, allá, en aquel triste calabozo "todo amarillo" que es el "cuarto de estudio" y convicto y confeso de haber pellizcado —sin que pueda decir por qué

impulso indominable— la roja masilla recientemente puesta, en torno del cristal de una vidriera.

Es indudable, que Mario lamenta la ausencia de su hermano y camarada, pero también no es menos cierto, que después de caminar un buen trecho bajo el hermoso sol estival y sobre aquella magnífica alfombra de verdes joyantes que tienden a sus pies los tréboles y gramíneas empapados por el rocío; el niño olvida su pena y se entrega por completo a la observación de los perros que le acompañan, aquellos cuatro perros de tipos y pelajes diferentes, que van y vienen y dan vueltas apresuradas en torno suyo, revisando las malezas u oliscando las cosas. ¡Ah! Mario está orgulloso de los buenos compañeros que con tanta buena voluntad le han seguido, y sobre todo de la presencia del fiero Lacar, el perro favorito de su padre, que casi nunca se digna "querer venir" con el niño, y mucho menos en grupo con los otros canes, a los cuales parece mirar con antipatía o con desprecio... Quequén aquel inquieto y rubio Quequén, de largo y sedoso pelo; Carhué el enorme y pesado San Bernardo blanco como la nieve, y Milady, la vieja perra, de desdentadas mandíbulas... ¡Ah! y no se equivoca en su juicio el bravo Lacar... Aquellos perros tienen indudablemente sus méritos, pero por distintas razones no valen todos juntos lo que él, ni con mucho. La perra es vieja y se cansa, Carhué es un poco zonzo y Quequén bastante cobarde...

Sin embargo, Mario los quiere a todos y se siente orgulloso de llevarlos consigo en sus emocionantes excursiones. Hay que ver la batahola que arman los cuatro, cuando encuentran algún cuis, alguna mulita o algún lagarto, durmiendo al sol, en el camino. Todos corren en tropel, entre furiosos ladridos, y el primero que hace presa es casi siempre Lacar. Después, entre todos, acaban de matar la bestezuela, y por último se apodera de ella la vieja perra y se entretiene en masticarla entre sus ya casi inofensivas mandíbulas, como si la pobre, convencida de su incapacidad, atribuyese el mismo defecto a

sus compañeros y temiese por lo tanto que la presa pudiera estar viva.

* * *

En el pequeño y corcovado rancho, que fuera tiempo atrás, gallinero de "La estancia vieja", pero cada vez más despoblado de aves, en razón del abandono en que se halla y de la voracidad de las alimañas del monte, Mario está terminando de llenar su canasta, con los huevos que halló en los solitarios nidales, cuando le sobrecoge un repentino y formidable baladro de los perros, allá afuera:

—¡Oy! —Y lleno de emoción y de curiosidad el niño, abandonando su tarea va a salir del rancho, cuando unos terribles maullidos que dominando el furioso ladrar de los perros parten de "por ahí no más" —de no puede calcular dónde— le hacen estremecer de nuevo y hundir la cabeza entre los hombros.

Después, cuando ve por fin de qué se trata, su primer movimiento es de retirada, de fuga, de derrota; pero haciendo un esfuerzo logra contenerse. Un gato, un enorme gato montés, está allí, a pocos pasos, encaramado en la copa de un débil arbolillo al que doblega bajo su peso y maúlla ferozmente enarcando el lomo y fijando sus encendidos ojos en los perros.

Mario sabe lo que es un gato montés, pero en su emoción lo ve a éste agrandado, lo ve enorme; lo ve como un jaguar, como un formidable tigre de Bengala...

Sin embargo, el niño no retrocede y con la boca entreabierta, los ojos estupefactos y las manos temblorosas, se pone a observar el cuadro: Los perros, con excepción de Lacar, ladran desesperadamente y sólo aquél, mudo y como enloquecido de coraje, da unos saltos enormes, pasando y repasando ante la copa del árbol, su ágil y negro cuerpo curvado como una coma. El niño comprende, desde luego, que la posición del gato es inaccesible para los perros, y en seguida se da cuenta también, de que no hay mayor peligro, dado que el animal, por miedo a sus sitiadores, no se atreverá a venir a atacarle.

Esto, como es natural, le hace adquirir cierto aplomo y aun aventurarse a avanzar algunos pasos, que descuenta muy luego, sin embargo, el primer movimiento del enemigo entre las ramas. No obstante, al poco rato, viendo que la situación se prolonga sin que suceda nada grave y que hasta algunos de los perros, cansados ya de la inutilidad de sus movimientos y de sus ladridos, comienzan a sentarse y aun a echarse en el suelo, las lenguas afuera, a todo trapo; el niño poco a poco se envalentona y se serena.

Su primer acto de coraje, consiste en atreverse a amagar un puntapié al comodón de Quequén, que se ha venido a su lado, y en decirle con voz ahogada y apenas perceptible: "¡Salga de acá! ¡Sinvergüenza!" Pero, casi en seguida no más, se pone a azuzar a los perros con creciente energía:

—¡Lacar! ¡Carhué! ¡Chúmale, Lacar!...

Y, como es natural, su voz hace enardecer de nuevo a los canes, y muy especialmente a ese bravo Lacar que no ladra casi nunca y que apenas si emite uno que otro sordo gemido de esfuerzo, cada vez que intenta alcanzar al gato, saltando hacia él, tendido y vibrante como un dardo.

—¡Chúmale! ¡Lacar! ¡Chúmale!...

Y con la cara congestionada, el niño acompaña sus gritos con grandes y dislocados ademanes.

Después, y a medida que el tiempo transcurre y la impunidad de sus actitudes refuerza su aplomo, comienza a germinar en el cerebro de Mario un pensamiento tan audaz que al principio casi le asusta: ¿Y si pudiera cazar aquel gato con la ayuda de los perros? ¿Si pudiera alcanzar la gloria de presentarse en La Estancia y ante el asombro de todos los suyos, con el pintado cuerpo de aquella feroz alimaña a rastras? Sí, pero ¿cómo? ¿Qué puede hacer él para ayudar a los perros, para obligar al gato aquel a abandonar su refugio?

Y después de mirar en torno en busca de algo que arrojarle y no viendo nada, opta por volver a desgañitarse tratando de reanimar la decadente acometividad de los canes:

—¡Chúmale, Lacar! ¡Chúmale, Quequén! ¡Carhué, chúmale!...

Pero es inútil su empeño. Los perros están cada vez más desalentados. La vieja Milady, echada y con dos palmos de lengua afuera, mira al gato con ojos de lacrimosa impotencia; Quequén ladra mecánica e innocuamente hacia cualquier rumbo; el gigantesco y pesado Carhué se dedica a la "toilette" íntima más inoportuna, y tan sólo Lacar, el noble y heroico Lacar continúa dando vueltas en torno del árbol y mirando hacia arriba entre sordos gemidos.

De pronto Mario tiene una inspiración: ¡Una caña!... ¡Si él se atreviese!.... Allí no más, entre los restos del techo de uno de los ranchos derrumbados hay —él ha visto— hay caña, unas cañas tacuaras[1] larguísimas... ¡Oh! pinchar, pinchar, empujar al gato montés con una de esas cañas y hacerlo caer sobre los perros!...

Y como la búsqueda de la caña significa alejamiento y por lo tanto disminución de peligro, el niño, resueltamente, echa a correr hacia el sitio en donde puede encontrarla. Pero apenas partido se detiene, tiene que detenerse. Resulta que tan pronto como se mueve "el muy sinvergüenza de Quequén" se echa tras él y abandona su puesto de combate para seguirle.

—¡Salga de acá, trompeta! ¡Camine para allá ligero! —Le grita a voz en cuello y con la cara roja de indignación, mira de nuevo en torno suyo buscando con qué tirarle a aquel "marica de perro" que con razón dice su padre que no sirve para nada...

Mas como ve en seguida que Lacar no abandona la guardia, lo que quiere decir que el gato no escapará, el niño se resigna a alejarse y a tolerar la desobediencia y despreocupación de aquel inútil Quequén que le sigue afectuosamente agitando su pomposa cola.

Cuando vuelve todo sofocado y con las manos rasguñadas de los esfuerzos para arrancar la larga tacuara que trae, de

1 *Tacuara*: Caña gigantesca y resistente. Picana. Chuza de indio.

entre los escombros del rancho; Mario comprueba con satisfacción que el gato está allí todavía sobre el árbol y que le mira con sus fieros ojos verdosos, como si sospechara de sus intenciones...

—¡Chúmale, Lacar! ¡Chúmale, Carhué! ¡Chúmale!...

Y por muchas veces los perros enardecidos, vuelven a reanudar sus inútiles tentativas, contra la para ellos inexpugnable posición que ocupa el gato, sin que Mario se atreva todavía a ayudarles haciendo uso de su larguísima pértiga.[1] Teme, sin duda, que en cuanto el gato le vea mover la tacuara aquella, puede dispararse sobre él y "devorarle" como a un pájaro...

No obstante, nada está más lejos de su ánimo que el abandono de la empresa. ¡Oh! si él se apoderase de la alimaña, obtendría el mayor triunfo de su vida! Pero, es probable que a pesar de creerlo así, aún hubiera dudado mucho antes de esgrimir su caña contra el gato, si una circunstancia especial no le empujara de pronto al heroísmo. La campana... Desde lejos, y traída por el viento, acaba de llegarle la voz de la campana que llama para el almuerzo a peones y patrones, vale decir a toda la gente de La Estancia...

—"¡Oh, la campana!"...

Y Mario, sacando coraje, de la desesperación que le causa aquella necesidad inmediata de marchar, se resuelve por fin a usar su tacuara contra el gato.

—¡Chúmale, Lacar! ¡Chúmale!...

Los primeros golpes le resultaron ineficaces a fuerza de tímidos. El niño no se atreve aún a acercarse hasta empujar a la alimaña con la pértiga, que es lo conveniente para hacerla caer; pero, después, y poco a poco, la brava resolución de los perros enardecidos, como si comprendieran su intención, y más que todo la impunidad en que el gato deja sus amenazas, le van haciendo más atrevido, hasta que por último, comienza a pinchar ya al animal con el extremo de la caña, en forma tan

1 *Pértiga*: Lanza.

decidida como para hacerlo cambiar a veces de postura entre sordos y pavorosos maullidos...

—¡Chúmale! ¡Chúmale, Lacar! ¡Quequén, chúmale!...

Y, en un esfuerzo de energía desesperada Mario pincha al gato con tanto brío, que le hace perder el equilibrio, desprenderse de la rama y precipitarse sobre los perros en medio de un alboroto tan espantoso de maullidos y de ladridos que el cazador, asustado, arroja su arma y sin pudor alguno, echa a correr hacia los ranchos...

Cuando por fin, serenado, se atreve a volver con infinitas precauciones; el pobre gato muerto, yace todo fláccido y baboseado, en poder de la vieja perra, que dudando de la capacidad de los dientes de Lacar, por experiencia de los suyos; se ocupa afanosamente en masticarlo a conciencia, con sus desarmadas mandíbulas...

—¡Fuera, chancha! ¡Salga de ahí! —grita Mario rojo de indignación, y apartando a la perra a puntapiés, se pone a contemplar el cuerpo inmóvil de la fierecilla, tembloroso de emoción y sin atreverse a tocarla...

* * *

Cuando llega por fin a La Estancia, corriendo a trechos, la canasta de los huevos en una mano y el gato montés pendiente por la cola en la otra; Mario, sofocado de fatiga y de orgullo, casi se sorprende al no hallar congregado allí, a "todo el mundo", para recibirle y ofrecerle los homenajes a que se ha hecho acreedor por su heroísmo... ¡Nada!...Leo debe continuar aún "encarcelado", su padre conversa animadamente con el quintero, allá, al límite del patio, debajo del gran sauce que hay junto a la carnicería; la mamá no se ve por ninguna parte; pero Mario, que calcula dónde debe estar, se dirige hacia cierta cocinilla inmediata al comedor y allí la encuentra muy ocupada en extraer unos pastelillos del horno.

—¡Ah! —le dice ella al oírle, pero sin volver la cabeza y en tono de reprensión—. ¡Ah! ¿Eres tú?... Estaba ya por mandar que fueran a buscarte... Ya sabes que me asusto cuando tar-

dan... Puede pasarles cualquier cosa... —Y la mamá se sopla los dedos, después de colocar un pastel demasiado caliente, mientras que Mario, que ha tendido el cuerpo de su gato montés "largo a largo" sobre los ladrillos del piso, responde con arrogante aplomo:

—Tardé por causa de este gato; de este gato montés...

Pero la mamá, que sin duda no le ha entendido continúa su blanda admonición, en tanto que se inclina para cerrar la tapa del horno:

—Una víbora, una araña, un alacrán; cualquier bicho ponzoñoso... Una nunca sabe los peligros... —Pero la interrumpe y la hace volverse una gran exclamación de Leo, que, "en libertad" ya, entra de pronto en la cocina.

—¡Oh! ¿Qué es? —ha gritado el niño lleno de asombro, y la mamá al ver el gato tendido sobre los ladrillos, exclama a su vez:

—¡Ay! ¡Jesús! ¿Y eso, Mario?

—Es un gato —contesta Mario con estudiada naturalidad—; un gato montés... Lo cacé en La Estancia vieja.

—¡Oy, es verdad! ¡Es un gato!... —dice la mamá, y va a preguntar, sin duda, si lo cazaron los perros, cuando Leo, siempre irreverente y siempre "de punta" con su hermano, como es común entre los chicos, la interrumpe con vehemencia:

—¡Lo cazó! ¡Ah, ah! ¡Mirá qué macana! ¡Dice que lo cazó él, mamá!

La mamá, inclinándose con interés un poco repugnado, sobre el cadáver de la bestia, insinúa su sospecha; pero, según su modalidad, en forma más diplomática:

—¡Qué bueno! ¡Parece un tigrecito! ¿Lo trajo Pedro, verdad?

Mario se indigna:

—¿Pedro? ¡Qué Pedro! ¡Lo cacé yo con los perros; lo cacé yo, con toda el alma!...

Y en seguida, con verbosidad y exagerados ademanes, hace la descripción de la hazaña, llenando de asombro con su temeridad a su buena madre y de sentimiento sincero a su hermano menor; que hubiera deseado de todo corazón participar de las peripecias de aquella emocionante cacería.

Cuando llega el padre, con su sonrisilla avinagrada y despectiva; Mario debe repetir el relato, y se hincha de orgullo bajo su delantal, oyendo decir al autor de sus días estas "trascendentales" palabras:

—Hazle sacar el cuero; después lo estaqueas y lo venderemos cuando se venda la lana...

—¿Se venden? —pregunta la mamá, entre incrédula y curiosa.

—Claro que sí —responde el padre—. Se pagan en plaza a un peso cada uno.

La mamá entonces, se vuelve hacia Mario y le dice para emularle, para provocar en él, ese espíritu de iniciativa, de acción y de esperanza, tan beneficioso para el porvenir del hombre:

—¡Mira qué bueno! Vas reuniendo cueritos de toda clase de animalitos salvajes, los estaqueas, los guardas y los cuidas, y cuando tengas muchos; los envías en las mismas carretas que vengan para llevar la lana.

A Mario le entusiasma la idea, como es natural, y allí no más, ante el fláccido cadáver del gato montés tendido sobre los ladrillos del piso de la cocina; se pone a trazar verbalmente, los lineamientos de un plan comercial, que, como se verá, no deja de tener su seriedad y fundamentos: "Sergio le tiene prometida una piel de zorro desde hace mucho; Pedro, que mató una vez una comadreja colorada en el monte, se ha comprometido también a traerle la primera que cace; de manera, pues, que con esta piel del gato y alguna que otra que por eventualidad pueda obtenerse, habrá ya, un total de cuatro pieles, para la época en que las carretas vengan a buscar los frutos de La Estancia"...

* * *

El día en que Mario oye por fin, la noticia de que la tropa de carretas llegará esa tarde, experimenta una gran sensación

de alivio... Pocas pieles de zorro azul habrán pasado por mayores vicisitudes, ni debido adobarse en mayores trastornos para el cazador y dueño, que aquella modestísima piel de gato montés, que, de paso sea dicho, continúa siendo el único ejemplar de la remesa proyectada con tanto optimismo. Primero, fue la odisea con el gato muerto en procura de alguno que lo desollase. ¡Oh!, los "ahuritas" de Pedro y los "ahuritas" de Juan, que no llegaban nunca, y las críticas y las interrogaciones: "¡Lo ha dejado mascar todito por los perros! ¿Y pa qué quiere ese cuero?"... Después, fue aquello otro de haber estaqueado[1] tan mal, el cuero en el suelo, valiéndose de ciertas espinas de acacia negra, que para el caso le parecieron excelentes; pero con las que la piel quedó tan ridículamente plegada y asimétrica, como para ser objeto de la burla de todos; y, por último, ese otro terrible error de usar como nuevo estaqueador, cierta puertecita de la despensa que no estaba destinada, sin duda, para esos fines, a juzgar por la penitencia, que le impuso su padre, seriamente enojado, por aquel desmán inconcebible "en semejante zángano".

Por fin, felizmente, el cuero de gato, después de remojado y estaqueado escrupulosamente sobre una vieja tabla; está desde hace mucho tiempo ya, en condiciones de ser conducido por las carretas hasta el Mercado Central de Frutos. Mario ha tenido la precaución de cepillarle el pelo y de doblarlo a la manera como se doblan los cueros de potro, es decir, los que se estanquean ancho, o lo que es lo mismo, "en redondo", como el de vacuno, cuando se ha de cortar de él algún lazo, maneador o coyunda.

Hay que decir, en honor a la verdad, que de todo este negocio del cuero de gato montés, lo que menos le interesa a Mario es la ganancia pecuniaria que pueda reportarle, vale decir, aquel famoso peso, que retribuirá su heroísmo y sus largos esfuerzos. No. A pesar de vivir en un ambiente de tra-

1 *Estaquear*: Estirar el cuero del animal entre estacas. Por analogía, castigo del delincuente.

bajo, los "pesos" no figuran para Mario sino de oídas; nunca los ve, ni siente la necesidad de ellos, al revés de lo que les ocurre a los niños de los centros urbanos, apenas abren los ojos. El niño sabe que existen, sin duda alguna, y los conoce, pero, allí en La Estancia nunca los vio usar por nadie. A los peones se les paga con vales contra la pulpería de don Manuel, y todas las cosas que se necesitan son traídas en un carro, cuyo conductor exhibe al llegar, un papel que lleva impreso el siguiente encabezamiento: "De lo pedido al reverso de esta boleta remito a usted lo siguiente:" Y a continuación, con detestable ortografía: "Un tercio de yerba misionera, dos bolsas de galleta chica, una de galleta grande, cincuenta kilos de arroz, un par de botines para niño Nº 32, etcétera." Pero... sobre la forma como todo aquello se paga, Mario tiene ideas muy imperfectas. Lo que él sabe y le importa y le entusiasma a la sazón, es que su cuero, ese famoso cuero de gato que tantos trabajos le ha costado, será conducido en enormes carretas de bueyes, del mismo modo que los de vacunos, que esos grandes cueros que, a manera de tablas forradas de felpas multicolores, están apilados en el galpón de La Estancia; lo que a Mario le importa y le seduce, es pensar en aquel viaje de "su cuero" al través de la llanura infinita, metido en una pintoresca carreta arrastrada por tres vigorosas yuntas, que tiran pausada y firmemente, resoplando su esfuerzo bajo la continua amenaza de la picana y al grito gutural y quejumbroso de aquel hombre que, sentado sobre un cojinillo y sobre el yugo[1] de la primera yunta, les grita de continuo: "¡Güeya, guay! ¡Güeya, Palomo! ¡Oso!"

Y tanto es verdad esto, que ha concluido por cansar a su padre con preguntas reiteradas hasta el cansancio y muchas veces intempestivas:

—¿Yo podré ver, papá, en qué carreta lo ponen?

Y el padre, que está matando unas hormigas que han invadido un arbolito:

1 *Yugo*: Viga en que se atan los bueyes por la nuca.

—Sí, m'hijo. ¡Cómo no!

—¿Y no se perderá?

—No, hijo; ¡cómo se va a perder! ¡Andá! ¡Traeme la alcuza [1] del kerosén!

—Porque como es tan chico, ¿sabés?, tal vez no lo vean y se les quede en el...

—¡Oh! ¡Deje de decir pavadas! ¡Parece bobo!

Y como esto ha ocurrido la víspera, Mario está resuelto a reservar sus últimas e inevitables preguntas, para el solemne momento en que el cuero del gato sea cargado en la carreta...

* * *

Llegaron al anochecer y han desuncido y acampado allí, entre los pastos, del otro lado del corral de los caballos y a un centenar de metros del gran galpón de La Estancia, cuya alta ventana circular, pintada de verde, parece mirarlas fijamente, como un ojo de cíclope.

Son cinco hermosas carretas, nuevas, enormes, con ruedas de tres metros de diámetro, con techos de cinc escarchado y pintados en anchas bandas de colores vivísimos. Hay entre esas carretas, una, qué, entre todas, ejerce sobre el ánimo del niño mayor atracción. Es una carreta pintada con los colores de la Patria y que luce en el "llamador" [2] unas hermosas colas, teñidas también de azul y blanco. "¡Oh! Si le cupiera al cuero de gato el honor de ser conducido en ella!" ¡Pero, vaya uno a saber! Según ha podido informarse, las carretas serán atracadas al galpón y cargadas una por una, y la cuerambre irá en la última.

No hay que decir, que, aunque su padre le tiene prohibido —a menos que no haya mandado— acercarse "para nada" a aquellos sitios; Mario, que desde hace largo tiempo es maestro en infracciones; ha rondado ya las carretas desde muy cerca y

1 *Alcuza*: Recipiente. Aceitera.
2 *Llamador*: Travesaño que sobresale en las carretas y donde se cuelgan adornos.

"hasta" contado los bueyes, que son más de cuarenta y que comen maíz en espigas arrojadas "así no más" entre el pasto, y a los que un muchacho a quien le dicen "el boyero", pero que se llama Inocencio, conduce hasta la aguada, arreándolos a caballo... Ha podido observar también, que unas carretas tienen "muchacho", es decir, un vulgar poste para evitar que se empinen, y otras más modernas, cierto dispositivo que "si bien no es un muchacho", pero que hace sus veces, sin duda, y que, encastrado en el bastidor del carro, converge sobre el eje de una ruedecita "como de arado" que se apoya en el suelo. Ha visto también, que algunas llevan debajo, una suerte de hamaca o de cama de cuero crudo, y que en una de esas camas está acostado como un durmiente, el barrilito del agua...

Como era de noche, ya los carreros habían encendido una fogata, en la que asaban carne, y a la que rodeaban, sentados en el suelo, mientras el pobre "boyerito" gritaba allá, a lo lejos, a los bueyes que venía arreando desde la aguada.

Y Mario hubiera seguido haciendo, sin duda, observaciones interesantísimas, a no haber columbrado a su padre, y debido escapar como tantas otras veces, huyendo en cuatro pies, como un mono, al amparo de las pajas...

* * *

...La operación ha durado por lo menos tres días. Allá, en el bajo, están ya cuatro carretas cargadas, entre ellas aquella tan hermosa azul y blanca que Mario hubiera deseado para "su cuero". Las cuatro parecen aún mucho más grandes que antes con sus enormes "buches" hinchados de lana y cerrados con fuertes enjaretados de duros tientos, y esta otra, la última estacionada ante la puerta abierta del galpón y cuyas anchas ruedas han cortado profundamente la arena del médano al aproximarse a aquel sitio, está a punto de completar también su carga, la carga más importante, porque en ella va incluido el célebre cuero de gato montés.

El espectáculo de la operación no puede ser más interesante. ¡Hay que ver cómo aquellos hombres forzudos, metidos

en ambos "buches" de la carreta y para Mario a una altura vertiginosa, van estibando los últimos atados de lana que otros peones les alcanzan desde abajo y a los hombros, trepando por una escalera!...

¡Y pensar que la piel del gato montés está allí, bajo la enorme carga de lana que los hombres apelmazan bajo sus pies, y que está allí, con los cueros de vaca, que se cargaron los primeros, sobre el plan del vehículo, sin que Mario pudiera presenciar la operación, porque en el preciso momento en que él lo habría entregado a su padre, que lo conservaba en una mano, mientras discutía algo sobre caminos con el patrón de la tropa, se le ocurrió mandarlo para que trajera a la carrera, desde el escritorio, cierto planito de La Estancia.

Cuando volvió, el cuero había sido embarcado ya y como él no se atrevió a preguntar nada debió limitarse a pensar, regocijándose íntimamente, que allí estaba, en el carro, entre los otros enormes cueros y "como buen cuero que era".

¡Ah! ¡Y aunque viva mil años, Mario no podrá olvidar nunca, aquella gran carreta española, por la pintura roja y gualda de su techo y el color de los largos penachos de cerda que adornan su llamador desafiante! Cuando aquella carreta, que es la última, está completamente cargada y repletos a reventar sus altos y avanzados "buches";[1] es preciso quitarla como a las otras, de allí, de frente al galpón —en donde sus altas ruedas, se van hundiendo cada vez más, en la tierra arenosa del médano— para conducirla también como las otras, al campamento que tiene establecido allá, del otro lado del corral de los caballos. ¡Qué emocionante escena para Mario, cuando, pegado al pantalón de su padre, ve acercarse pausadamente y conducidos por un hombre a quien acompañan otros varios, los seis bueyes que han de arrancarla de donde está enclavada como un rancho, y el poderoso pértigo, horizontal al suelo gracias al hábil equilibrio de la carga...

1 *Buche*: Espacio destinado a cargar lana en las viejas carretas.

Cuando las tres yuntas están uncidas a la carreta, el tiro resulta tan largo para la estrechez del espacio disponible, que el segundo par de bueyes casi roza con sus cuernos la pared de la cocina de los peones y los delanteros deben ser sacados hacia afuera, dando cara al campo.

A Mario, le parece que todos los bueyes se han achicado ante la mole de la carreta cargada, sobre todo esos dos pobrecitos pertigueros, cuyo hocico relumbroso casi toca el suelo y sobre cuyo yugo "todavía" se sienta uno de los hombres armado de una corta picana. Por la inquietud de los presentes, Mario comienza a sospechar ya, que la operación aquella debe presentar alguna dificultad no común para los del oficio, cuando ve que el patrón de la tropa se acerca a la carreta y después de observar un instante las ruedas, menea la cabeza.

—¿Qué? —pregunta el padre de Mario.

—¡Y! —contesta el hombre—. Tengo miedo de romper una rueda, lo que torneen los delanteros... ¡Vea! ¡Las llantas están hundidas más de media vara!...

—Sí, he visto... —contesta el padre. Y añade en seguida en tono de consejo—: Desate una yunta para poder salir un poco derecho...

—Dos yuntas no me arrancan —contesta con convicción el carrero.

Y hay un compás de silenciosa expectativa.

Al fin dice un hombre de boina azul que está de guía de la yunta delantera —dos poderosos bayos overos[1]— la picana apoyada sobre el yugo:

—¿Y? Vamos a probar despacito.

—Bueno... ¡Vamos! —conviene el patrón. Y deteniendo con un gesto al hombre del pértigo, viene a ponerse él mismo a la cabeza de la segunda yunta —un barroso[2] y un azulejo[3]— que

1 *Bayos overos*: Variedad de bayo, pelaje de color blanco con tonalidades amarillas o de color naranja.
2 *Barroso*: Pelaje de vacuno o yeguarizo, de color negro o gris.
3 *Azulejo*: Pelaje de reflejos azulados.

aguardan, filosóficamente, la voz de mando, lamiéndose los hocicos.

Debe haber peligro en lo que va a hacerse, porque el padre de Mario le manda brevemente:

—¡Sálgase de ahí! ¡Póngase allí!

—¿Estamos? —pregunta después la voz de uno de los hombres. Y deben responderle afirmativamente, porque en seguida grita la misma voz en tono gutural y autoritario—: —Iru, guay!...

Y sobreviene entonces, algo espectacular como inesperado por el niño: El esfuerzo de las dos yuntas, no ha movido aún media vuelta las enormes ruedas empotradas en la arena del médano; cuando de pronto la carreta pierde el equilibrio y rompiendo o zafando su "muchacho" trasero, se empina y se empina como un animal que se abalanza, y después, suavemente, entre la gritería de los circunstantes, cae sobre su culata alzando colgados del yugo y empequeñecidos de pronto como ratoncillos, a los dos bueyes del pértigo, sobre cuyas cabezas el hombre que los dirige, sube también sin inmutarse y como puesto al extremo de un balancín...

Pero, por desgracia para Mario —encantado del suceso— el espectáculo dura apenas algunos segundos. La experiencia de los carreteros —rápidos y ágiles como monos— en un instante conjura el peligro; y así, mientras varios de ellos trepados sobre el pértigo, lo hacen descender de nuevo, suavemente, otros acuden a las yuntas, de tal manera, que apenas hacen pie los bueyes pertigueros, vueltos a tierra, la segunda yunta los afianza con la poderosa tensión del tiro, y los pobres animales casi rozando la tierra con el hocico, pueden empezar a marchar oblicuando poco a poco, hasta que llega el momento en que las tres yuntas, en línea ya, arrancan y arrastran hacia donde están sus compañeras a la enorme y pesada carreta que cruje huecamente y se bambolea inquietante, en el rápido declive del cuesta abajo. Cuando ya no hay nada que ver desde allí, junto al galpón, en donde se ha quedado solo y como absorto, Mario reacciona de pronto y echa a correr como un potro para

ir a referir a la mamá y al hermano, el "tremendo caso", que acaba de ocurrir precisamente, con la carreta que conduce "su cuero"...

* * *

Han pasado, para Mario, días, semanas, meses, años quizá —con esa lentitud con que transcurre el tiempo en los primeros años de la infancia— desde la fecha aquella en que la tropa de carretas se llevó de La Estancia "los frutos del país", sin que el niño haya tenido la menor noticia de su cuero. El padre, interrogado centenares de veces, a ese respecto; respondió otras tantas, que el viaje hasta Buenos Aires era muy largo; que se necesitaban muchos días; que el cuero ya iría llegando al "viejo mundo"; que pronto recibiría el precio de los productos vendidos y que entonces le pagaría su peso a Mario, y, por último, cansado ya, se limitó a decirle que se dejase de preguntar pamplinas, que ya era un muchacho muy grande para eso.

Desde entonces, y como es de imaginar, fue solamente la bondadosa mamá, la que tuvo que seguir soportando sola y pacientemente, el interminable interrogatorio sobre el asunto del cuero:

—¿Y qué van a hacer allá con él?

—¡Caramba!... Después de curtirlo harán un... harán un bonito gorro para señora, por ejemplo, o una alfombrita, o un cubrepiés... ¡Oh!... Mil cosas encantadoras pueden hacer...

—¿Y si el barco se fuera a pique?...

Y así, desde el día en que se llevaron el cuero de gato, por espacio de dos largos meses y a cortos intervalos...

Con Leo, el asunto no anduvo tan bien, porque aunque en verdad su hermano menor, tuvo que soportarle las mil y una fabulosas descripciones de la caza del gato y los mil y un proyectos que hizo y deshizo con respecto a la aplicación de aquel peso que iba a ganar con su trabajo —cosa que Leo no había hecho, ni sería capaz de hacer jamás— también no era

menos cierto, que el espíritu inquieto y burlón del mocozuelo le ocasionó no pocos disgustos.

—¡Che! ¿Y vos no tenés miedo de que en cuanto salga el barco te tiren al mar el cuero?...

—¿Y por qué?

—Tal vez les parezca una porquería, tan mal estaqueado como está y todo mordido por los perros...

—¿Mordido por los perros? ¿Mal estaqueado? ¡Tu cara de zonzo estará mal estaqueada!...

O bien:

—¡Qué risa les dará allá, cuando vean aparecer entre todo el cargamento de cueros de vaca, tu cuerito de gato!

—Más risa me vas a dar a mí —replicaba Mario con las mandíbulas apretadas— cuando compre lo que voy a comprar con el peso y vengas a pedirme que te dé un pedacito... ¡Marica! ¡Envidioso!... ¡Que en tu vida no has sido capaz de cazar ni una laucha!...

Pero, todo eso ha pasado ya, y Mario, sin dejar de pensar de vez en cuando en "su cuero", está una tarde muy entretenido en observar detrás de "las casas" y "al rayo del sol", las andanzas de una extraña y feroz avispa encarnada, que tiene su cuevita en el suelo, y en la cual se empeña en introducir un moscardón mortecino; cuando Leo llega a buscarle a la carrera.

—¡Mario! ¡Dice papá que vayas!

—¿Yo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Está en el comedor.

Mario, hace esas preguntas para ganar tiempo como es de imaginar; para poder hacer un examen relámpago de conciencia, y después dice ya tranquilizado:

—Bueno.

Lo primero que ve al penetrar en el comedor seguido de su hermano, es que su padre no está enojado, sino que, por el contrario, alegre y risueño conversa con la mamá, que le ceba mate y que parece, también, muy contenta.

—¿Me llamabas, papá?

—¡Hola! ¿En dónde estaba, amigo?

—¿Y? Estaba ahí, detrás de la casa...

—¿En cabeza, seguro, y al rayo del sol? ¿Qué estaba haciendo?

A Mario, que le parece demasiado trivial confesar lo que en realidad ha estado haciendo, es decir, contemplando bajo el sol de fuego las andanzas de un avispón encarnado, declara que no estaba haciendo nada...

—¿Cómo nada?

El niño se alza de hombros para expresar humilde y desoladamente, que esa es la verdad sin embargo, y entonces su padre, después de haberle mirado por espacio de algunos segundos, le dice con estudiada seriedad y entonación:

—Lo llamaba, para abonarle la parte que le corresponde en el negocio de los cueros...

—¡Ah! —alcanza a decir Mario. Y sofocado por la emoción, ve, cómo su padre, extrae de un bolsillo un gran fajo de billetes, y apartando uno nuevecito se lo tiende con el extremo de los dedos.

—Aquí tiene su peso. ¿Está conforme?

—Sí, papá, sí...

Y entretanto que Leo excitado y curioso le grita a voz en cuello: "¡A ver! ¡A ver! ¡Mario, mostrame!", el niño, un poco confuso por la emoción que experimenta, vuelve instintivamente los ojos hacia la mamá, que le sonríe y le felicita, como ella sola sabe hacerlo:

—¡Muy bien, Mario! ¿Has visto? ¿No te decía?

Y Mario, muy encarnado y sin saber qué hacer, da vueltas entre los dedos aquel peso nuevecito, el primer peso que ha ganado en su vida...

* * *

Una fría tarde invernal. Han transcurrido meses, desde que Mario recibió su parte en el negocio de los cueros y la piel de gato estará probablemente muy bien curtida, sirviendo de

graciosa toca a alguna señorita. Del peso moneda nacional ya no existen ni rastros. El niño lo extravió al día siguiente no más, de haberlo recibido, andando entre los yuyos. Lo único que perdura de todo aquel asunto, es el recuerdo de la hazaña que diera a Mario el título de cazador que ostenta con orgullo y que no deja de restregar en la nariz de su hermano, cada vez que cree necesario establecer distancias:

—¿Has cazado algún gato montés? ¿No? ¿Y entonces, por qué hablás?

O bien:

—Cuando hayas sido capaz de ganar un peso con tu trabajo y exponiendo tu vida, podrás discutirme estas cosas...

El viento invernal sacude y hace sonar las chapas del techo del gran galpón de La Estancia. Mario está empeñado en la búsqueda de un viejo "trabuco naranjero" [1], que sin llaves y sin culata estuvo mucho tiempo colgado de un clavo y al que se propone componer en secreto, para emplearlo en sus futuras hazañas. ¡Caramba! Con un arma tan poderosa, él podría matar hasta un tigre, si el caso llegara...

Pero resulta que el trabuco no aparece por ninguna parte. Antes, cuando él no tenía ningún interés por el arma, la veía a cada rato... Y lo peor es que no puede preguntar a nadie por ella para no despertar sospechas. ¡Tan bien que le fue una vez en que su padre lo halló jugando con esa carabina que hay en el escritorio!...

Y el niño, fatigado de andar revolviendo entre los cueros lanares de consumo, que están allí, apilados, entre los tarros y cajones vacíos de pinturas y de sarnífugos, entre barricas que contuvieron cemento o contuvieron cal, y hasta entre las guarniciones del coche que cuelgan de una de las paredes; va y se sienta a meditar sobre el pértigo de la zorra, pintada de rojo, que han entrado allí para protegerla de la intemperie.

1 *Trabuco naranjero*: Arma antigua, parecida a la escopeta y al revólver. El naranjero tiene boca mayor de hierro o de bronce.

—"Estaba, pero no está... ¡Esa es la cuestión!... ¿Los peones? ¿Alguno de los peones?... ¡Bah!... Les ha oído tantas veces, reírse del viejo trabuco, diciendo que no servía para nada... ¿Su padre? Sí... Más bien su padre... Lo habrá escondido... Se cree que él es un bobeta y no le deja tocar ningún arma... ¡Ah!, pero si encuentra el trabuco, después de arreglarlo, lo esconderá tan bien que nadie, ni su hermano mismo, sabrá nunca su secreto... Él matará gatos monteses, vizcachas, nutrias, zorros, etcétera, y reunirá al cabo, tantas pieles, como para comprarse cuando sea más grande una hermosa carabina"...

Y al llegar aquí en sus reflexiones, el niño contrae el entrecejo. "Una barrica, esa barrica que está allí, justamente, detrás del parante del altillo, tapada con una tabla y con una piedra de afilar encima"... "Él no la ha revisado, está cierto, y no sería raro que allí estuviese lo que anda buscando con tantos afanes." Sin embargo y apenas quitada la piedra de afilar y la tapa que cubre la barrica, Mario sufre un verdadero desencanto. ¡Bah!... ¿Qué hay allí dentro de aquella barrica que antes contuvo cal viva sin duda, porque todo aparece cubierto del blanco polvo característico? Un bozal roto, unas maneas para ovejas, unos ovillos de hilo sisal... y un rollo, un pequeño rollo... de lonja de potro, seguramente... ¡No! No es lonja de potro, es mucho más blando y más ligero... Y como el sitio en donde se halla, está un poco oscuro, Mario se acerca a la puerta inmediata y desenvuelve el pequeño lío con manos temblorosas: "¡Oh!..." Y no dice más, no puede decir más el pobre niño, que primero se ha puesto rojo como la grana y en seguida muy pálido. Allí, a sus pies, sobre el piso del galpón, en donde ha caído al desprenderse de sus manos ablandadas por una fulminante sensación de desencanto y ridículo, está "su cuero", está su famoso e inconfundible cuero de gato montés, y está también la cruel evidencia de su primer desengaño... Pero, como por suerte para él, "todavía es temprano", al poco rato no más, puede verse a Mario, que con los ojos

aún enrojecidos, sale del "cuarto de planchar", vibrante de infantil alborozo y llamando a gritos a su hermano Leo...

Y puede verse también, que la mamá, que sonriendo y moviendo la cabeza, le mira desde la puerta, alejarse a la carrera; tiene igualmente los párpados un poco colorados...

X TORMENTAS

No ha habido tiempo, materialmente, para que sus espíritus se recobren de las tremendas impresiones que les produjo la última tormenta —soportada como todas las anteriores, en medio del desamparo del más salvaje aislamiento—, cuando ya está allí, otra nueva, enorme y amenazadora; cubriendo el nocturno horizonte, desde el Norte al Oeste.

Por la ventana de la alcoba, en que velan a Leo —el menor de sus chicos, enfermo desde hace días, y ventana que cae justamente hacia el pampero—, los jóvenes esposos, pueden abarcar con la vista, toda la magnitud del meteoro siniestro, que avanza, visiblemente, sobre el fondo del cielo de un azul profundísimo y en cuyas negras faldas de cordillera lejana, fulguran los relámpagos en sucesión vertiginosa.

LA PATRONA (*junto al lecho de la criatura y al ver al través de los cristales, cómo, al precipitarse simultáneamente, hacia tierra; un gran golpe de rayos rojizos, ha traceado la densa negrura a la manera de un fuego de artificio*). — ¡Oy!... ¡Virgen del Carmen!... ¿Viste, Juan?...

EL PATRÓN (*apartándose de los vidrios y volviendo la cara lentamente*). — ¡Ah, ah!...

LA PATRONA. — ¡Qué horror!... ¿Y todo eso nos va a pasar por encima?... (*por el otro niño*): ¡Mario, Juan!...

EL PATRÓN (*después de destoserse quedamente y tratando de dar firmeza a su voz engolada*). — Mario está ahí, en su cuarto: durmiendo como un lirón... Acabo de verlo... (*tras*

una pausa y por los rayos). ¿No te parece que es mejor que se gasten por el camino?

LA PATRONA *(con desaliento)*. — ¡Qué cosa con estas tormentas! Yo a veces pienso... *(por otro formidable relámpago, esta vez arborescente, y que después de estallar como un fogonazo, en la base tenebrosa de la tormenta; ha ido alzándose en ramificaciones de fuego hasta sus cúspides blanquecinas)*. ¡Oh!... ¡Mira!... ¡Mira!...

EL PATRÓN. — ¡Ah, ah!

LA PATRONA. — ¿Y el ciclón? ¿No crees tú que pueda venir un ciclón, como el de la vez pasada?

EL PATRÓN. — No sé, hija... ¿Cómo quieres que sepa?

LA PATRONA *(en un arranque de rebelión pueril, contra aquellas fuerzas de la naturaleza bárbara que les rodean y amenazan)*. — ¡Yo no sé!... ¡Pero a veces parecería, que hemos venido a ponernos en el justo sitio, por donde pasan las tormentas, o que todos los vientos, se hubieran conjurado en contra de nuestra casa para echarla abajo! Desde el día en que vinimos...

EL PATRÓN *(con arrogancia)*. — ¿Los vientos?... ¡Ah, ah! ¡Están frescos los vientos, con estas paredes de medio metro de espesor y este pedazo de azotea!...

LA PATRONA *(después de persignarse ante un relámpago, que les ilumina las caras, por espacio de varios segundos)*. — ¡Santo Dios!... ¿Pero los rayos, Juan; los rayos, digo yo?...

EL PATRÓN. — ¿Cómo los rayos?... ¿No tenemos ahora, un pararrayos magnífico en el mirador?

LA PATRONA. — ¿Tú crees?

EL PATRÓN *(volviéndose para mirarla por encima de su hombro izquierdo y con un dejo de impaciencia en su voz engolada)*. — ¿El qué, hija?...

LA PATRONA. — Digo... ¿Crees que servirá el pararrayos?...

EL PATRÓN. — ¡Caray, hija!... ¡Por algo lo he hecho colocar!... ¿O crees que lo he puesto para adorno?

LA PATRONA. — No..., ¿sabés?..., lo decía porque López le contó a Gregoria, que en la estancia..., de no sé quién, cayó una vez una centella a pesar de que había pararrayos...

EL PATRÓN *(apartándose nuevamente de la ventana y con un gran gesto de fastidio)*. — ¡Oh!... ¡Bah!... ¡Si ahora nos vamos a preocupar de lo que digan esos animales, estamos frescos!...

LA PATRONA *(después de tocar la frente del niño, en voz baja al patrón)*. — Tú también... ¿no dijiste tú también, que habría que experimentarlo?...

EL PATRÓN *(que ha vuelto a atisbar con cierta inquietud, al través de los vidrios de la ventana, la tormenta, cuyo rumor creciente y continuado corta ya con frecuencia, el sordo retumbo de los truenos lejanos)*. — Dije que me gustaría verlo en funciones, pero no que dudase de su eficacia... Yo no digo pamplinas... *(componiéndose la garganta)*: ¡Kum, kum!

LA PATRONA *(después de suspirar hondamente)*. — ¡Y Mario, tan solito allí!... ¿No sería mejor traerlo aquí, Juan?... Así estaré... *(interrumpiéndose, al estampido de un trueno cercano que, inesperadamente, estalla como un cañonazo, haciendo vibrar los cristales de la ventana, incendiados por la fulguración de un relámpago)*: ¡Santo Dios! ¡Santo fuerte, Santo inmortal!... ¿Oíste, Juan?... ¡Qué barbaridad!... ¡Yo no sé!

EL PATRÓN *(que, completamente doblado por la cintura, sigue mirando hacia afuera)*. — ¡Ah, ah!...

LA PATRONA *(al niño que, despertado por el insólito estruendo, parece interrogarla con su expresión de asombro)*. — ¡No es nada, m'hijito!... ¡No es nada, tesoro!... *(al patrón)* ¿Has visto?... ¡Lo ha hecho despertar!... ¡Caramba!...

EL PATRÓN *(que ha pegado un oído a la rendija de la ventana)*. — ¡Chist!... ¡Calláte!... ¿A ver?... *(tras una pausa)*. Creo que ya... *(interrumpiéndose y echando mano violentamente, a los postigos, para cerrarlos)*: ¡A la pucha!

LA PATRONA. — ¿Qué?... !Virgen del Carmen!...

EL PATRÓN. — ¡Nada!... ¡El viento, que se viene el viento!...

LA PATRONA. — ¡Virgen de los desamparados!... ¿Y Mario?

EL PATRÓN (*que acaba de asegurar la ventana con la pesada barra de hierro, y que sale disparado hacia la pieza inmediata*). — ¡Quédate ahí, no te asustes, que voy a atrancar las otras puertas!... ¡Déjalo a Mario!...

Y sola, ante la cama de su hijito y mientras oye entre el pavoroso e inmenso rodar de la tormenta, las carreras del patrón, que, invisible, anda asegurando las demás puertas y ventanas de la casa con el hierro de las gruesas barras de canto; la patrona, la bella carita desencajada y afeada por la angustia, quizá se arrepienta una vez más de haberse empeñado —ella, incapaz "de matar una mosca"— en seguir al amado y valeroso compañero, y contra todas sus reflexiones; hasta aquel ambiente de energías y de brutal salvajismo, que la asusta, que la acobarda, que la enferma y al que siente que no podrá acostumbrarse, a pesar de todos los esfuerzos.

Ella ha prometido ser valiente y no quejarse, y aunque lo cumple en apariencia; tan sólo Dios sabe, lo que lleva sufrido en los pocos meses que llevan en aquella estancia recién poblada y a donde han venido para quedarse "hasta que sean ricos"... "¡Ah, ah!..."

Cuando no es un gaucho feroz, de atravesados ojos, de negra barba y de cabellera hasta los hombros; el que discute con su marido, mirándole como si buscase el sitio más adecuado para hundirle traidoramente su cuchillo; es él, el que la asusta maltratando algún peón de hecho o de palabra, o bien es una horrible víbora de la cruz, que inesperadamente, levanta su cabeza triangular entre los yuyos, o un caballo que corcovea furioso, o un hombre que se lastima; o tormentas o huracanes o...

LA PATRONA (*levantándose las manos a las sienes*). — ¡Ay, Jesús!... ¡Virgen del Carmen!...

Y es que, con formidable empuje; el huracán que llega, acaba de chocar contra el edificio de la estancia, haciéndolo vibrar hasta sus hondos cimientos y aullando furiosamente en

las rendijas de las ventanas y de las puertas; cuyas recias trancas de hierro; se arquean bajo el esfuerzo.

EL PATRÓN (*presentándose de pronto en la alcoba*). — ¡Ya está!... No te asustes... Es...

LA PATRONA (*interrumpiéndole*). — ¿Y Mario, Juan?

EL PATRÓN. — Ahí está, no te preocupes... (*por el viento*): Es del Oeste, che, y la casa está muy bien orientada...

LA PATRONA (*temblorosa y con expresión de azoramiento*). — ¿Por qué no lo traes a Mario, Juan?

EL PATRÓN (*que de pie en medio de la alcoba gira en torno los ojos inquietos, como si quisiera abarcar en una mirada todas las dependencias de la casa*). — ¿Mario?... Está dormido. Déjalo en su cuarto...

LA PATRONA. — Sí, pero...

EL PATRÓN (*tornando a desaparecer de un salto, por la puerta que comunica con el amplio comedor embaldosado de rojo*). — ¡Un momento!... ¡Ya vengo!

LA PATRONA (*acariciando la cabeza del niño que está en la cama y con voz lamentable*). — ¡Juan!... ¡Por favor!

LA VOZ DEL PATRÓN (*lejana y apagada por el estruendo*). — ¡Ya voy!... ¡Ya voy!...

Y parecía, que el universo se desplomara sobre el blanco edificio de la estancia, sobre aquel edificio solitario que, erguido atrevidamente en lo alto de una loma muy verde, se bate solo contra aquel atroz desbordamiento de furor y de fuerza. El huracán empuja las puertas, como con empellones de enormes ancas apocalípticas y los truenos retumban como cañonazos, haciendo trepidar los cristales de las ventanas, cuyas rendijas enciende la luz de los relámpagos.

LA PATRONA (*con las manos juntas y de pie ante la cama de su hijo enfermo*). — ¡Santo Dios!... ¡Santo fuerte!... ¡Santo inmortal!...

LA VOZ DEL PATRÓN. — ¡Ya voy, hija, ya voy!...

LA PATRONA (*casi gimiente, sin dejar de moverse en el mismo sitio, ya sobre un pie, ya sobre el otro y por uno de esos truenos de seco estampido, que a la sazón comienzan a suce-*

derse con una frecuencia aterradora). — ¡Virgen Santa!... ¡Qué barbaridad!...

EL PATRÓN (*entrando de nuevo y con una expresión casi jovial en su cara pálida*). — ¡No te asustes..., que ya va pasar el viento!... ¡Vieras cuando la virazón agarró las puertas del lado del N. O.!... (*con exagerada mímica*). ¡Mirá! ¡Se doblaban "así", con barra y todo y por las hendijas entraba un chijete de agua, que llegaba hasta la mitad del comedor!... ¡Palabra, que creía que iban a saltar!...

LA PATRONA (*espantada por uno de esos truenos, cuyo estampido metálico, tiene algo de descarga de máuseres o de derrumbe de chapas de cinc*). — ¡Ay!... ¡Virgen santísima!... ¡Qué miedo!... ¡No ves, Juan!...

EL PATRÓN (*cuyo ceño y acento de ruda energía, contrastan con sus palabras*). — ¡Oh!... ¡Vamos, hija!...

LA PATRONA (*casi llorosa, acercándose instintivamente a su marido*). — ¡Pero si esto es el fin del mundo, Juan; pero si esto es espan...! (*mas, como en medio del estruendo del huracán y el del agua que cae a torrentes; dos formidables explosiones casi simultáneas; hacen retemblar en ese momento el edificio, la patrona, acobardada, se interrumpe y cambia de tono*). — ¡Ay, Juan, ay!...

EL PATRÓN (*con una mueca que quiere ser sonrisa en su boca crispada*). — ¡No hay que asustarse!... ¡Mirá!... ¡Hagamos una cosa! Hay demasiados truenos, y es mejor que nos separemos. Tú te quedas aquí con Leo y yo me voy al comedor...

LA PATRONA (*apoderándose de un brazo del patrón y mirándole en los ojos con espantada sorpresa*). — ¡Cómo!... ¿Por qué? (*al estallido de un trueno*): ¡Santo Dios!... ¡Santo fuerte!... ¡Santo inmortal!... (*a su marido, premiosa*): ¿Por qué?... ¿Por qué, Juan?...

EL PATRÓN (*tomándola por un hombro y hablándola casi al oído, como para recatarse del niño enfermo, que le mira gravemente, con sus ojos azules afiebrados*). — Debemos separarnos, hija... Los truenos... Hay muchos truenos... ¿No ves que puede caer un rayo, y...

LA PATRONA. — ¡Ay, Virgen santa!...

EL PATRÓN. — ¡No te asustes, caray!... (*tornando a querer sonreírle en una rara mueca*): ¿Comprendes?... ¡Es preciso por los chicos, que, en todo caso, quede uno de los dos al menos!...

LA PATRONA. — ¡Oh! (*después de haber abierto mucho los ojos y como si la reflexión la serenase de pronto*). ¡Oy, sí! ¡Es cierto, Juan, es cierto! (*a un trueno tan cercano y brutal, que se diría un cañonazo, disparado en la azotea*). ¡Santo Dios!... (*al patrón, poniéndole su manita blanca en el pecho*). Sí, es cierto, Juan... ¡Los chicos!... ¡Mario!...

EL PATRÓN (*con la cara crispada*). — Sí... ¿Comprendes?... Pero no te asustes; yo voy a estar aquí al lado en el comedor... (*disponiéndose a salir*): No tengas miedo...

LA PATRONA (*juntando las manos*). — ¡Oh, Juan!...

EL PATRÓN (*volviéndose vivamente y gritando tanto; cuanto es necesario para hacerse oír, en medio del espantoso baladro*). — ¿Qué?... ¿Qué, m'hija?

LA PATRONA. — ¡Mario, Juan!... ¿Y Mario?

EL PATRÓN. — ¡Ya sabes que está en el sitio más seguro de la casa!... ¡No tengas miedo!... (*y va a salir otra vez de la alcoba, pero tiene que volverse, de nuevo, al llamado de la patrona*). — ¿Quéee?...

LA PATRONA (*allegándose a él, vacilante*). — ¡Juan! ...

EL PATRÓN (*extrañado e inquieto*). — ¿Qué, m'hija, qué?...

LA PATRONA (*con un suave acento de reproche*). — Te vas sin que nos despidam... (*brutalmente interrumpida por un trueno*): ¡Santo Dios!... ¡Santo fuerte!... ¡Santo inmortal!...

EL PATRÓN (solícito). — ¿Qué m'hija, qué?

LA PATRONA (*con la carita descompuesta y a punto de llorar*). — ¡Que nos despidamos, Juan; que nos besemos!... ¿No ves que podemos morirnos separados?

EL PATRÓN (*que se ha puesto visiblemente pálido y contraído*

mucho las cejas, a la patrona, después de besarla con nerviosa rudeza). — ¡Oh!... ¡Qué pavada, hija!...

LA PATRONA (*llorosa*). — ¡Ay, Juan!...

EL PATRÓN (*que sale de la alcoba acompañado por un nuevo y desquiciador estampido*). — ¡Qué pavada!... ¡Estaré aquí cerquita!...

Y parecería, que el bello espectáculo de aquel amor y de aquel heroísmo; irritase las iras de la tormenta, que a la sazón se lanza con todas sus fuerzas contra los muros y techos de aquel nido humano, como si no quisiera pasar sin deshacerlo, como si no quisiera irse, sin haber aventado a los cuatro vientos sus tibios pulmones.

El viento silba y aúlla en las rendijas, haciendo combar las puertas, a pesar de la poderosa ayuda de las trancas; sobre el edificio estremecido, el agua se desploma como una catarata y, en medio del relampagueo incesante, los truenos estallan bruscos y ensordecedores, casi sin solución de continuidad. Parece milagro, que en aquella atmósfera, tan atrozmente preñada de fulguraciones y de estruendos, no hayan caído ya cien rayos sobre la casa...

LA VOZ DE LA PATRONA. — ¡Santo Dios!... ¡Santo fuerte!... ¡Santo inmortal!...

EL PATRÓN (*que se ha sentado en una silla, en medio del comedor, la cara pálida y los ojos inquietos y avizoradores, componiéndose la garganta*). — ¡Kum, kum!...

LA VOZ DE LA PATRONA (*tras un estampido de trueno crispante y metálico*). — ¡Virgen santa!... ¡Virgen santa!...

EL PATRÓN (*siempre inmóvil en su silla y en una actitud que parece de acecho*). — ¡Kum, kum!...

LA VOZ INFANTIL DE MARIO (*desde su cuarto*). — ¡Papá!

EL PATRÓN (*que al oírla se ha incorporado casi de un salto, asomándose al interior de la pieza*). — ¿Qué quiere, m'hijo?

LA VOZ DE MARIO. — ¡Qué tormenta!... ¿Eh?...

EL PATRÓN. — Sí, m'hijo, pero va a pasar... ¡No tenga miedo!...

LA VOZ DE MARIO. — ¿Y mamá?

EL PATRÓN. — Ahí está... ¡Pero no tenga miedo, no tenga miedo!...

LA VOZ DE MARIO (*somnolienta y estremecida, sin duda por un bostezo*). — Yo... yo no tengo miedo...

EL PATRÓN. — ¡Ah!... ¡Bueno, bueno!... ¡Muy bien, hijo!

Y, componiéndose una vez más la garganta; el patrón va a apartarse de la puerta del cuarto del niño, vuelve la cara en dirección al de la patrona; cuando le sorprende y paraliza, algo espantoso, inmenso, indescriptible; algo no visto nunca por sus ojos, ni experimentado nunca por sus nervios. Es, primero, como si en medio de una intensa fulguración azul, la casa entera, desprendida de la tierra, comenzara a elevarse en el espacio, oscilando blandamente como un aeróstato al impulso de la brisa; es, después, como que un gran globo de fuego rojo como la sangre y elástico como una pompa de jabón; que anduviese danzando en la atmósfera turbia del comedor, y es, por último, como si con el estruendo de mil cañonazos el edificio se derrumbara sobre su cabeza, el suelo se hundiese bajo sus pies...

EL PATRÓN (*aturdido y con una sonrisa inconsciente, después de pasarse la mano por los ojos*). — ¡A la...!

LA VOZ ANGUSTIADA DE LA PATRONA. — ¡Juan!... ¡Mario!... ¡Virgen del Carmen!...

EL PATRÓN (*reaccionando de su aturdimiento y plantándose de un salto en la alcoba de la patrona*). — ¡Un rayo, che!... ¿Has visto?... ¡Un rayo!...

LA PATRONA (*viéndole desaparecer de un nuevo salto*). — ¿Mario?... ¡Juan!... ¿Mario?... ¡Dios mío!...

EL PATRÓN (*ya en el cuarto del niño y precipitándose sobre la cama*). — ¡Hijo!... ¡Mario!...

LA VOZ DE MARIO (*que suena en los oídos del padre, como un son celestial*). — ¿Qué papá?... ¡Qué truenazo!... ¿No?... Yo... ¡Yo vi como una bola!...

EL PATRÓN (*después de agarrarlo y sacudirlo con manos nerviosas, soltándolo bruscamente*). — ¡Ah, bueno!... ¡No es

nada, hijo!... ¡Nada!... (*poniéndose a la puerta, para gritar la buena nueva a la patrona*): ¡Nada, che, nada!...

LA PATRONA (*que llega y se lanza dentro del cuarto, sin escuchar ni comprender lo que oye*). — ¡Virgen del Carmen!... ¡Juan!... ¿Mario?... ¿Mario?...

EL PATRÓN. — ¡Nada, che!... ¡Nada!... ¡Qué suerte!... ¡La gran perra!...

Después, entre el sordo e inmenso rodar de la tormenta que se aleja vencida; de pie, en medio del comedor de La Estancia; cuya atmósfera ha saturado el rayo de olor a ozono y cuyas rojas baldosas, brillan empapadas por el agua que la fuerza del huracán metió por las rendijas; el patrón y la patrona, se besan y se besan sin saber qué decirse...

A LA FUERZA

Acaba de ponerse el sol. Los cinco carros que forman la tropa, cargados de lana y ya listos para marchar al día siguiente, están allí, en la penumbra del bajo, tan enormes y tan aplomados sobre sus poderosas ruedas de tres metros de diámetro y de dos cuartas de llanta, que parece imposible, que haya fuerza capaz de arrancarlos del sitio y de hacerlos rodar por los caminos.

Debajo de uno de ellos, parpadea la luz rojiza del fogón de los carreros y más allá, en el campo, se ve la mancha sombría de la caballada de la tropa, que un muchachuelo de camisa blanquísima, arrea paso a paso hacia la aguada.

Mario —siempre pegado a los talones de su padre como el perro Limay a los suyos— escucha la plática que aquél sostiene con el patrón de la tropa, apoyados ambos, en el cerco de alambres del corral de los caballos, en donde, uno de los mensuales de La Estancia acaba de echar una tropilla.

—Fijesé que actualmente no hay más que quince leguas hasta punta de rieles —observa el padre de Mario, y el carrero va a contestar, sin duda, cuando un descubrimiento que acaba de hacer en el corral, lo deja como suspenso: Junto a la yegua madrina, está un potro picaso-tero, de poca alzada, pero gordo y de muy linda pinta, que por cierto nada debe tener que hacer, entre aquellos animales de trabajo.

—¿Ese potro, don Juan?

Y en la voz del tropero —siempre escaso de caballos y, por lo mismo, como todos los de su oficio, siempre ávido de conseguirlos— hay como un ligero temblor de emoción, al hacer la pregunta.

—¿Cuál?... ¡Ah!... ¿El picaso?

—¡Ah, ah!...

El padre de Mario explica entonces:

—Verá, che; es un animal que criaron de potrillo, aquí, en las casas, los muchachos; pero que se apotró después. Es manso de abajo, pero resabiado de mañas. Yo pensaba hacerlo servir para el coche porque tiene buena presencia, pero como hay que domarlo de nuevo, ahí se ha ido quedando, inútil...

Al carrero le bailan los ojillos y se le engola la voz de concupiscencia:

—Empriestemeló, don Juan, y pa la otra güelta se lo traigo mansito como una oveja.

El padre de Mario vacila un instante, pero en seguida concede con un alzamiento de hombros:

—Bueno, lleveló, si quiere, pero no me lo vaya a perder, ¿eh?...

—¡Oh, no!... ¡Pierda cuidao, don Juan! —y el patrón de los carros, después de lanzar un silbido estridente, hacia donde están sus hombres; añade compacido—: ¡Va a quedar que ni mandao hacer pa la volanta el picasito!...

* * *

Mario madruga mucho al día siguiente, porque quiere ver con sus propios ojos incrédulos; cómo harán los carreros para reducir y llevarse a Mandinga, que así se llama el potro que su padre entregó la víspera al patrón de la tropa, para que lo amansara. Si hay en "La Estancia" alguno que conozca bien al tal caballito, es precisamente él, Mario, que tanto lidió contra su ferocidad y mala índole. Mandinga, que cuando potrillo de pocos meses, comía azúcar en la mano y se dejaba acariciar como un corderito; sufrió al cumplir el año un cambio de carácter tan fundamental, que no tardó en hacerse temer por el niño. Mandinga se volvió malo, traicionero, perverso, chúcaro y si bien aún "cabresteaba"[1] en pos de un pedazo de galleta o de un terrón de azúcar; en cambio ya no fue posible, no digamos montar en él como antes, ni siquiera acercarse para hacerle una caricia, porque amenazaba con manotazos o con mordiscos. Un día en que Mario, herido en su amor propio por las burlas de un muchachón que lo acusaba de tener miedo al potrillo; se decidió a jinetearlo a escondidas de su padre, allá, detrás de corral de las ovejas; Mandinga le dio un golpe tan tremendo que lo dejó sin sentido... A raíz de eso, y como era de esperarse, el potrillo fue echado al campo y acollarado a la madrina de una de las tropillas de servicio, a la que tomó querencia y donde quedó por muchos meses, para perder, al través de ellos, hasta los últimos rastros de su pasada y relativa domesticidad. Meses antes, para la esquila, dos muchachos gauchos lo ensillaron por apuesta: a uno de ellos el Mandinga lo sacó limpito de un corcovo y al otro "lo apretó mal", al bolearse de lomo, sobre el duro suelo de la playa del corral... "¡Ah, ah!"... Aunque su padre ha contestado a sus interrogaciones de duda con un: "¿Usted se cree que los carreros son zonzos?" Mario no acierta a imaginar, cómo podrán manejarse aquellos hombres, para atar a un carro un animal que no ha sido domado nunca, que muerde, que patea, que se tira al suelo, y al que en una oportunidad vio dejarse arrastrar como una res muerta, a la cincha de un caballo y el lazo prendido a la argolla del bozal; antes de levantarse y ceder pescuezo "cabresteando"... "¡Ah, ah! ¡Ni que fueran brujos los carreros!"... Y Mario está en estas reflexiones, sentado en un escalón de la puerta del escritorio y la cabeza del perro Limay apoyada sobre las rodillas, cuando su padre —tan larga como impacientemente esperado— aparece por fin.

—¡Vamos, si quiere!...

—¡Vamos!

1 *Cabresteaba*. Se dejaba guiar por el cabestro.

cuando padre e hijo llegan al bajo, en donde todo es animación y movimiento de hombres y de caballos; lo primero que ven los ojos del niño, es a Mandinga, atado por el cabestro a una de las ruedas de un carro pintado de azul y blanco y descomunal como un cerro.

El feroz ex potrillo de Mario, está inmóvil entre aquel ir y venir de matungos trasijados, lastimados y tan flacos en su gran mayoría, que muestran el costillaje al través de la piel. De pronto, el niño siente como un impulso indominable de hacerle una caricia, de reconciliarse con él antes de que se vaya quién sabe por cuánto tiempo y para qué vicisitudes, y; en consecuencia, apartándose de su padre, que conversa con el patrón de la tropa, junto a un montón de arneses que hay en el suelo; se le aproxima suavemente con una mano tendida.

—¡Chist!... ¡Mandinga!...

Mas antes de haberlo tocado tiene que apartarse de un salto. El odioso animal, con un bufido salvaje, acaba de sentarse sobre el maneador que lo sujeta a la rueda y se ha puesto a dar unos tirones brutales, los ojos como ascuas y sacudiendo las crines como un potro recién palanqueado...

—¡Cuidao, chiquilín!... ¡Cuidao! —grita un carrero, y su padre a la vez le reprende:

—¿A ver, amigo?... ¡Salga de ahí...

Y Mario, un poco avergonzado, se aparta algunos pasos y se queda a la espera de lo que irá a suceder a esos "pobres hombres" cuando se las hayan con el tremendo animal, cuyas condiciones ignoran; en tanto que ellos, despreocupados y diligentes, van reuniendo ya, ante el carro azul y blanco la verdadera tropilla de caballos que constituyen su tiro y que, flacos y cubiertos de barro y sudores secos, se empequeñecen hasta la insignificancia, al acercarse al gran vehículo.

Después, Mario puede ver también, cómo un hombretón achinado, de blanca boina y de camiseta a rayas, se allega resueltamente a Mandinga y desatando el "nudo potriador" que lo ataba a la rueda, quiere llevárselo "cabresteando" como un matungo cualquiera...

¡Ah, ah! ¡Pero ahí empieza lo bueno!

Apenas el ex potrillo de Mario; siente el primer tirón del bozal, se levanta de manos y, como le aflojan el cabestro, se bolea, es decir, se deja caer de lomo sobre el suelo.

—¡Ingo!...

El Mandinga, después de cocear levantando nubecillas de polvo, se incorpora bruscamente y hace cogote al maneador que lo sujeta.

—"¿Ah, ah?" Y el hombre de la boina blanca, manda a otro que está allí cerca, con un gran látigo en la mano: "¡A ver!... ¡Arrialo!"

Pero aunque al punto, el bárbaro azote con extremo de alambre, se alza y se ciñe silbando a sus patas nerviosas; Mandinga, en vez de obedecer, se abalanza de nuevo y se bolea con gran batacazo, para quedarse inmóvil, tendido en el suelo y resoplando como un fuelle.

—¡Es muy mañero! —dice el padre de Mario al patrón de la tropa; pero éste, tras un tranquilo: "No le hace", ordena, concisamente:

—¡Ponganlé las guarniciones ahí no más! ¡Después lo arrean!

Y cuando, concluida la operación, aquellos jayanes, hacen levantar a Mandinga, que casi no se ve entre las pesadas piezas del clásico atalaje tachonado de clavos de cobre y que le queda grande; Mario tiene motivos para llenarse de asombro: "¿Cómo?... ¿Van a colocar, nada menos que entre las varas del carro a su ex potrillo?... ¿Van a poner a Mandinga, a ese bagual turbulento y sin idea de lo que es un carro, en el lugar en donde tan sólo suele verse a los más baquianos y mansos y resignados animales?"

Pero como mientras tanto, los hombres, a empujones y casi en vilo, se han llevado ya a Mandinga hasta su inadecuado puesto, Mario, se reafirma en su convicción, diciéndose con energía:

—¡Bah!... ¡Disparará, se tirará al suelo, se negará a andar, lo destrozará todo!...

Después, y como los demás carros han sido arrastrados ya hasta el camino, entre gritos y latigazos sibilantes; el niño, lleno de emoción y apretando los puños, se alza en punta de pie, deseoso de ver lo que hará su bravo ex potrillo, al que apenas distingue entre el apiñado grupo de los caballos que constituyen el tiro y que, con las orejas amusgadas, dormitan su resignación bajo sus toscos y respectivos atalajes.

Dos hombres, suben simultáneamente al carro y ocupan, juntos, el alto pescante, sobre el cual el "buche" de la carga ceñida de lona avanza como un peñasco al borde de un abismo. Uno de ellos, empuña resueltamente aquel mazo enorme que forman las riendas de todos los animales que llevan anteojeras, [1] y el otro —cuya misión es la de azotar a las bestias, hora por hora y minuto por minuto, a lo largo de los caminos, al través de los pantanos y de cuantos obstáculos se opongan a la marcha lenta y penosa del vehículo— el otro, uno de esos grandes látigos cuya trenza larguísima, rematada en alambre, corta el pelo en el punto que alcanza.

—¡Iru!...

Y allá va la azotera, desenroscándose como una víbora negra, a morder con secos chasquidos las ancas huidizas de los cadeneros, que se arquean al afirmarse sobre el filo los vasos, en el tremendo esfuerzo del arranque.

—¡Iru!...

Después, rueda ya el carro bamboleándose y cortando con las anchas llantas el terreno arenoso del bajo, mientras los innúmeros laderos diminutos, abiertos en alas y en posición oblicua, se echan con todo su peso sobre el tiro.

¿Y Mandinga? ¿Qué hace Mandinga? ¡Ah!... El ex potrillo de Mario, cuya cabeza desaparece por completo bajo la máscara de las enormes anteojeras historiadas de cobre, marcha también; no puede precisarse si empujado, arrastrado o llevado en vilo; pero es indudable que va integrando el poderoso y

1 *Anteojera*: Antojera. Pieza de vaqueta con que se cubre los ojos del animal en los casos en que se desea evitar que se espanten.

apiñado conjunto que se desplaza lenta y pesadamente hacia el camino, entre azotes y gritos. Una fuerza más poderosa que la suya —no importa el nombre— se ha apoderado de su individualidad rebelde y... ¿qué puede hacer el pobre Mandinga? En vano ha empleado todo su vigor y su inteligencia: Si quiere abalanzarse, no levanta ni un palmo las formidables varas de fresno que lo encierran como en un brete y a las que está estrechamente ligado por recias trabas de suela de cinco dedos de ancho; si trata de disparar, es como si su pecho tropezara contra la resistencia de un muro elástico; si pretende torcer el rumbo, en seguida se siente enderezado por el tirón brutal de los cadeneros [1]; si quiere echarse a muerto, sus patas no tocan el suelo, porque la barriguera lo levanta y lo sostiene en el aire; si se sienta en la retranca y con las patas muy rígidas hace gravitar todo su peso hacia atrás; la fuerza de sus diez y nueve compañeros, unida bajo la disciplina del látigo, lo arrastra como si no fuera un caballo, como si fuera una bolsa vacía que hubiesen puesto en las varas...

Mario, al ver que se llevan a su ex potrillo, mucho más fácilmente que lo que pensó, no puede menos que exclamar, con asombro:

—¡Oh, papá!... ¡Va!...

Y su padre le replica, sonriente:

—¿Y qué quiere, amigo? ¡A la fuerza ahorcan!...

1 *Cadenero*: Caballo que va delante del varero en un carro.

TRAVESIANDO

Él no tuvo la culpa, ni Mario tampoco. Fue una verdadera fatalidad de su destino, que cien pruebas más peligrosas habían hecho sin que les ocurriera nada malo, no digamos semejante desgracia. No es verdad tampoco —como sostuvieron algunos chismosos, "alcauciles"— que Mario hubiera ido a buscarle ex profeso aquella tarde. Demasiado sabía que le estaba prohibido distraer a los peones en sus tareas, y Cirilo, aunque un niño como él y su "aparcero de ley", era peón de La Estancia y como tal trabajaba.

Se encontraron por casualidad —como puede pasarle a cualquiera—; se encontraron en el "plan" de un bajo [1], en donde el peoncito, con su boina colorada y su bombacha raída; estaba en trance de cuerear un ternero rosillo que había muerto allí, empantanado en el guayco.

—¡Salú, che!

—¡Salú!

—¿Qué estás haciendo?

—¿Y?... Ya lo ve... Peliando con esta basura...

—¿Querés que te dé una mano?

—No... ¿Pa qué?... Te va a poné a la miseria...

Y, ya fuera porque Mario hubiese estrenado una bombacha gris o porque el ternero aquel, embetunado de lodo infecto,

1 *Plan de un bajo*: En sus notas de la edición de *Martín Fierro*, Eleuterio Tiscornia recuerda que el plan o plano que Fierro elige para ponerse a cantar es la parte llana o lisa, limpia de yuyos, que le ofrece asiento cómodo.

hediese más de la cuenta; lo cierto es que el niño no insistió en su ofrecimiento y se quedó por un rato en silencio, mirando trabajar al otro, mientras el bayo negro que montaba y el malacara grandote del peoncito, allí —muy cerca y con las riendas caídas— manoteaban y hacían silbar la cerda de las colas en desigual batalla con la sabandija brava del bañado. Al fin, dijo Cirilo al enderezarse para chairar el cuchillo y mirando el bayo de Mario, con sus ojillos entendidos de gaucho chico:

—¡Se está poniendo lindo ahura!...

Y Mario, muy complacido por el elogio, repuso al punto, inclinando la cabeza como para mirar la cincha.

—¿Has visto cómo le ha bajado la barriga?

—¡Ah, ah!... Pa mi gusto si no juera...

Pero el peoncito se interrumpió bruscamente. El viento de la tarde, rebasando el dorso de las lomas que circundaban el bajo, acababa de traer hasta allí un grito insólito, agudo y erizante como el de un gran cerdo furioso; pero, un grito que se cortó en seguida como estrangulado por un lazo.

—¿Y eso, che?

—¡Cállate!

Y Mario, atento también, pudo ver entonces, cómo Cirilo entornaba los párpados para escuchar mejor y cómo los dos caballos daban muestras de inquietud repentina, levantando mucho la cabeza y apuntando hacia el mismo rumbo, las erguidas orejas. Pero como el grito no se repitió en el espacio de varios segundos y no se oyesen otros ruidos que un apagado alertar de teros a la distancia y aquellos sordos y rudos batacazos de las patas de los caballos en su lucha contra los tábanos; Cirilo, después de pasarse por la frente el revés de la mano para espantar un mosquito, dijo con extrañeza:

—No sé... Me pareció patente el padrillo [1]. ¿Sabe?... ¿El escuro?... Crai que hubiera agarrao algún pobre mancarrón

1 No era precisamente éste el término usado por Cirilo en su rudo lenguaje, pero... (*Nota del autor.*)

por su cuenta... Grita ansina y me lo hace gritar como chancho... Vez pasada...

Mario le interrumpió:

—¡Ah!... ¿El padrillo bravo ese, que lo sacó del caballo a don Lino y le hizo romper un brazo?

—¡Ah, ah!... —asintió Cirilo a tiempo que chairaba enérgicamente su cuchillo—. ¡Ah, ah!... Se ha hecho malazo y resabiao a correr a la gente... Yo no sé por qué el patrón no le quedrá colgar el güeso... [1] Mirá, vez pasada...

Pero el peoncito no pudo continuar, porque en ese mismo instante, aquel gran grito agudo y salvaje de cerdo enojado, cayó de nuevo en el bajo, más cercano esa vez y acompañado del sordo retumbo característico de unas coces brutales.

Al oír aquello, el bayo de Mario quiso disparar, y levantado en la boca se alzó de manos y dio dos vueltas enteras sobre las patas, a tiempo que Cirilo gritaba con su voz de falsete: "¡Atajá!, ¡atajá!", porque su malacara, también asustado, se le iba al trote, pisándose las riendas.

Y Mario no había acabado de parar al fugitivo, atravesándole el caballo por delante, cuando ya estuvo con él, Cirilo a la carrera.

—¿No ve? —dijo alentando ansiosamente y al pisar apresurado el estribo—. ¿No ve?... ¡Ya ha agarrao algún pobre mancarrón el indino! —Y añadió a punto en que ambos partían a gran galope—: Lo ha de estar haciendo pedazos...

Y así era en efecto, como pudieron verlo apenas coronaron la loma aquella; cuya cuesta tendida, caía sobre un bajo de cañadón partido por la línea obscura de un alambrado.

El padrillo, un zaino negro clinudo [2]; grande y fuerte y hermoso como un bagual de leyenda; se estaba ensañando impunemente con un mísero "blanco palomo" [3] que había sido

1 Para acoquinar a los padrillos bravos o disparadores se suele colgarles sobre la frente una canilla o un hueso largo cualesquiera, que los golpea tan pronto como ejecutan algún movimiento brusco. (*Nota del autor.*)

2 *Zaino clinudo*: Zaino es un caballo de pelo entre colorado y obscuro. *Clinudo*: crinudo.

3 *Blanco palomo*: Caballo blanco muy hermoso.

ladero de carro en sus tiempos, y que al igual que otros matungos inservibles, había sido echado en aquel cuadro de campo —en descanso de hacienda— para que acabara sus días. Era un espectáculo horrendo de ferocidad y odioso de crueldad inútil, el que ofrecía el poderoso animal destrozando a dentelladas y a coces, y entre gemidos de ira, al pobre mancarrón indefenso, que, chorreando sangre y hecho una bola, no hacía más que bajar la cabeza, como si hubiese querido esconderla entre las manos.

A una cuadra de allí y con indiferencia de esclavas, las yeguas pastaban desparramadas por el cañadón...

Al ver llegar a los muchachos a media rienda, el padrillo suspendió el castigo y se irguió fieramente, lanzando un bufido sonoro, y como Cirilo lo atropellara revoleando el rebenque el animal, en lugar de disparar se le vino encima enarcando el cuello clinudo y manoteando muy alto.

—¡Cuidado!...

Gritó Cirilo, pero fue tan veloz la arremetida, que aunque el bayo de Mario, por propia iniciativa, giró como una peonza sobre las patas; éste alcanzó a ver por un instante, la negra cabeza junto a su pie del lado de enlazar y los blancos y poderosos dientes castañeando hueco, al errar las tarascadas.

—¡Ingo!...

Y tan sólo a rigor de espuela y rebenque, pudo desprenderse de su perseguidor en corto trecho, para ir a sujetar a dos cuadras al bayo excitado y espantado, que endureció la boca y disparó como un potro.

Cuando volvía al tranco, Cirilo vino a su encuentro a gran galope, y tirándose al suelo del caballo, le dijo señalando con la barbilla al padrillo que, enconado, se iba otra vez al trote en busca de su víctima:

—¡Animal idioso!... [1] ¡Le ha sacao las lonjas!... —Y añadió en seguida con acento resuelto—: Ahura lo vamo a toriar pa

1 *Idioso*: Odioso.

que lo deje, pero emprestame las espuelas... Vo tas bien muentao y pa que el soco este me respuenda...

Y en seguida y mientras ajustaba las alzaprimas, el peoncito instruyó a Mario:

—Mirá: Yo ahura viá a arriarle las yeguas pa que se enoje y me corra... Cuando veas que me lleva "pisando el tacho", entonce las atropellá vo, pa que él se güelva... ¿no?...

Y... ¡Pobre Cirilo!... Al montar a caballo y al acomodar su corto cuerpecito, en el gran cojinillo de cuero de carnero de su recado; aún tuvo una recomendación cariñosa para su amigo, para "el niño", que no tenía como él, la obligación de ser gaucho: —Ahura lo que corramo, tené cuidao con las rodada... que vo sabé salí medio mal en ocasione... Todo caso, echate bien p'atrá y abrile no más sin asco...

...Después, Mario a la expectativa, vio cómo el padrillo abandonaba de pronto a su víctima y con un agrio relincho y suelta al viento la larga crin renegrida y el hocico casi pegado al suelo, se lanzaba en toda la furia sobre Cirilo; vio cómo se desparramaba la manada, con sordo tabletear de trueno, y cómo, formando un solo bulto disforme y vertiginoso; se echaban campo afuera, el peoncito en su malacara y el padrillo que lo perseguía... Vio también, que el rebenque de Cirilo dejaba caer una lluvia de lonjazos sobre el testuz del oscuro y, por último, que el gran cuerpo del colorado, detenido de pronto; se alzaba de anca, se levantaba verticalmente sobre las manos, rígidas como una tabla y conservando, adherido de un modo absurdo, aquel bultito nítido y negro que era el jinete...

—¡Abrile, Cirilo, abrile!...

Quiso gritar Mario angustiado, pero no tuvo tiempo, pues en aquel instante mismo, y tras un leve titubeo de duda, el gran cuerpo del malacara, rompiendo su fugaz equilibrio cabeza abajo; se abatió de lomo con sordo estruendo...

—¡Cirilo!... ¡Cirilo!...

Y quién sabe cuánto tiempo, el niño, en su trastorno, se hubiera quedado allí, de rodillas, llamando inútilmente al

"aparcero" [1] que, inmóvil, con los ojos empañados de tierra y la boca entreabierta, parecía apuntar al cielo sus dos incisivos superiores muy blancos y muy largos; si el mismo bayo de Mario —abandonado en la precipitación— no hubiera disparado, llevando la alarma a "las casas", en su apero torcido y en todo su siniestro aspecto de mensajero de desgracia...

...Y los hombres, después de escuchar silenciosos y graves, el relato conmovido de Mario y de examinar por turno el cuerpecito del muerto; convinieron, en que al querer "salir" de la rodada, a Cirilo se le debió "enriedar nomás" alguna espuela en la lana del cojinillo, con lo que vino a "recibir todito el golpe del anca en mitad e las espaldas"; y, convinieron también, unánimemente, en que los dos muchachitos "debieron de haber andao travesiando"...

1 *Aparcero*: Compañero, amigo, socio.

"LIMAY"

I

Reina una sequía como no hay memoria en el pago, una verdadera sequía de castigo bíblico. Tres meses van que no llueve, y esto, unido a un sol de enero, implacable y a los continuos ventarrones del Norte, está haciendo desaparecer las aguadas, bajar las vertientes y yermar los campos; hasta el punto, de que ya en muchos sitios, empezaba la tierra a mostrar su lomo, en grandes manchones pelados como patios.

Casi todos los "cuadros" de "La Estancia" se han quedado sin agua y si no fuera por los jagüeles —en los que se trabaja todos los días desde el amanecer hasta que el sol se pone— la mayor parte de la hacienda ya hubiese perecido. Se oye balar de angustia a las vacas chúcaras en la noche y se ve a las ovejas hambrientas, galopar ansiosamente detrás de las alcachofas de cardo, que vuelan llevadas por el viento.

El norte, que sopla de día y de noche como una maldición y al que se diría pérfidamente empeñado en contener y deshacer las grandes tormentas, que, como vanas promesas de lluvia, se presentan cada tarde en el horizonte, arranca y levanta tanto polvo del campo, que por las mañanas, cuesta trabajo abrir las puertas de algunas habitaciones, tal es la cantidad de tierra suelta que les ha amontonado su formidable e incansable escoba...

Y un calor que ahoga y un sol que es una lluvia de plomo derretido; desde que el astro sale hasta que se hunde ensan-

grentado y flamígero allá en el Oeste, por donde asoma la vana esperanza de una tormenta azul como una montaña lejana y que como todas sus predecesoras acabará por correrse más tarde hacia el Este o hacia el Norte, sin dejar una gota de agua.

La gente de "La Estancia", está flaca, agotada de tanto transpirar, de tanto dormir mal, y en el campo, vese a los animales inmovilizarse en pequeños y apretados grupos, a fin de proteger cada uno su cabeza, metiéndola debajo de la barriga del compañero más próximo...

¡Qué calor y qué sol!... Esa misma mañana Mario ha podido observar con asombro, en dos casos distintos, los atroces efectos de aquel sol y de aquella temperatura.

Estaba a eso de las diez, en una de las galerías muy ocupado en desprender cierta garrapata [1] adherida a una oreja de su perro "Limay", cuando vio que una pequeña víbora de la cruz, en viaje al través del patio de tierra endurecida, acababa de tropezar con el reborde del corredor de baldosas francesas que comunica el edificio principal de "La Estancia" con el escritorio y otras dependencias de la misma. La viborita, después de vencer con alguna dificultad aquel obstáculo, se lanzó resuelta y velozmente sobre las rojas baldosas; pero, no habría andado un metro cuando de pronto vaciló, se detuvo como si hubiera querido volverse, se enroscó después con violencia, se desenroscó más despacio, levantó mucho la cabeza, tornó a abatirla rudamente, dio varias vueltas completas sobre el lomo mostrando la blancura nacarada del vientre; tuvo unas leves ondulaciones y, por último, se quedó inmóvil. Cuando Mario acudió lleno de curiosidad, la víbora estaba muerta, bien muerta. La había matado sin duda el caldeamiento terrible de aquellas baldosas expuestas sin reparo alguno al formidable sol de la mañana...

El otro caso pudo observarlo una hora más tarde apenas. Por encargo de su padre, y siempre acompañado de su fiel e inseparable "Limay", había ido hasta la cocina de los peones

1 *Garrapata*: Parásito que transmite la tristeza en los vacunos.

a trasmitir una orden cuando se encontró con el negro Juan, uno de los mensuales de "La Estancia", que se disponía a desollar el capón para consumo, que acababa de traer del campo.

—¡Buen día, Juan!... ¿Qué tal?

—Ya lo ve; aprovechando la fresca...

—¡Ha visto!

Y riéndose Mario se iba ya cuando la voz del hombre le detuvo:

—¡Venga, vea!

—¿Qué?

—Vea cómo tiene el ojo este animal...

Y le señaló con su oscuro dedo el ojo abierto de la res.

—¿Ve?

—Sí... ¿Qué tiene?

—¿No ve que está medio blanco?

—¡Es cierto!... ¿Y por qué?

—Está cocido... ¿No ve?... Lo ha cocido la calor del sol, de trair al animal atravesao en el anca... De no, vea este otro, el que quedó p'bajo. Vea: está clarito...

—¡De veras!... ¿Eh?

Y Mario, acobardado por el sol brutal que caía sobre el desamparado carneadero, se disponía de nuevo a marcharse llamando a su perro que andaba por allí oliscando las cosas, cuando el peón volvió a detenerle:

—Espere que ha de ver algo más pior entoavía; pero, póngase mientras tanto áhi, al reparo el alero e la cocina, que el sol está muy juerte...

Pero, como Mario con un: "¡bah!"... de estoica indiferencia se quedó allí no más, aguardando, el gaucho, rápidamente, a cuchillo y puño desolló la parte aquella de la res que había venido expuesta al sol al traerla, y el niño pudo ver cómo toda la superficie del "matambre", [1] cuarto y paleta; ofrecía al igual

1 *Matambre*: Parte comestible del vacuno, entre las costillas y el pellejo. Echeverría le dedicó una *Apología*.

que el ojo que observara antes, ese color blanquecino, característico de la cocción de la carne.

—Vea: ¡Todito sancochao a través del cuero, y nada más que de venir diez cuadras al tranco!...

—¡Qué cosa bárbara!... ¿No?

—¡Ah, ah! —Y el gaucho agregó al inclinarse de nuevo sobre su trabajo—: ¡A la verdá no sé cómo no se nos cuecen los sesos y las espaldas a los cristianos!...

II

Deben ser como las siete, porque el sol está al ras del horizonte ensangrentado y dorando las crestas azules de una de esas tormentas que asoman cada tarde; pero, en las que ya no se fía el escepticismo de las gentes, tantas veces burladas. Como el ventarrón del Norte ha amainado, "a la fija pa tomar resuello",[1] al decir pintoresco de Sergio Aguilera, el capataz de "La Estancia", parecería que el calor apretase aún más que antes y que los hombres y las bestias, que con tanta impaciencia y durante tan largas horas, aguardaron la desaparición del sol, no van a poder soportar aquel martirio sin tregua.

Mario, que tiene la preocupación de la sed —porque para sus fogosos catorce años no hay tormento mayor que no poder tomar agua, así se haya encharcado de ella media hora antes—; Mario, que tiene la preocupación de la sed, ya sea propia o ajena, acaba de dar de beber hasta la saciedad a su caballo roano, a soga, allá en el monte de las acacias, en donde hay una gramilla muy buena, gracias a la protección de la fronda; ha dado de beber en igual forma a su noble perro "Limay", y a todos los demás perros de "La Estancia"; y, a la sazón, tranquilizada su conciencia —aunque roja la cara de fatiga y las manos doloridas de tanto tirar agua del pozo— se ha sentado detrás del escritorio y en el último de los tres peldaños

1 *Tomar resuello*: Descansar.

que dan acceso a la puerta del mismo que cae por aquella parte.

Ante él, y descansando sobre los cuartos traseros, muy brillante la negra pelambre y muy blanca su hermosa corbata de picaso, "Limay" le contempla de hito en hito, un palmo de lengua afuera y atento a sus menores movimientos. Si el niño no se incorpora o no le habla, "Limay" será capaz de estarse ahí hasta quién sabe cuándo, mirándole y sin hacer otros movimientos que aquellos que imprime a su lengua y a sus flancos la respiración acelerada; y si por acaso le hablase o cambiase de postura, se limitará a erguir la base de las pequeñas orejas y a mover velozmente la cola al ras del suelo, barriendo las basurillas; porque "Limay" es un perro serio y bien educado, un perro que no pone las manos encima de su dueño, ni pretende lamerle la cara, ni hacer ninguno de esos movimientos inútiles o inconvenientes a que son tan aficionados sus congéneres.

"Limay" no ladra nunca ni en "las casas" ni en los trabajos camperos; es tan callado como ejecutivo y de ahí, que las únicas faltas que maculan su brillante foja de servicios, radiquen precisamente, en ese su modo de ser tan silencioso: suele dispararse mudo sobre los forasteros y clavarles los dientes en las nalgas sin dejar tiempo para contenerlo.

Sus hazañas heroicas llenarían fácilmente un volumen, y Mario las tiene a todas registradas en su memoria... "¡Ah, ah!... Cuando encontraron aquel cerdo alzado en los pajonales del cañadón grande, aquel cerdo tremendo que casi le desjarretó el caballo a Lucero, ¿cuál fue el perro de "La Estancia" que lo atrapó y mantuvo contra el suelo mordiéndolo en las orejas?... ¿Y en aquella famosa recogida de hacienda chúcara, cuando se prendió del hocico de aquel novillo barroso, que lo arrastró más de una cuadra sin conseguir que lo soltara a pesar de los pisotones y sacudidas?"

¡Ah!... Mario podría citar más de cien casos en los que cupo a su perro el papel más brillante... ¡Cómo no va a estar orgulloso de ser su dueño y de que todos en "La Estan-

cia", en vez de decir: "Limay", digan "el perro de Mario!"... ¡Si estuviera "el perro de Mario!"...

Por otra parte, él nunca lo mortifica ni permite que otro lo haga; y, sentido por eso, es que Leo, su hermano menor; ha inventado ese retruécano [1] que consiste en hacerse el que se equivoca y decir en vez de: "El perro de Mario", "El Mario del perro"... "pero, como se comprenderá, una sandez que a nada conduce"...

Lo que sí le gusta a Mario y que reinicia precisamente a la sazón, allí sentado en los escalones del escritorio, es conversar con su perro, como si éste pudiera comprenderle y aun contestarle:

—¿Por qué está con tamaña lengua afuera?... ¡No ha hecho nada y parecería que acabara de cazar un zorro!

"Limay", siempre sentado y en una actitud casi hierática, se limita, según su costumbre, a alzar las orejas, a mover vertiginosamente el rabo y a aumentar el ritmo de su respiración fatigada.

—¿Qué le parecería si nos fuéramos hasta el pozo de la cocina de los peones, a tomar un poco de agua fresca?

Y es indudable que por sugestión de sus propias palabras, Mario ha debido sentir sed nuevamente, porque en seguida se incorpora y precedido de su perro que vuelve a cada instante la cabeza para mirarle, comienza ya a caminar lentamente, cuando la aparición repentina de Sergio Aguilera, el capataz de "La Estancia", le detiene:

—¡Hola Sergio!

—Güenas... ¿El patrón, no lo vido?

—No... Debe estar adentro... ¿Lo precisa?

—¡Ah, ah!... Hágame el favor de avisarle que yo lo ando buscando...

—Bueno —responde el niño con desgano, pero como advierte en seguida que el capataz parece agitado e inquieto, le interroga curioso:

1 *Retruécano*: Figura retórica que contrapone palabras. Ejemplo: Nunca digas lo que vales, si no vales lo que digas.

—¿Qué pasa, Sergio?... ¿Hay alguna novedad por el campo?

—¿Novedá?... ¡Ya lo creo y linda! —contesta el mozo, dándose aire con el sombrero y haciendo sonar al moverse las rodajas de sus espuelas de hierro—. ¡La novedá es que mañana mesmo o pasao a más tardar, va haber que sacar la hacienda el cuadro e "La estaca"!...

—¡Oh!...

—Vengo de allá, de recorrer y ya no queda más que barro, en la laguna y en el cañadón... [1]

—¡Oy!... ¿Y va haber que sacar la hacienda?

—¿Y qué otra cosa? —Y añade meneando la cabeza, mientras que Mario en su infantil despreocupación, siente que el alma se le inunda de alegría ante la perspectiva de aquel trabajo brutal y extraordinario, que se viene encima y que todos los hombres de "La Estancia" han estado previendo y temiendo desde hace muchos días—. ¡Juna perra!... ¡Y sin gente, con estos calores y la mancarronada deshecha!

—¡De veras!

Y Mario bien quisiera seguir oyendo enumerar más fatalidades emocionantes que concurran a agravar el caso; pero como el capataz le da prisa, echa a correr alborozado para llevar a su padre aquel "presente griego"...

III

A las diez de la mañana, recién se ha podido mal parar el rodeo, en aquella loma desamparada, sobre la que el sol se desploma en cataratas de fuego. Una hacienda chúcara y brava, un cuadro "imposible de grande" y unos pajonales que cubren a un caballo con jinete y todo...

Son muchos los animales que han quedado sin recoger. Unos porque se "emperraron", otros porque se empantanaron

1 *Cañadón*: Hondonada con agua.

al querer vadear en su huida el cañadón que es puro barro, y otros, en fin, porque se escondieron y ya no hay tiempo material para buscarlos.

A la sazón, se está mudando caballos para iniciar el arreo, es decir, para sacar aquella hacienda de su querencia y echarla al otro cuadro.

Los hombres, con las caras negras de tierra y las fauces resecas, desensillan silenciosos y ceñudos, y sus caballos empapados en sudor, las barrigas enrojecidas por la espuela y muy gachas las cabezas, respiran tan velozmente como una oveja cansada.

Mario, que no puede más de sed y que está de atajador,[1] allá, semiperdido entre la inmensa polvareda que levanta el movimiento, pues la hacienda no quiere sosegarse y gira incansablemente tratando de hacer punta; ve de pronto a su perro, que ha venido a acogerse al amparo de la sombra que proyecta el caballo, y que, en su fatiga infinita, echa fuera cuanta lengua tiene, toda su larga lengua ensangrentada y babeante.

—¡Oy!... ¡"Limay"!

Y desmontando, el niño se aplica a examinar con disgusto la boca de su bravo compañero, cuya roja lengua y cuyos negros labios, muestran las horribles perforaciones y desgarros que se ha ocasionado él mismo, con sus dientes, al "garronear" los animales...

—¡Pobre!... ¡Y qué sed la que tendrá! —murmura lleno de pena; pero el viejo Suárez, que pasa en ese momento al paso elástico de un tordillo[2] grandote, chorreando de sudor mugriento, le reconforta y halaga con sus dichos:

—¡Guapo su perro!... ¿No? Toditos los demás ya se jueron o están áhi sumidos en el barro como saguaypeses...

—¿Habrá agua?

—¡De ande!... ¡Barro amasao: agatas güeno p'hacer adobe!...

1 *Atajador*: Peón que mantiene quietos los animales para facilitar el rodeo.
2 *Tordillo*: Pelaje formado por mezcla de pelos blancos y negros.

En ese mismo instante; estalla un baladro espantoso de gritos y de mugidos y todo el cuadro se vela en nubes de polvo moreno, que se alzan, se retuercen y se unen para lanzarse hacia el cielo incandescente en forma de inmensa tromba. Es que ha comenzado el arreo y mientras dos filas de jinetes anchamente espaciados, hacen calle a la hacienda; el resto de los hombres, la apura desde atrás con sus alaridos salvajes y el continuado revolear de sus ponchos.

Como la novillada en seguida "hace punta" al galope, y la tranquera del alambrado divisorio apenas dista del rodeo unas siete cuadras; a Mario le parece que la operación va a resultar fácil y rápida, pero no tarda en desengañarse.

Apenas llegada a la tranquera, la hacienda se arremolina y entre el hueco y característico castañear de las astas que se entrechocan, da cara a la querencia. La portada resulta miserablemente estrecha para un arreo tan numeroso y arisco y el pesado señuelo de bueyes viejos no cumple su misión, retrasado, perdido en medio de aquella enorme y bullente masa que busca un claro para lanzarse al campo en fuga vertiginosa.

Y... "¡Juera guay!"... Y... "¡Dentro guay!"... en medio de los argollazos y de las pechadas y de aquel loco aletear de ponchos como pájaros perdidos entre la parda tempestad de tierra.

Por fin, tras larga lucha y con riesgo evidente de provocar un desbande, dos peones consiguen adelantar el señuelo; pero, el resultado es el mismo: los viejos bueyes pasan dócilmente la tranquera, mas la hacienda no los sigue y en cuanto la apuran, vuelve a arremolinarse velozmente, entre el sordo y formidable rumor del alentar colectivo y aquel hueco y característico entrechocar de los cuernos.

Entonces se dispone por fin, que se abra todo un tiro del alambrado para facilitar el pasaje, y en esto se está, cuando por un descuido o por escasez de gente, la hacienda mete una cuña de novillada y rompe el cerco de atajadores, precisamente por el sitio en donde se encuentra Mario, y por más que varios peones acuden con premura y logran cerrar el claro, un grupo

de más de cien animales, consigue ganar el campo corriendo veloces como gamos.

No siendo posible abandonarlos, tres o cuatro jinetes se disparan tras ellos para "hacerles costao" y darlos vuelta sobre el apoyo del alambrado. Entre ellos va Mario y tras él su perro, tan velozmente, que al mirarlo a la distancia, parece una bolita negra que rodase barrida por el viento...

IV

Lo ha buscado con empeño y desesperación, galopando hacia todos los rumbos y preguntando a cuantos hombres halló en su camino si no han visto a su perro; pero... ¡Nada!... siempre una u otra de las dos desalentadoras respuestas: "No, no lo vide"... O bien: "¿No andaba con usté, el perro?"...

Y como ha habido mucho que hacer hasta entonces, porque después de pasada la hacienda todavía fue preciso arrimarla a los jagüeles; Mario no ha logrado conseguir de nadie, no digamos ayuda o consejo, ni tan siquiera, que se prestara la debida atención a su demanda... ¡Buena estaba la gente, hambrienta, reventada, deshecha; para preocuparse de perros!...

Pero, a la sazón, con la caída de la noche y cuando su padre que le descubre a lo lejos, semiperdido entre los pajonales, le manda llamar con un peón, Mario, al presentarse, el caballo que se le cae de cansado, la cara enmascarada de tierra y los ojos enrojecidos; consigue por fin, que se le escuche en serio y que los hombres opinen sobre la probable suerte corrida por su perro.

Una sola de esas opiniones —la de Aniceto Fierro, mensual de campo de una estancia vecina— es pesimista hasta la brutalidad: "Pa su gusto, no debe haber hallao agua y debe haberse muerto e sé"... Pero la mayoría, con el padre del niño a la cabeza, está de acuerdo en que "Limay" —como lo hicieron desde temprano todos los perros—, con excepción de los dos

barcinos[1] del puesto de Hinojosa —unos animales muy guapos y muy baquianos—, debe haberse ido a "las casas"...

Mario al oír esto, protesta casi indignado:

—"¿Limay?..." ¡No papá!... ¡"Limay" no es perro de irse a la mitad del trabajo!... ¡Tiene que estar muerto, te aseguro, o que haberle pasado una cosa muy grave!

El padre sonríe:

—¡Caramba!... ¿Me parece que lo ha buscado bastante y ya ve que por aquí no está?

—Sí —replica el niño con calor— lo he buscado, pero no lo bastante ni mucho menos. ¿Dejame que mude caballo y ya verás como lo encuentro?

Pero el padre se opone resueltamente:

—¡No, señor!... ¡No faltaba más! Y vámonos que se hace de noche y que su madre ya estará con cuidado.

—Pero papá, yo...

—¡Nada!... ¡Deje de embromar! —Y en seguida añade con un aplomo que infunde cierta esperanza en el ánimo atribulado del muchacho—: ¡Le digo que está en "las casas"!... ¡Usted se cree que los perros son zonzos!...

—¡Claro!

—¡Claro!

Apoyan a coro todos los peones deseosos de marchar, y el patrón, poniendo su gran caballo al galope, ordena brevemente:

—¡Vamos!...

V

Son las dos de la mañana, hay luna y relampaguea por todo el Oeste. Mario, que apenas pudo comer y que ahora no puede dormirse presa del disgusto y preocupación que le domina, da vueltas y más vueltas en la cama, mientras su hermano menor

1 *Barcino*: Pelaje de color rojizo con manchas negras.

ronca isócronamente, allá, en la suya, junto a la pared frontera bañada por la luna.

"Limay" no ha regresado del campo ni regresará ya, sin duda alguna. Desde que Mario supo por boca de su hermano que el perro no estaba en "las casas" y que no había sido visto en toda la tarde; pese a su escepticismo, ha estado abrigando la esperanza de verlo aparecer en cualquier momento; pero, a la sazón, ya no lo aguarda, ya no se levanta atento el oído a los más pequeños rumores que lleguen de afuera; como lo ha estado haciendo por espacio de largas horas. No, ahora está seguro de que "Limay" no volverá porque no puede y que se morirá sin socorro en quién sabe cuál lejano pajonal, porque su padre no ha querido permitirle que fuera a buscarlo y a encontrarle en la noche, como se siente capaz de hacerlo.

—¡No diga pamplinas!... Si el perro está vivo ya vendrá por sus patas, y en el caso contrario... ¿para qué tanto apuro?

—¡La noche está clarita, papá!... ¡Se ve como si fuera de día!... ¿Voy?

Y Mario creyó por un momento, al observar cierta vacilación en los ojos de su padre, que le otorgaría el permiso, pero la intervención de la mamá desbarató en un segundo, todo su trabajo:

—Pero... ¿Estás loco, hijito?... ¿Muerto de cansancio como te hallas y con esa cara que tienes?... ¡No! Tu padre tiene razón: el perro vendrá por sí solo esta noche, y si no viniera, tiempo tendrás mañana de día para buscarlo...

—¡Claro! —asintió el padre, y fue entonces cuando él, fuera de sí, "la echó a perder" diciendo con insolencia, que iría de cualquier modo...

—¿Pero, has oído lo que dice este niño, Juan?

Y el padre había respuesto con serenidad amenazante:

—¡Se guardará muy bien!...

¡Pobre "Limay"!... ¡Quizá tenga rota una pata; quizá venga arrastrándose muerto de sed y fatiga, en procura de alguno de esos charquitos aislados, que aún subsisten en medio de la negrura de barro del gran cañadón sin agua!...

Y al llegar aquí, en sus reflexiones, el niño no puede más, y abandonando bruscamente el lecho va y se asoma a la abierta ventana.

Afuera, el campo bañado por la luna, duerme en una inmovilidad y silencio que fueran absolutos a no mediar ese leve e intermitente chillido de los insectos que viven en el pasto y aquellos relámpagos tenues que a largos intervalos, ponen un bello resplandor dorado sobre el no menos bello y enorme fondo de la claridad lunar.

Pero esa gran paz y silencio, en vez de serle propicios, deben irritar el ánimo del niño, porque después de estarse por un minuto de codos en la ventana y con la cabellera fuertemente empuñada, se vuelve de pronto para llamar con rudeza:

—¡Leo!... ¡Che, Leo!...

Pero... ¡Nada!... Su hermano, que por un momento se ha limitado a suspender sus ronquidos, vuelve a reanudarlos al cabo de breves segundos.

—¡Che, Leo!

—¿Eh?... ¡Ya voy!... ¿Qué?... ¡Ah!...

—¿Estás despierto?

—Sí... ¿Qué querés?

—¿Dónde está tu petiso?

—¿"Robusto"?

—¡Sí!

—¿Y?... Está ahí, entre los durazneros... ¿Por qué?

—Porque me voy a ir en él...

—¿Irte?... ¿A dónde?

—A buscar a "Limay".

—¿A "Limay"?... ¿Ahora?...

—¡Sí, ahora!

—¡Oy!...

—¿Y qué tiene?

Y mientras su hermano trata de despabilarse restregándose los ojos, Mario se aparta de la ventana, va hasta el lavabo, bebe en la jarra a grandes y ruidosos sorbos y después añade con vehemencia:

—¡Yo no estoy para pasarme aquí toda la noche como un zonzo, como un marica; mientras el pobre "Limay" se estará muriendo!...

Al oír hablar así a su hermano mayor, Leo, quizá recién despierto del todo, le pregunta con voz sorda:

—Pero... ¿Qué hora es, digo yo?... ¿Qué hora es, Mario?

—Y, deben ser como las dos... ¡Qué sé yo!...

—¿Y a estas horas pensás salir al campo?

—Sí.

Y como para que no quede duda a su hermano sobre la firmeza de su resolución; Mario, haciendo equilibrios, comienza apresurado, a calzarse las botas; a tiempo que agrega:

—La noche está clarita; yo conozco bien el campo y me parece...

Pero no puede continuar porque Leo le interrumpe para decirle entre emocionado y severo:

—Mirá que papá se va a enojar, Mario.

—¡Ya sé! —responde éste ajustándose el cinto—. ¡Ya sé que se va a enojar, pero yo no puedo dejarlo morir a "Limay" como... como un perro!

Leo, al oír esto, se queda silencioso y como abrumado por la lógica, pero al cabo de algunos segundos replica con energía:

—Sí, ¿pero y yo?... ¿Qué hago yo, querés decirme?... ¿Qué hago yo luego, cuando venga a despertarnos mamá y no te encuentre?

Y Mario, que ya revuelve resueltamente las prendas de su recado para tomar el cojinillo y el freno, se ve en apuros para contestarle.

—Y, le dices que no sabes, que no me has oído porque estabas durmiendo... ¡Qué sé yo!... ¡Cualquier cosa!... De todos modos yo he de estar de vuelta antes de que se levante...

Pero el niño no se conforma:

—¡Ah, ah!... ¡Estás fresco vos!... ¡Vos sos muy cómodo!

—¿Y qué querés que le haga?... No puedo llevarte...

—¿Por qué no podés llevarme?

—En primer lugar porque tendríamos que ir enancados y después porque vos sos muy chico todavía y...

Al oír este juicio despectivo, Leo, que enrojece súbitamente de indignado despecho, replica colérico:

—¡Ya saliste con la pavada de siempre!... Me llevás un año apenas y hablás como si me llevaras mil! —y añade con acento del más amargo reproche—. Soy chico para ir a buscar el perro, pero no soy chico para prestarte el petiso, ¿verdad? Si vos no querés llevarme yo...

—¡Callate!

—¿Me llevás?

—Sí, bueno... Pero vestite ligerito...

—¡Sí, sí!...

Después, mientras su hermano menor se viste apresuradamente entre ruidosos resuellos, Mario le previene en voz baja:

—Y vamos a llevar la jarra del lavatorio...

—¿La jarra?... ¿Y para qué?

—¿Y si lo encontramos muriéndose de sed?

VI

Hace rato que ha salido el sol, pero como lo oculta la tormenta que cubre el horizonte desde el Oeste hasta el Sur, parece que fuera menos tarde de lo que es en realidad.

El padre de Mario, duerme todavía; duerme en ese anonadamiento absoluto, en que suele caer un hombre, cuando después de enormes fatigas logra por fin conciliar el sueño.

Es posible, que si no lo recordase durmiese todo el día sin mover un dedo, en aquella ancha cama y en aquel ambiente propicio de oscuridad y de silencio; pero, la mamá de Mario, que entra de pronto en la alcoba como un torbellino

blanco, no solamente le despierta, sino que le hace incorporarse en el lecho como movido por un resorte.

—¿Qué?

—¡Ay, Juan!...

—¿Qué?... ¿Qué te pasa?...

—¡Los chicos, Juan, los chicos!

Aquí el padre se asusta de veras:

—¿Qué?... ¿Qué tienen los chicos?

—¡No están en su cuarto, Juan!...

—¿Cómo que no están?... ¿Dónde van a estar?...

Y el padre de Mario, mal despierto aún, hace un esfuerzo mental enorme, tratando de explicarse aquel misterio, cuando la mamá acudiendo en su auxilio, insinúa entre afligida y diplomática:

—Yo creo que no se hayan atrevido a irse al campo a buscar el perro, pero no están en ninguna parte, y se viene una tormenta espantosa...

—¡Juna gran!... ¡A ver!!! ¡Dejame vestir!... ¡No te digo!... ¡Ah, pero yo los voy a arreglar!

—¡No te enojes, Juan!

—"¡No me enoje!"... ¿Los peones?... ¿No anda alguno por ahí?

—No, Juan, ya se han ido todos...

—Fijate si está ahí, en la quinta, mi caballo...

La mamá de Mario acude a la ventana:

—Sí, Juan, está...

—¿Y en qué se han ido, entonces?

—¡Ah!... Yo no sé, Juan...

—¡Bueno, dejame que me vista, pues! —Y en seguida, y mientras la mamá en su angustiada impaciencia, se retuerce las manos haciendo como que mira hacia el campo por la ventana de la alcoba; el padre gruñe a tiempo que se calza las botas—: ¡Lo voy arreglar!... ¡Cuando yo te digo que es loco, el muchacho ese!...

VII

La tormenta está muy alta, y, en medio de un calor sofocante, el padre de Mario desespera ya de hallar a sus hijos, cuando Sergio, que anda de recorrida por el otro cuadro, y que le ve desde lejos, le alcanza a gran galope:

—¡Güen día, patrón!

El patrón sujeta su gran caballo picaso,[1] empapado en sudor y cubierto de espuma:

—¡Hola, che!

—¿Ha visto qué tormentita? ¡Ahura se me hace que vamo a tener agua endevera!...

—Sí... ¿Los chicos, decime, no me has visto a los chicos?

—¿Los chicos?... No. —Y el mozo agrega extrañado—. ¿Qué?... ¿Qué andan tan de mañana en el campo?

—¡Sí, hombre!... ¡El asunto del perro ese!

—¡Ah, ah!... —Y el gaucho que, conjuntamente con su: "¡Ah, ah!", se ha alzado en los estribos para pasear sobre el lomo de los pajonales amarillos, su profunda y serena mirada de bagual[2] exclama casi al punto—: ¡Vea, allí están! ¡Detrás de las cortaderas!... ¿Ve el anca'el petiso overo?...

—No... ¿Dónde?

—Aquí mesmo, derechito al cardo... ¿No ve?

—¡Ah, sí!... ¡Ya veo!...

—¿Ve?

—¡Sí, sí!... ¡Hasta luego!...

Y sin más, el padre de Mario, impaciente en su enojo contra el muchacho, cierra las piernas a su gran caballo y lo endereza a medio correr y atropellando los matorrales, hacia el sitio aquel, en donde asoma como una flor, el anca a dos colores del petiso overo: "¡Yo los voy a arreglar!..."

1 *Picaso*: *Picazo*: Equino o vacuno de capa obscura y cara blanca. Alude a su parecido con la *picaza* o urraca.

2 *Bagual*: caballo o yegua salvajes o no domesticados.

Pero, cuando llega... ¡Qué puede hacer! En el centro mismo del limpio y sobre el "carcagüesal" [1] de un charco seco, su hijo mayor, solloza de rodillas ante el cuerpo de su perro muerto —de aquel pobre perro que, con las patas recogidas y la lengua afuera, parece seguir trotando aún en procura de alguna aguada engañosa de espejismo— y Leo, al aire la revuelta cabellera dorada y la jarra vacía bajo el brazo, contempla el espectáculo con sus ojos azules, agrandados...

—¿Lo encontraron?

—Sí, papá... Está muerto... ¡Muerto!...

Y cuál debe ser la expresión del niño al decir esto, que el padre, olvidado de todos sus propósitos de severidad, le dice con su voz engolada, mirando hacia el campo:

—¡Vamos, hijo, vamos!... ¡No es para tanto!

1 *Carcagüesal*: *Por carcavuezal*, de carcovuezo, hoyo, terreno lleno de zanjas.

LA ESQUILADORA

I

A causa de las grandes lluvias de primavera, se está esquilando recién en diciembre, un diciembre de calores extraordinarios y de bárbaros soles, que parecen querer evaporar en pocos días el agua que absorbieron los campos en el espacio de mes y medio.

Toda la vida y el movimiento de La Estancia, se hallan reconcentrados en el lejano galpón y en los corrales, desde donde llegan hasta las demás dependencias, silenciosas y solitarias; el incesante repiqueteo de las tijeras y el quejumbroso e inmenso balar de las ovejas.

Mario no está nada contento con la esquila. Es un trastorno que ha venido a perjudicarle seriamente, puesto que casi todo lo que interesa a la curiosidad de sus catorce años, cae por el lado de la cocina de los peones, a la sazón invadida de gente extraña, y su padre le ha prevenido, levantando ante su nariz un índice muy rígido; que, mientras dure aquel trabajo, deberá abstenerse de andar por tales sitios.

Y como es de imaginar, Mario se aburre; Mario siente la nostalgia del corral de los caballos, de las conversaciones con los mensuales de la casa, de los mates amargos con que suelen convidarle en la cocina... A su caballo ruano, atado a soga larga en el cuadro viejo de la alfalfa; ya no hay nada que hacerle, nada que arreglarle... Tiene los vasos perfectamente recortados y con los candados limpios como la palma de la

mano; tiene el tuse —de medio cogote y con tres "claveles" primorosos— tan correctos, que no hay en él una sola cerdita que sobresalga ni un milímetro. La vieja cocinera ya no lo entretiene tampoco. Le ha contado tantas historias de indios, de gauchos y de bandidos; que no puede más que repetirse. ¿Su hermano Leo? Su hermano Leo está intratable. Desde que le ha dado por dedicarse a la caza científica de las vizcachas —una caza de macana, puesto que nunca le ha visto traer una sola, obtenida por semejante sistema— se pasa las horas muertas en la carpintería, ya serruchando tablitas, ya retorciendo alambres con la ayuda de unas tenazas. ¿La mamá?... ¡Caramba!... La mamá no puede verlo a uno pasar cerca, sin dejar de decirle suavemente, pero con ligero acento de reproche: "No se olviden de que tienen que repasar el programa de historia..." O bien: "En todo el día no te he visto tomar un libro..."

En realidad, puede decirse que, desde que comenzó la esquila, Mario no ha tenido más que una satisfacción de amor propio. En un momento dado, su padre, que salía apresuradamente del escritorio, al descubrirle trepado como una comadreja en uno de los grandes aromos que por allí hay; le había hecho el siguiente encargo: "¡Monte a caballo; vaya al cuadro de enfrente y traiga al corral unas mil ovejas, así no más, al cálculo!"

Y después supo, por su mismo padre, que había traído novecientas noventa y nueve...

Pero, después... ¡nada más!... Vagar inútilmente todo el día, desde por la mañana hasta la noche, deseando y esperando que suceda algo nuevo, aunque sea una quemazón de campo o una tormenta espantosa...

Mas, acontece que aquella tarde —una tarde de gran calor y de norte arrachado que llena el horizonte de polvaredas rojizas, que sacude furiosamente los árboles y hace disparar o girar enloquecidas las inmensas majadas de "panaderos" de cardo que han invadido los patios— Mario, que se dispone a penetrar en su cuarto; oye de pronto, la voz de su hermano,

que, invisible, le llama a grito herido, con malhumor e impaciencia:

—¡Marioooo!... ¡Marioooo!

—¿Quéee!...

—¡Marioooo!...

—¿Qué querés?... ¡Hombre!

—¡Papá te llama!...

—¿En dónde está?

—¡En el escritorioooo!

—¡Buenooo!...

El padre está, en efecto, en el escritorio hablando con Miquelena, el capataz de la esquila y gaucho de aspecto adusto y de ojos atravesados, que acentúa la fiereza de su continente con la daga de a vara que lleva en la cintura.

—Entonces, si me lo manda al chiquilín, mejor...

—Sí, en seguida se lo mando.

Y apenas ha salido el gaucho, Mario oye a su padre hacerle esta interrogación estupenda:

—¿Se animaría, amigo, a dar las latas en la esquila?

Mario al oír esto, se pone un poco colorado, pero responde de inmediato, sin vacilar:

—¿Las latas?... Yo sí... ¡Cómo no!...

—Es muy fácil... Vea: Estas chicas son para pagar las ovejas y estas más grandes para los carneros... ¿Comprende?

—Sí... ¡Cómo no!...

—Cuando el esquilador grite: "¡Lata!", usted se acerca a él y le da una de las chicas, si es oveja la que esquiló, y una grande si es carnero... ¿Me comprende?

—Sí, papá... ¡Cómo no!...

—Bueno, entonces...

Pero, en seguida, el padre, al reparar en el aspecto descuidado que ofrece la indumentaria del flamante latero y más que todo su frondosa cabellera revuelta y en partes descolorida por los soles, como el pelo de un animal salvaje; se interrumpe para mandarle con brusquedad y con fastidio:

—Pero primero vaya a arreglarse, amigo, que está hecho un chancho...

—¡Sí, papá; sí!...

Y cuando disparado va cruzando los patios en procura de su cuarto, al divisar a su hermano menor, allá, por el lado del gallinero, Mario no puede substraerse a la necesidad de anunciarle al través del viento y con una voz aguda como un relincho:

—¡Che!... ¡Voy a dar las lataaas!...

—¿Quéee?...

—¡Las lataaas!...

Y como Leo no ha oído lo que le ha dicho, arroja la pala que tiene en las manos y se lanza en pos de Mario a la carrera...

II

En el tendal en penumbra del gran galpón de La Estancia y en una atmósfera de horno saturado de tufo de lana y de olores de tabaco y de caña, cuarenta tijeras trabajan apresuradamente, y el ruido aturdido de su aleteo sonoro, huyendo por los portones y ventanales entornados, va a unirse afuera, a aquella suerte de inmenso coro o de rumor de marea que alza el confuso balar de las ovejas.

Mario, con su traje de brin, es lo único limpio que pueden ver los ojos en medio de aquel amontonamiento de hombres y de bestias que, uniformados por la roña, cubren el tendal. Hasta la bolsita de las latas, que tiene entre las manos, está sucia y pringosa como las ovejas, como la lana, como las ropas de los esquiladores, como el entarimado del piso, que relumbra de grasa.

Los hombres, con las caras brillantes de transpiración y las cabezas descubiertas o apenas tocadas por una vincha tan sucia como sus bombachas o los mandiles[1] de lona con que pretenden protegerlas; trabajan por lo común de pie y con el cuerpo tan doblado por la cintura, como si no tuvieran espina dorsal, y en el suelo, entre sus piernas, las míseras ovejas, a medias despojadas de su vellón y mantenidas en las más antinaturales y crueles posturas, sufren, a flor de la piel estremecida de miedo, el paso veloz de las tijeras inquietantes, unas veces silenciosas inmóviles como si estuvieran muertas; otras, respirando estertorosamente, lanzando balidos lastimeros.

1 *Mandil*: Pieza tejida que se coloca sobre el lomo del equino debajo de la montura. Es una mantilla de diversos colores.

De vez en cuando, alguna tijera, por torpeza de la mano que la maneja o por apresuramiento excesivo y jactancioso; muerde la piel llevándose un pedazo, pero tan pronto como salta la sangre, salta también, dominando el bullicio de la faena, la voz enérgica del esquilador que grita: "¡Médico!", y al punto acude un viejecillo enteco,[1] que, provisto de un tarro y de una brocha, se apresura a embadurnar con blek la boca roja de la herida, maculando de un negro brutal la albura de plumón de la piel ya esquilada.

Y "¡Oveja!" por aquí, y "¡Agua!" por allá, mientras Mario, un poco aturdido por el estrépito y otro poco nervioso por falta de experiencia, gira en torno los ojos inquietos, aguardando el grito de: "¡Lata!", que sigue casi inmediatamente a aquel de: "¡Oveja!", dirigido a los agarradores; que, diligentes, van tomando por las patas las reses que se apeñuscan en el brete junto a la puerta; las manean con las guasquillas de piel de carnero y las arrastran por el tendal hacia el sitio en donde está el esquilador que las reclama.

El playero, inclinado como un vendimiador, va y viene entre los trabajadores, recogiendo los vellones de lana —que por un lado tienen el mismo y bello color de esos cúmulos blancos que dora el sol de la tarde, y por el otro, un sucio y uniforme gris de ceniza— para llevarlos en seguida, con andar pausado, hasta la mesa de los atadores, que con sus delantales de lona ennegrecidos por la mugre, los envuelven y atan hábilmente, ayudándose con el pecho.

1 *Enteco*: Enfermizo, débil, flaco.

Junto a la puerta del tendal que da al brete,[1] hay varias piedras de afilar, algunas tan gastadas ya, que poco falta para que se dividan por el medio. En una de ellas, y puesto en cuclillas, un hombretón barbudo está afilando a toda prisa sus tijeras "maneadas", y es tan salvaje y fiero su aspecto, que por observarle, Mario se distrae hasta el punto que Miquelena, el capataz de la estancia, tiene que tirarle por una manga:

—¡Aquí, chiquilín!... ¡Lata aquí!...

—¡Ah!...

Y, cuando, un tanto mortificado por su descuido, se vuelve bruscamente hacia donde le indica el capataz, Mario experimenta una sorpresa enorme: Hay mujeres entre los esquiladores, y quien le reclama lata, mirándole con unos ojos muy negros y muy grandes, es una de ellas precisamente: y, lo que es más, una hermosísima muchacha.

Y como el capataz vuelve a reiterar su "¡Aquí!", un tanto malhumorado, y otros esquiladores reclaman también sus latas, Mario, aturdido, se apresura a acercarse a la muchacha para pagarle, pero con tanta nerviosidad y poca suerte, que deja caer varias latas, que hay que buscar después por el piso, entre las redes tendidas y entre los dicharachos de los que advirtieron el accidente:

—¡Largalas todas a la marchanta!

—¡Amalaya rodara alguna para aquí!

Y Mario, que ha visto sonreír también a la muchacha, con unos dientecitos luminosos, menudos y apretados como granos de maíz pisingallo[2]; muy serio y muy colorado, se apura a ir a pagar a los otros esquiladores que le llamaron.

Después, cuando se serena, desde todos los sitios del tendal a donde le lleva su tarea, no deja de mirar a la bella esquiladora, y cuando más la mira más bella le parece, a pesar de su pobre vestido barnizado de grasa de lana y de aquel horrible pañuelo amarillo con que se cubre la cabeza.

1 *Brete*: Corral de madera para encerrar animales ariscos a los que es necesario mantener sujetos durante algún trabajo riesgoso.

2 *Maíz pisingallo*: Se emplea para hacer el *pororó*, golosina de maíz frito espolvoreada con azúcar o bañado con miel o arrope.

"Es morena, bastante morena, pero... ¡qué delicadeza la de sus facciones y qué gracia infinita pone en todos sus gestos, aun en aquellos de contrariedad que le arranca la res que está esquilando, cuando quiere cocear y se estremece!..."

"¿A quién le recuerda la cara de la esquiladora aquella?... Es a alguna persona que él ha conocido mucho antes, pero..."

—¡Lata, mayordomo!...

La brusca llamada, sorprendiéndole distraído, le sobresalta y le disgusta:

—¡Voy!

El que acaba de formularla es un pampita[1] entre taimado y burlón, que ya se le ha hecho antipático porque ni una vez le ha llamado con seriedad, "como la gente"... Ya le ha dicho "patrón, mayordomo, capataz y hasta *palomo*", aludiendo sin duda a la blancura de su traje... Para cuando se lo diga otra vez, ya tiene pensada la respuesta: "¡A ver!... ¡No sea zonzo! —le dirá—. ¿Qué se ha creído?..."

"Bueno, pero es indudable que 'Ella' es hija de la otra mujer vieja y fea que trabaja a su lado. Se ve a las claras, por el modo como la mira y por la solicitud con que la atiende, cuando tropieza con algún inconveniente en su tarea..."

—¡Lata!...

Y al oír la voz cristalina de la muchacha —que ya reconocería entre otras mil—, Mario se apresura a alargarle el pequeño disco de latón grasiento, que lleva estampadas las iniciales del nombre de La Estancia, y si al recibirla ella le mira, se queda tan contento como despechado y triste cuando la toma casi al tacto y vuelta, como a propósito, la linda cara hacia la oveja monda y rosada, que acaba de soltar y que va a la sazón por medio del tendal, resbalando y tropezando torpemente en busca de la salida.

Y cada vez que eso último acontece, Mario piensa con pena, que por fuerza tendrá que esperar bastante para que la mocita

1 *Pampita*: Indio araucano. Por extensión, lo opuesto a lo serrano.

vuelva a levantar la cara y él a extasiarse en su contemplación emocionante...

Y tal es su entusiasmo, que ve llegar con disgusto el final de una jornada que todos los demás desean... "¡Caray!... Él sabía muy bien —por referencias de la vieja cocinera gaucha— que hay mujeres que esquilan; que en otros tiempos las cuadrillas solían estar formadas exclusivamente de mujeres; pero lo que ignoraba en absoluto es que pudiera haber esquiladoras tan lindas"...

De buena gana y tan sólo para estar mirándola, se pasaría los días y las noches parado ahí, en medio del tendal, sin comer ni dormir y con la bolsita de latas en la mano.

Así, pues, cuando, concluida la última chiquerada —el rojo disco del sol ya al ras del horizonte—, se larga el trabajo, Mario, a pesar de su cansancio, no quiere, no puede marcharse para "adentro", y aunque temeroso de su padre, que no ha de tardar en presentarse, se queda cerca de la puerta principal del galpón, mientras los esquiladores se desparraman presurosos a objeto de lavarse y mudarse algunas prendas de ropa antes de la comida, que les aguarda allí a cielo abierto y en forma de una docena de medias reses ovinas que, ensartadas en sendos asadores y rodeando una gran fogata, vigila, diligente, el negro cocinero de sucia boina.

La roldana del pozo que cae junto a la cocina de los peones gime continuamente y el gran balde, que baja y sube a escape rebotando en los ladrillos del revestimiento, no puede proporcionar agua con la premura con que todos la solicitan.

Es animado y pintoresco el cuadro que ofrecen los esquiladores lavándose las caras, chapuzando sus cabezas en el agua como pájaros de laguna y peinando luego sus empapadas cabelleras, ya al tanteo, ya ante redondos y minúsculos espejillos de latón.

Mario, que no pierde de vista a la muchacha, ve con sorpresa que ésta y la madre han hecho grupo aparte, nada menos que con el torvo gigante aquel de las frondosas y canosas barbas, que tanto le llamó a atención desde un principio;

"¿Será el padre?..." "¡Claro que lo es!" La linda esquiladora, que se ha quitado el pañuelo amarillo y dejado al descubierto un prodigio de cabellera que se diría de negra seda "cordoné", se está lavando brazos y cara en un gran fuentón de lata, cuando Mario oye al hombrazo apurarla para que desocupe el recipiente:

—¡Acabá de una vez, hija, que estamos esperando!...

—¡Voy!... —Responde la mocita, sumisamente, con su voz musical, y al volverse hacia los padres, enjugándose con un lienzo, hace palidecer de emoción al muchachuelo: Así lavado el rostro, resulta mucho más blanca de lo que parecía en el tendal, y su belleza, exaltada hasta una perfección de maravilla...

Después, mientras el enorme esquilador se lava y la muchacha, con una horquilla entre los dientes y retorciendo con esfuerzo la mata enorme de su cabellera retinta, conversa en voz baja con la madre; Mario, como arrobado, la contempla con todos sus sentidos hasta que la mano nerviosa de su padre, le arranca de aquel ensueño:

—¡Chist!... ¡Vaya para adentro, amigo!...

Y como un sonámbulo, tropezando ciego con las cabezas ovejunas, sin desollar, que, procedentes de las carneadas, siembran el suelo por todas partes; Mario "va", muy cabizbajo es cierto; pero iluminada el alma con luz de ilusión y de esperanza...

III

Es una noche luminosa y serena, pero una noche de calor insoportable.

En el cuarto de los muchachos, a pesar de la ventana abierta sobre el gran campo que platea la luna, hay mosquitos y, para peor, un grillo oculto en alguna parte, probablemente en el zócalo; rasca su violín de una manera obsesionante y aturdidora.

Tras largo rato de silencio, irritado, Mario, dándose vueltas con violencia en la cama, protesta contra el grillo:

—¡La pucha con el bicho de porquería!

Su hermano menor, que está acostado de través y que se entretiene paseando los pies sobre el muro, aprovecha la oportunidad para formular una pregunta que aparentemente no viene al caso:

—Decime, che... ¿Las vizcachas viven mucho?

—¿Las vizcachas?... ¡Qué sé yo!... ¿Por qué?

—No... ¿Sabés?... Porque pienso domesticarla, cuando cace alguna...

—¡Qué pavada!

—¿Por qué?

—¡No sé cuándo habrás visto vizcachas domesticadas!...

—Sergio dice que en lo de Ramírez, tenían una nutria mansa como un gato.

—¡Una nutria no es una vizcacha!...

—¡Ya sé, pero, por lo mismo!...

Mario se incomoda:

—¡Bah!... ¡No haces ni dices más que sandeces!... ¡Cómo se conoce que no sos más que un chico!

—¿Y vos?

—Yo trabajo, por lo menos —responde Mario con arrogancia—. ¿Sos vos el encargado de dar las latas en la esquila?...

—No, pero las podría dar también si no fuera...

—¿Si no fuera qué?

—Si no fuera que papá siempre te elige a vos, como si tuviéramos tanta diferencia de edad.

—¡Diferencia!... Me elige porque sé, mientras que vos no sabés más que decir macanas y fabricar trampas que no cazan nada... ¡A ver!... Decí, ya que sabés tanto: ¿Cuántas latas se le dan al esquilador que ha esquilado un carnero?... ¡A ver, sabio!...

—¿Un carnero?... ¡Y qué sé yo!... ¿Se le darán cuatro o cinco, no?...

Mario se ríe escandalosamente:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué burro, qué macana!... ¿Has visto como no sabés?... ¿Has visto que sos un zanahoria?... ¡Una lata se le da, una lata grande que vale por dos de las chicas!...

—¡Qué gracia!... A vos te enseñaron; pero, después de todo, no me parece que sea una cosa del otro mundo: Una oveja, una lata chica... un carnero, una lata grande... ¡Ya está!... ¡Vaya una dificultad!...

Y tras un breve silencio, que el grillo "ameniza" desde su escondite y que Leo emplea en subir los pies cuanto más puede sobre la blanca pared iluminada en parte por la luna, Mario, después de suspirar hondamente, dice, con serenidad y con aplomo:

—¡Sos un zonzo!

—¡El zonzo serás vos!

—¿Ah, ah?... Ahora no te cuento una cosa que te iba a contar...

—¿Una cosa?

Y Leo, después de quitar los pies de la pared y de volverse con rapidez hacia su hermano, le interroga, curioso:

—¿Qué, che?

—¡Nada! —contesta Mario, con encono—. No te contaré nada... Primero, porque sos un ganso, y después, porque se lo vas a ir a soplar en seguida a todo el mundo...

Leo, ofendido en su dignidad, con tanta injusticia; guarda silencio por espacio de algunos segundos, y después dice, con fingida indiferencia y al colocar de nuevo los pies sobre el muro:

—¡Y!... No me contés si no querés... ¡Para lo que a mí se me importa!...

—¡Muy bien!...

Pero cuando parece ya que la música del grillo va a quedar dueña del campo por toda la noche, Mario comienza a hablar en voz baja y como si monologara consigo mismo:

"¡Qué caso extraordinario!... ¡Palabra que él nunca pudo imaginar que hubiese cosas tan lindas en el mundo!..."

Leo, al oír esto, se vuelve hacia su hermano, con la rapidez con que un gato que cae, cambia de posición en el espacio.

—¿Qué, che?... ¿Dónde?...

—En el galpón...

—¿En el galpón?... ¡Oy!... ¡Contame!...

Y creyendo quizá que Mario se refiera a alguna vizcacha extraordinaria, el niño, sentado en su cama y con las piernas colgantes, avanza hacia él su barbilla curiosa.

—¿Me jurás que no lo vas a contar a nadie?

—¡Te juro!...

Mario deja transcurrir algunos segundos de silencio, se destose en lo obscuro y por último deja caer suavemente:

—En la esquila hay una muchacha...

—¿Una muchacha?

Y el timbre de la voz de Leo denuncia a las claras su desencanto. Sin embargo, Mario prosigue, animado y confidencial:

—Sí, una muchacha de linda, como no te podrás imaginar en toda tu vida... ¿Te acuerdas de esa figura que yo tengo pegada en un cartón y que recorté de la revista francesa?...

—Sí...

—¿Qué está volcando el agua de un cántaro?

—Sí... ¿"La source"?...

—Eso es. "La source du Tibre"... ¿Te acuerdas?

—Sí, sí... ¡Cómo no!... Una mujer desnuda...

—¡Justamente!... Bueno...

—¡Oy!... ¿Y está desnuda, che?

—¿Desnuda, quién?

—¿La muchacha, la esquiladora?

Mario, al oír esto, vuelve a dar en la cama un salto de pez en el río y dice con fastidio:

—¡Pucha, que sos zonzo!... ¿Cómo va a estar desnuda una esquiladora?

Y en seguida, como Leo guarda un silencio si no aprobador por lo menos propicio, Mario reanuda animadamente:

—Bueno, como te decía, es igualita a la muchacha esa del grabado, aunque tal vez un poco más linda... Mirá: yo al

principio me preguntaba: "¿Pero a quién me hace recordar, a quién se parece tanto?"... Y... ¡zas!... de pronto me acordé esta noche en la mesa: ¡Era a "La source", che, a "La source du Tibre", ni más ni menos...

—Pero "La source" está desnuda y vos...

—¿Y eso qué tiene que ver?... Yo hablo de la cara...

—¡Ah!...

—...Los mismos ojos, la misma boca, la misma... ¡Mirá!... Si tuviera aquí "La source" te la mostraría... ¡Es idéntica!...

—Está bueno... ¿Y cómo se llama?

—¡Ah!... Todavía no sé... Pero me parece que ha de tener algún lindo nombre... ¡Mirá!... El padre es un hombrón, medio viejo ya, grande como un rancho, pero muy simpático... Esquila solamente carneros. Dicen que es la mejor tijera de la cuadrilla, y después... la madre y... ¡Ella!... ¡Ella, que es lo que hay que ver!... ¡Mirá!...

—¿Mejor que la otra?

Ante esta interrogación, quizá sin malicia, pero en la que el niño alude sin duda a algún infortunado amorío de su hermano mayor; y, como es de suponer, de no muy remota data; Mario guarda silencio por espacio de algunos segundos y después contesta con violencia:

—¡No sé!... ¡Pero yo no soy un marica que le tiene miedo a las mujeres!...

—Yo no les tengo miedo a las mujeres; a lo que yo le tengo miedo es a los papelones... a que me tomen para el churrete...

—¡Callate!...

—...No me gusta andar sirviendo de diversión a todo el mundo...

—¿Y quién sirve?

—¡No sé!... ¡Vos sabrás!...

—¡Oh!... ¡No seas zonzo!...

—¡El zonzo serás vos!...

Y como tantas otras veces, cuando la discusión llega a este punto, ambos hermanos guardan silencio por largo rato, hasta que al fin prosigue Leo, como si la charla no se hubiese interrumpido en ningún momento:

—Lo que es yo, no pienso enamorarme nunca, porque me parece...

Pero Mario le ataja con fiereza:

—¡No me importa un pito lo que te parezca, y no me hablés!...

Y torna a reinar el silencio, que aprovecha abusivamente el grillo desde su oculto retiro, hasta que allá, a las cansadas, es Mario el que, olvidado sin duda del disgusto; pregunta a su hermano con voz amistosa:

—¡Leo!... ¿Estás dormido?

Pero como éste se limita a contestar rencoroso: "¡No sé!... ¡No me hablés!"... el violín estrindente del grillo queda ya, por toda la noche, dueño del gran silencio campero, y Mario sueña... sueña que está en el tendal de la esquila y que, inclinado ante la hermosa muchacha de los ojos negros, vuelca pródigamente, en las palmas de sus regordetas manos, todo el contenido de la bolsa de latas, mientras ella le sonríe entre agradecida y amorosa...

IV

Los esquiladores han acabado su almuerzo y se disponen a reanudar la tarea yendo y viniendo por aquel ancho espacio que encierran, por tres lados, el galpón, la cocina de los peones y el palenque de los caballos.

Sigue haciendo mucho calor; pero, por fortuna, algunos nubarrones, dispersos o desertores de esa gran tormenta que amenazó en la mañana, pero que a la sazón se corre para el Norte; velan a ratos la faz del sol y templan un tanto sus rigores.

Todo es actividad y movimiento, y como para llevar la animación de la esquila hasta muy lejos, una majada de más

de dos mil cabezas y a la que arrean a grito herido y resonantes lonjazos sobre las caronas, un hombre y un muchacho; viene por allá, hacia los corrales, entre remolinos de polvo moreno y un sordo concierto de balidos. Son las Lincoln de "La Estancia" y, como quien dice, el crédito y orgullo de la misma. Los esquiladores, que hartos de esquilar merino, las esperan como a una novedad, cambian entre ellos, al divisarlas, comentarios y dicharachos como éste:

—¡Ahura vas a ver ovejas, maula!... ¡Cada capón como un toro!...

Pero, como es de suponer, nada de esto interesa a Mario, que no tiene ojos sino para la gentil esquiladora, cada vez más digna de su admiración y que está allí, con sus padres y conversando en voz baja con Miquelena, el que, retrasado sin duda, almuerza aún sobre un cajón vacío de sarnífugo y usando a los efectos, como único cubierto, de su daga inquietante, de esa daga tan larga, que la vaina de suela baja del tirador y se dobla y extiende en el suelo, como la cola oscura de una alimaña.

¿De qué hablarán?... Todos parecen preocupados o indecisos, y el adusto Miquelena, siempre comiendo de prisa, ya por dos veces se ha alzado de hombros.

Mario daría cualquier cosa, por saber lo que ocurre, por acercarse a conversar con ellos; pero, no se atreve; primero, porque es tímido, y después, porque teme que su padre le sorprenda "dando confianza a esa gente"...

Por otra parte, "su asunto" ha adelantado muy poco. El único progreso alcanzado esa mañana, ha sido conocer el nombre de la muchacha: se llama Regina. Su barbudo padre le dijo en cierta oportunidad, indicándole el carnero merino a medio esquilar, que tenía entre las piernas: "¡A ver!... ¡Garreame éste, Regina!..."

Y ella, obediente y sumisa como buena hija que es, en un momento le esquiló patas y barriga, y después gritó: "¡Carnero!"... con su voz musical...

Pero esto y... ¡nada más!... ¡Y pensar que la esquila se acabará pronto, y que después!... ¡Ah!... Mario no quiere ni pensarlo. Le parece que toda su vida hasta ese momento, ha venido deslizándose iluminada por los grandes ojos de la muchacha, y que sin ellos, en adelante, será algo tan obscuro y vacío y sin objeto como... como el gran galpón de "La Estancia", en invierno, después que vienen las carretas y se llevan los cueros y la lana...

—¡Chiquilín, oiga!...

Es Miquelena, que, torciendo el busto sobre el cajón en que se halla sentado, le llama con la voz y con el gesto, mientras la familia, toda, hasta "Ella" misma; le mira también con ojos inquietos e inquisidores.

—¿Me hablaba, Miquelena?

Y al mismo tiempo Mario, por congraciarse sin duda con la muchacha; esboza una sonrisa casi servil, de puro amable.

—Sí —le explica entonces el capataz, deteniendo el tiempo preciso aquella presa de carne y aquella hoja de daga, que juntas está por llevarse a la boca.

—Vea, parece que aquí, a la señora (por la madre de la linda esquiladora) medio se le quiere enconar un chuzazo[1] e'tijera que la ha agarrao en la mano. ¿Quiere dir a ver si adentro tienen algún remedio pa emprestarle?

—¡Sí, cómo no!... —se apresura Mario, tan resuelto como colorado, a tiempo que la mujer le enseña la palma de una mano, en donde se ve un punto obscuro, un tanto tumefacto—. Hay yodo, hay árnica y hay también...

—¡Sí, sí!... —le interrumpe Miquelena incorporándose y tirando lejos el hueso de lo que comía—. ¡Lo que haiga, chiquilín, pero prontito, que vamos a encomenzar el trabajo!...

—¡Sí, sí!... ¡Cómo no!... ¡Voy, voy!...

Y Mario, sin abandonar la bolsita de las latas, instrumento y emblema de su cargo en el tendal de la esquila; sale para "adentro", disparando como un potro.

1 *Chuzazo*: Golpe de chuza o lanza.

Cuando regresa, ya ha comenzado el trabajo; pero, la madre y la hija están allí, aguardándole, junto al mojinete de la cocina:

—Aquí tiene —dice con voz entrecortada al entregar el frasquito—. Aquí tiene; es yodo...

—¡Ah!... ¡Lindo!... ¡Muchas gracias!... ¿No?...

—De nada... Póngase bastante, aunque le arda, que la va a hacer bien...

—¡Ah!... ¡Claro! —contesta la mujer por decir algo, pero, como al querer aplicarse el remedio demuestra cierta torpeza, la muchacha se apresura a intervenir con alguna brusquedad.

—¡No!... ¡A ver! ¡Deme acá!

"¡Oh, qué encanto de hija abnegada y cariñosa!"... Las miradas de Mario van, como locas mariposas, de la mano herida de la mujer a la linda cara de la muchacha, que ora contrae un poco las negras y lucientes cejas, que ora sonríe que es una delicia, al verter por gotas el remedio.

—¡Ya está!

Y se apresura a tapar el frasco y a presentarlo a Mario, con una gracia que debe ser única.

—Ahora esto...

—¿Y eso qué es?

—El algodón y la gasa...

—¿Y pa qué?

—Para que se ponga, para que se envuelva la mano...

La mujer parece sentir compasión por aquellas cosas tan limpias, en medio de tanta roña.

—No —dice—. ¿Pa qué los va a ensuciar?... Es una lástima... Me ato no más el pañuelo...

Pero Mario se hace firme:

—No. ¡Qué esperanza!... Tiene que vendarse con esto...

—Vea que es una lástima...

—¡No importa, no importa!...

La mujer vacila aún, pero la muchacha, resuelta, le decide:

—Déjese, mamá, ¡qué pa eso se lo han traido!

—¡Claro! —afirma el niño, y después, cuando, terminada la operación, las dos mujeres le dan nuevamente las gracias, se siente tan feliz y audaz que se atreve a preguntar a la muchacha:

—¿Y usted?

Y la bella esquiladora, llevándose las manos a la cintura, le contesta con una sonrisa fatigada:

—¿Yo?... Estoy manca de las dos manos y tengo un dolor de riñones que ni veo... ¡Por esta cruz!

—¡Caramba!... Yo... yo...

Y quién sabe lo que irá a añadir Mario, qué es lo que se propondrá ofrecer a aquella beldad doliente, cuando la voz gruñona de Miquelena, que acaba de asomar la cabeza por la cercana puerta del galpón, le sobresalta.

—¡Eh, chiquilín!... ¡Vea que hace falta!...

—¡Voy, voy!... Miquelena...

Y al bolear la pierna, por sobre el lienzo de corral, que para cubrir la abertura han arrimado al patrón; Mario dirige a la muchacha una sonrisa de despedida, tan ansiosa y pueril-mente azorada, que hace exclamar a la madre:

—¡Lindo chico!... ¿No?... ¡Tan asiao y tan blanquito!...

Y la muchacha asiente con desgana:

—¡Ah, ah!...

V

—¡A ver!... ¡No sea zonzo!... ¿Qué se ha creído?...

Y el niño, tan pálido, que su cara parece de mármol, mira furioso al pampita aquel, entre retobado y socarrón, que ha vuelto a apodarlo "Palomo", cuando menos lo esperaba, y que todavía le mira sonriente, inclinado a medias sobre la oveja.

Por suerte, Miquelena, que anda por el tendal con la damajuana de caña rebajada con que se refresca la gente; interviene de inmediato, reprendiendo al esquilador con voz autoritaria:

—¡Che, che!... ¡Dejate vos de pinturas y esquilá mejor, como la gente!...

—Como la gente esquilo —gruñe el reprendido. Pero en seguida, y como Miquelena le clava los ojos, esos ojos atravesados y rencorosos que tiene y que recuerdan los de un tigre en la trampa, se apresura a bajar los suyos y a murmurar en son de burla, para el compañero más próximo, y una vez que el capataz se da vuelta—: ¡No me pegue, tata!...

Y hace un calor infernal, insoportable, y la gente está cansada y colérica. Desde la mañana, se viene apurando el trabajo en una forma, que, fatigando e irritando a todo el mundo; hace que a cada rato estallen en el tendal, como cohetes, las frases más groseras de malhumor o de ira.

A Miquelena, que ya ha tenido una cuestión con el capataz de la "comparsa" —como le llaman los esquiladores, porque "cuadrillas son las de los avestruces"—, a Miquelena se le "anda saliendo la daga de la vaina", como quien dice, y hombre rudo como es, en lugar de contemporizar, en atención al malestar común, se muestra cual nunca severo y exigente:

—¿Cuántas veces le vi'a decir que no me esquile a dos manos?... ¡Apuresé, amigo, apuresé!... ¡A vos te vi'a quitar la tijera en cuantito me volvás a cortar una oveja!...

¡Y así, desde que Dios amaneció, apurando, apurando, y son las tres de la tarde!...

Y es que hay que hacer lo imposible por terminar en el día la "encerrada" de ovejas que están en el corral, porque va a llover "como peste", con la caída del sol, y después, quién sabe cuándo podrá reanudarse el trabajo...

Una tormenta enorme y azul, como una cordillera lejana, está ahí, a la vista y ocupa el horizonte desde el Oeste hasta el Sur, como para no dejar esperanza de escape...

Los pobres animales son los que sufren más, las consecuencias de la prisa desesperada que se imprime al trabajo y en medio de aquella atmósfera de horno, unas veces resuellan con angustia, medio estrangulados por el bárbaro pie que les aplasta el pescuezo; otras, tosen o balan quejumbrosamente, sujetos

por las piernas de los esquiladores, en las más extravagantes posturas.

Y como a pesar de la vigilancia severa del capataz, algunos de los hombres, que tienen la muñeca cansada, esquilan ya resueltamente a dos manos, a cada rato debe acudir el "médico" para embadurnar de negro, unos tajos que, en razón de la mayor fuerza y velocidad, resultan espantables.

Mario está cansadísimo y con una sed devoradora, que no se resuelve a apagar por no marcharse del tendal y porque allí no circula sino agua con caña; pero ni una ni otra cosa le preocupan mayormente. Lo que sí le tiene mortificado es el espectáculo del cansancio y sufrimiento de "Ella", de ese cansancio y sufrimiento que tan a las claras traducen su gesto casi colérico y la manera como se lleva la mano a la cintura o a las doloridas muñecas, cada vez que se endereza para pedir lata u oveja.

Y la pobre está sola en medio del tendal y de los hombres. La madre, impedida de trabajar por la lesión que tiene en la mano, se ha quedado en la cocina, y el padre, enorme, monumental y erizado de pelos, allá lejos, junto a la puerta aquella que ilumina de cruda luz un trozo de tendal; despliega toda su baquía de gran tijera, realizando ese trabajo tan excelente como vertiginoso, que todos le admiran sin poder imitarle.

—¡Ove!

—¡Lata!...

De pronto, Mario, que se halla al otro extremo del sitio en donde esquila la muchacha, la oye llamar al "médico", y apresurándose, llega al mismo tiempo que éste, al lugar del accidente.

La bella esquiladora, que ha inferido al capón que oprime entre sus piernas, un tajo tremendo a la altura del ombligo, trata de justificar el estropicio.

—Coció —dice con voz tímida y la carita un tanto crispada por el disgusto—. Coció al garriarlo y se chució con la tijera...

Pero en seguida, y como el pobre capón ensangrentado cocea de nuevo, al recibir en la herida abierta la mordedura de

fuego del remedio; cambia bruscamente de maneras y, con una energía masculina que sorprende y disgusta a Mario, pisa las patas y el cogote del animal, y después de inmovilizarlo rudamente sobre el tendal, lo increpa con enojo:

—¡Quieto! ¡Quieto, m!...

"¡Pobre, también, con lo enferma y lo cansada que debe estar!... ¿No?..."

Y el niño, buscando mentalmente en su ternura nuevos argumentos que justifiquen aquellas palabrotas y actitudes de la bella esquiladora; va de aquí para allá por el tendal, cuando oye que le llaman:

—¡Oiga, chiquilín!... ¡Haga el favor!...

Y al volverse ve al padre de la muchacha, al gigantesco esquilador, muy erguido y que le enseña desde lejos una tijera.

—¿Qué?

—Vea, mocito: hágame el favor de alcanzarle estas tijeras allí, a mi mujer...

Mario abre mucho los ojos y un poco también la boca, y después de tomar maquinalmente la tijera y de mirar hacia el lado que indica el hombretón, pregunta azorado, como quien sale de un sueño:

—¿A su mujer?...

Y el esquilador, sonriendo a través de sus barbazas; de aquel asombro que no comprende; se ratifica con rudeza burlona:

—Sí, m'hijito!... ¡Allí, a mi mujer, a mi señora! ¡No me parece que haiga otra en el tendal...

VI

¡Pobre Mario!... Primero cree sentir que el piso del tendal se mueve bajo sus plantas; después, que una masa enorme, blanduzca y pesadísima le cae sobre la cabeza y las espaldas, y por último, ya no siente nada, hasta el momento en que una mano recia y nerviosa lo sacude por un hombro:

—Pero... ¿qué hace, amigo?... ¿No oye que le están pidiendo lata?

—¿Yo?... ¡Sí!... ¿Dónde?...

Miquelena señala el sitio.

—¡Ahí, hombre, ahí!... ¿Qué le pasa?

—Nada...

Y con las piernas blandas y andando como un autómata al través de aquella suerte de niebla densa que llena todo el galpón, Mario se allega al esquilador que reclama su lata y se la entrega con un "¡Tome!" que parece un suspiro...

Después, aquello se convierte en un verdadero desastre para el niño. A medida que el tiempo transcurre, su actuación en el tendal se va haciendo cada vez más deficiente, a pesar de las reiteradas advertencias del capataz y de sus amenazas en voz baja de "avisarle al patrón". Mario no puede trabajar ya, porque no atiende, porque no escucha, porque se abisma a cada instante en las profundidades de su reflexión dolorosa, y esto, como es natural, perturba el trabajo y hasta propicia reclamos maliciosos de parte de algunos esquiladores "mañeros" que intentan sacar ventaja de aquellos olvidos y distracciones.

Tan sólo en un momento, en que inmóvil en medio del tendal está oyendo sin oír una voz que le reclama lata, tiene una breve reacción al descubrir la presencia de su padre, que acaba de llegar y que lo mira desde la puerta, a tiempo que habla con Miquelena, pero en seguida no más, lo mismo que antes: un gran vacío en el cerebro y otro más grande en el corazón...

—¡Lata!... ¡Lata!...

—¡Lata allí, chiquilín!...

Y Mario... ¡nada!... ¡como si tal cosa!, hasta que lo arranca de su abstracción un "¡Pst!" enérgico de su padre:

—¡Pst!... ¡Venga para acá!

—¿Papá?

—¿Qué tiene, amigo, que está abombao?

—¿Yo?... Nada...

—¿Cómo "nada"?... Lo llaman y no atiende —y agrega el padre, en voz baja, como para provocar una confidencia—: ¿Qué tiene? ¿Está enfermo, cansado?

—No...

—¡Váyase, si quiere, y que venga Leo!...

—¡No, no!...

Miquelena sonríe y dice, acomodándose el sombrero en la cabeza:

—¡A la verdá que no sé lo que lo habrá agarrao! Antes andaba lo más bien...

—¡Lata!...

—¡Aquí lata!...

—¡Vea!... ¿Ve?...

El padre de Mario ya no aguanta más.

—¡Pst!... ¡Venga p'acá! —y después de arrebatarle la bolsa de las latas, le conmina, colérico—: ¡Vaya p'adentro y dígale a su hermano que venga!...

Y cuando sale del galpón, a Mario, abrumado por el brutal desengaño; le parece que es su alma, su alma convulsionada y sombría, aquella tormenta enorme que acaba de apagar el sol, y que, en medio del silencio de la naturaleza expectante, prosigue su avance a una velocidad vertiginosa...

LA CHUÑA

Cuando Mario, con las manos en los bolsillos, la espalda agobiada y arrastrando mucho los pies, se presenta en el sitio en donde bajo el sol de fuego y los remolinos del viento recio, Leo, su hermano menor, se ocupa en estaquear [1] cueros vacunos; éste levanta la cabeza cubierta por un gran sombrero de paja y le dice entre burlón y jactancioso:

—¡Mirá qué líneas, che!... ¡Modelo de tipo embarque!...

—¡Ah, ah!...

Y en seguida y a tiempo en que pone un pie sobre una de las pieles que aún están sin estaquear y que parecen grandes piezas de felpa amontonadas en el suelo, Mario comprueba lánguidamente:

—Trajeron más...

—¡Y cómo te va!... Trajeron siete... ¿No ves?... Tres estaqueados y éste cuatro y ese yaguané [2] y aquel bayito y ese otro donde tenés la pata... Total: ¡Siete!...

Y sin soltar la maceta con que golpea, el niño se pasa el dorso de una mano por la frente sudorosa y congestionada por el bochorno y añade con una sonrisa escéptica:

—Ya ves... Cuatro vacas y tres novillos gordos ahogados en el jagüel, por no haber querido "el viejo" que pusieran el alambre allí donde vuelca la manga... ¡Palabra que me ale-

1 *Estaquear*: Reducir a estacas. Por extensión, tormento consistente en atar al delincuente en el suelo a cuatro estacas.

2 *Yaguané*: Animal con una o dos franjas blancas. También se llama así al piojo.

graría si hoy después del "aparte", se le tirara al jagüel todo el rodeo!...

Pero, como Mario, siempre con un pie sobre el cuero y la mirada perdida en las lejanías polvorosas del horizonte, no le contesta, ni tan siquiera parece escucharle, su hermano, quizá resentido, cambia bruscamente de tono y de tema y le dice casi agresivo:

—¡Ah!... Me dijo Aguilera que has dado tu consentimiento para que echen a trabajar "el ruano" en el rodeo... ¿Es cierto?...

Mario saca el pie de sobre el cuero y se pone a rascarse, con gesto dolorido, cierta comezón de "bichos colorados" que siente en una pierna.

—Sí... —dice con indiferencia—. Me lo pidió don Frutos... No hay caballos. Vos sabés que con estos trabajos tan fuertes, toda la mancarronada se ha deshecho y el ruano en cambio está demasiado gordo.

Leo menea la cabeza.

—¡Está bueno!

—¿El qué está bueno?

—¡Caray!... ¡Eso!... Esa conformidad tuya, esa facilidad con que te has resignado esta vez a prestar tu caballo, vos que te hubieras hecho matar en otro tiempo, antes de consentir que otro...

Mario se incomoda:

—¡Oh!... ¡Dejate de decir pavadas! —gruñe—. ¿O te pensás que uno es siempre un chico?... Papá también ha dicho que faltan caballos y mi deber es ayudarlo en todo...

Leo, que en ese momento se dispone a introducir el medio poste que se coloca de través, debajo de los cueros estaqueados para dar caída a las aguas pluviales, suspende el movimiento para reírse:

—¡Ta-ta-ta!... ¡Tu deber!... ¡No seas zanahoria, ni me creas un otario!... ¡Tu deber!... ¿Ya no te acuerdas de aquella vez que lloraste tanto, que mamá no sabía cómo consolarte,

porque "el viejo", en un apuro, hizo que Ceferino montase en el ruano para ir hasta la pulpería?...

Mario se enoja de veras:

—¡No seas imbécil!... ¿querés?... Yo era un chico entonces y no tenía como ahora... quince años sobre el alma...

Pero Leo, que a la sazón desenvuelve y extiende sobre el suelo, con bruscos tirones, la faz interior y sangrienta de un gran cuero rosillo, torna a replicarle con mofa:

—¡Quince años!... ¡Quince patadas en la barriga, debería darte tu matungo, por inconsecuente y por ingrato! ¿Y el año pasado?... ¿Y este mismo año, este mismo invierno no más?... ¿No te acuerdas ya, cuando "el viejo" le quiso prestar el burro a aquel señor Haldaverde o Haldamacana, que vino de Buenos Aires?... ¡Ah, ah! ¿No te acordás del escándalo que armaste?... ¿No te acordás? ¡A ver, decí!...

Mario mira por un instante a su hermano y después replica categórico, avanzando despectivamente el labio belfo:

—¡Idiota!... El señor aquel, era un maturrango y yo no estaba para que me lastimara el caballo del lomo.

Pero Leo no se convence:

—¡Salí!... ¡Salí!... ¿Y ahora sabés quién lo va ensillar, no?... ¡Qué vas a saber!... ¡No macaniés!... ¡Y mirá qué día, tan luego para un aparte de novillos! ¡Quién sabe a qué bestia se lo habrá dado a ensillar tu don "Fruta"!... ¡Pobre ruano!... ¡Pobre sotreta! [1]... Ya me parece verlo volver con una matadura [2] desde la cruz hasta la cola, y las verijas [3] como picadillo a pura punta de espuela!... ¡Ja! ¡Ja!

Y al ver que Mario se alza de hombros despectivo, Leo agrega en seguida con viveza:

—¡Sí, sí!... ¡Encogete de hombros no más; encogete como pata asada!... Ya sé que ahora no te importa, que ahora no te importa ninguna de las cosas que antes te importaban. Con razón dice "el viejo" que estás hecho una babieca y con razón

1 *Sotreta*: Caballo viejo, inútil.
2 *Matadura*: Desolladura, llaga, herida.
3 *Verija*: Ijar del animal. Parte baja de la barriga.

estaqueaste tan bien el otro día el cuero aquel del toro "embichao" que se murió en la laguna...

Mario, ofendido, contrae el ceño y dice conteniéndose con esfuerzo:

—¿Qué tenía el cuero? ¡Desgraciado! ¿Qué tenía el cuero? ¿Querés decirme?...

Y Leo le explica con voz meliflua:

—Tenía, "ilustrísimo señor", que estaba todo torcido y con unas bolsas, en vez de pliegues, como para que se pudriera, tan sólo con la humedad del rocío... ¡Eso tenía, "excelencia"!...

—¡Oh! ¡No seas estúpido!... ¡Qué sabés vos de cueros!...

—Es verdad, "señor príncipe"... Sé tan poco que "el viejo" me mandó estaquearlo de nuevo, después de decir que "vuestra alteza" "no servía ni para ir a ver quién viene"...

—¡Callate! ¡Mocoso!... ¡Maturrango!... [1] que te volteó "El Colorado"...

—Me volteará "El Colorado", pero no ando haciendo papelones detrás de "La Chuña"...[2]

Mario se pone pálido:

—¡Mirá, Leo!... ¡Ya te he dicho que no la llamés así a Zunilda, porque te voy a romper el alma!...

—¿Y acaso no es cierto?

—¿No es cierto el qué?...

—¿Que tiene la nariz "así", quebrada, como el pico de las chuñas?

—¿Y a vos qué te importa cómo la tenga?... ¡Tan linda que la tendrá el imbécil!...

—No sé cómo la tendré, pero no hago el "inamorato", ni los gauchos se ríen de mí, cuando voy a la pulpería.

—¿Y quién se ríe de mí, estúpido? ¡A ver, decime!...

Leo, que no deja de trabajar mientras discute y que en ese momento clava la estaca de cola, que es, como se sabe, uno de los extremos de la línea eje del estaqueo de un cuero; levanta la cara y afirma con aplomo:

1 *Maturrango*: Jinete inhábil.
2 *Chuña*: Palabra de origen quichua, ave de pico encorvado y ganchudo

—Todo el mundo se ríe... Me contó Sergio, que la otra mañana, cuando fuiste a la pulpería a buscar la correspondencia, no sé quién, un peón de lo de Rosales, me parece; te gritó en las narices, delante de todos los que allí estaban:

—Ahí viene "el c..." de "La Blanca Chica"!... ¿Decí si no es cierto?

Mario se pone rojo como la grana:

—¡Mentís! —grita furioso—. ¡Estás mintiendo!... A mí nadie me dijo nada... ¿Querés ver, mocoso, cómo te rompo la jeta?...

Pero su hermano no se amilana, y después de clavar cuidadosamente la estaca maestra, prosigue implacablemente:

—¿Entonces no será cierto tampoco, que mamá te encontró el borrador de una carta, en donde había un corazón atravesado por una flecha?...

Al oír esto, Mario mira por un momento a Leo con una expresión de ira tan elocuente, que éste, temiendo sin duda un atropello, baja la cabeza y enarca un poco la espalda; pero Mario logra contenerse y tras un hondo suspiro, abandona el sitio y se va lentamente hacia la casa...

* * *

Aunque debe faltar muy poco para el mediodía, porque el sol, coronando las copas de los paraísos, comienza a invadir ya, hasta aquel rincón de sombra, hasta aquella suerte de glorieta que cae justamente detrás del escritorio de "La Estancia" y que ha formado la casualidad, con dos o tres acacias achaparradas y una vigorosa enredadera de azules campanillas, Mario, medio oculto por el follaje, continúa aún allí, tendido de espalda sobre el césped y en una inmovilidad casi absoluta...

Y es que Mario piensa; es que Mario sigue pensando, en "todas aquellas mil cosas", ya dulces, ya amargas, de la tremenda pasión de amor que le domina y que al decir compasivo del capataz Aguilera —uno de los pocos que le comprenden— lo está dejando al pobre en "güesitos"...

—¡Ah!... . ¡Zunilda, Zunilda... Zunilda J. Reyes! ¡Hija única de don Frutos, el mayordomo de "La Blanca Chica"!... ¿Por qué viniste con tu elegancia un poco exótica, con tu cabecita rizada y tus ojitos demasiado sabios para tus quince septiembres, a turbar el inocente reposo espiritual de ese buen muchacho, que hasta hace dos meses te ignoraba en absoluto y no tenía, por lo tanto, otra preocupación, que la del hermoso caballo ruano que crió desde potrillo?

Tu padre, don Frutos —don "Fruta", como le llama Leo en su grosera irreverencia— siempre estuvo solo aquí en "La Blanca Chica", hasta aquel día solemne, inolvidable, en que Mario te vio por primera vez descender como una hada rubia y en compañía de tu gruesa mamá, del estribo de un "breack" polvoriento, que acababa de detenerse ante el portón de "La Estancia".

Mario, al principio, te huyó —bien lo sabes— te huyó como una liebre, porque le inspirabas una cortedad indomable, y el día en que tu padre te lo presentó, casi por sorpresa, el pobre muchacho, tan encarnado como tu vestido, apenas si pudo articular el consabido y vulgarísimo: "¡Tanto gusto, señorita!"

Después... —¡y no digas que no!— después, a fuerza de astucia, por fin lo pillaste una mañana, detrás de "la carnicería", en donde el inocente, ajeno a la asechanza, estaba limpiando el morral de su caballo y allí le soltaste, entre otras muchas cosas, más o menos burlonas e incisivas, aquella de: "si te tenía miedo" y de: "si por qué te disparaba".

Y más tarde aún, cuando lo "amansaste", cuando con vagas promesas hiciste abrir su corazón a la luz de tus ojos, como se abren las flores a la luz de la aurora; cuando entregado a ti por completo, te traía ya, en homenaje y como a una princesa bárbara, desde el huevo de perdiz reluciente y de color chocolate, que encontraba en el campo, hasta el durazno pintón [1] que a hurto de su padre arrancaba del único árbol tempranero que hay en la huerta; entonces y molesta sin duda

1 *Pintón*: Fruta próxima a madurar.

por su insistente apremio, entonces le diste sin compasión la primera puñalada:

"Tú, no habías venido a 'La Estancia' para quedarte en ella 'toda la vida'... Tú te volverías al lejano pueblo de tu residencia habitual, con tus pulmoncitos ya oxigenados, muy pronto, dentro de un mes quizá."

¿Y te acuerdas cómo palideció el pobre al oírte, cómo tuvo que sentarse, de golpe, en el mortero ese que está siempre parado detrás de la cocina que corresponde "a las piezas del mayordomo"; cómo lloró en tu presencia al igual que un chicuelo de cuatro años y cómo tú, sin dejar de mano tus ambigüedades de pequeña coqueta, que no quiere, pero que "no suelta", le consolaste al cabo con esta promesa, tan sin precedentes en los anales de la crueldad femenina, como en los anales de la tolerancia y de la ingenuidad de los hombres:

—"Yo le contestaré antes de irme."

¡Sí, señorita!... Ni más ni menos. Usted esperaría a estar con el pie en el estribo del "breack", para decirle al infeliz que no lo quería... Y lo más enorme y lo más atroz, ha sido que el pobre muchacho haya debido y podido vivir todo este mes que termina, sin otra leña para la hoguera de su pasión, que alguna coqueta mirada suya, que alguna vaga sonrisa...

¡Ah, ah!... ¡Y diga usted que, por suerte para él, el muy infeliz, no ha creído todavía en eso que le "soplaron" la otra tarde, cabe uno de los esquineros del cerco de la quinta; y no lo ha creído porque a la edad que él cuenta, no puede concebirse una monstruosidad tan grande, como esa que significaría el casamiento de una chica como usted, con un hombre como su primo, es decir "con un viejo asqueroso", que tiene como treinta años!

¿Y ahora en qué piensa usted, quiere decirnos; usted que sabe muy bien que mañana se marcha para el pueblo y que, sin embargo, está dejando pasar las horas "metida" ahí en su cuarto y sin darle a Mario la respuesta que le debe?... ¿Qué?... ¿Será, acaso, que todavía no ha encontrado usted

hora, ni sitio, ni víscera que satisfaga plenamente su íntimo y atroz deseo de que resulte mortal la puñalada?...

Mientras usted está ahí, en su cuarto, planchando posiblemente alguna ropa interior para su viaje, y más probablemente aún, pensando en el próximo carnaval, allá en el pueblo; mientras usted está ahí, en su cuarto, despreocupada en absoluto de lo que pueda ser mañana de Mario; él, echado allí, a la sombra de las acacias, aún confía en usted, aún es todo suyo, aún piensa en que bien vale usted cuantas burlas ha tenido que soportar de parte de su hermano y de todos los suyos; que bien vale su amor las mil punzadas crueles con que han lastimado su corazón generoso, esos mil miserables que apenas advierten que alguno ha hallado por fin una oportunidad para elevarse un poco, ya se arrojan decididos sobre él, para impedírselo a fuerza de pedradas o escupitajos...

Sí, señorita... Todo esto es muy amargo, sin duda, pero es la verdad verdadera. Por diversos motivos, pero siempre por su simpática causa, Mario está enojado o dolorosamente resentido con casi todas las personas que forman este pequeño mundo de "La Estancia". Con el padre, porque una vez le dijo que dejase de hacer el pavo y que cuando quisiera "andar" con mujeres que no fuesen de su condición, se fuese "por ahí, lejos... a la... m...!" Con la mamá, porque juzgó, apenas la vio a usted, que usted era una guaranguita... Con Leo, su hermano, único e inseparable compañero de "tantos años"; porque a cada paso suelta dicharachos de mal gusto a propósito de ese insignificante defectillo que tiene usted en la nariz; pero que por ser suyo, a Mario le parece como una gracia más de su persona. Con la negra Benita, la cocinera; con el gringo quintero; con la "desgraciada" de Adela, la sirvienta, y contra toda esa "recua" de canallas y de "alcauciles", por todo eso y porque uno a uno le han ido repitiendo invariablemente aquello tan odioso de que: "parece mentira" que un niño, que un mocito "bien", pueda fijarse así sin mala intención en una chica pobre como usted, y, además, porque algunos de ellos y muy especialmente las mujeres, muestran un odio

tan venenoso y tan profundo contra usted, que hasta palidecen de sólo verla cruzar el patio, con su sombrilla y su vestido encarnado... Con todos los demás, es decir, con la mayoría de los peones, Mario está también disgustado porque son unos groseros, porque son unos insolentes, porque son unos pervertidos y porque no hay uno solo que no le haya aconsejado con tanto empeño como si en ello le fuera la vida, "una sarta de infamias" contra usted, "una sarta" tal de infamias, que "ni siquiera pueden repetirse". Sí, señorita... ¡Pobre chico!... ¡Viera la cara que puso la primera vez que le oyó algo así, a Aguilera, el gaucho ese a quien él mismo estima y "admira" tanto! Estaban en la cocina de los peones, una mañana, los dos solos. Mario, como de costumbre, hablando y hablando y haciendo proyectos de amor para el futuro, y el otro cosiendo una rienda. De pronto, Mario cambió de tono y dijo, dirigiéndose al gaucho, entre confidencial y conmovido:

—¡Ah!... ¿Sabe, Aguilera, que le estoy por pedir un rulo?

¡Y oyera usted, señorita, la contestación de aquel bestia!

¿Ha observado usted alguna vez en el tambo? Hay en el suelo un balde lleno hasta los bordes de una leche blanca, nacarada, limpísima y de repente, se asusta o se enoja alguna vaca arisca o mañera y... ¡zas!... al cocear, echa entre el balde una pella enorme de barro, de estiércol o de cualquier inmundicia. ¡Bueno! El mismo efecto ha de haber causado al caer en la albura de lirio del amor del muchacho, la brutal obscenidad de aquella frase.

Dicen que se fue de la cocina más blanco que el pañuelo que llevaba al cuello y que por espacio de una semana entera, no dirigió la palabra al capataz, ni aun para contestarle los buenos días.

* * *

En uno de los ángulos sombríos del galpón de "La Estancia", hasta donde llegan las tufonadas de horno del ambiente exterior, que los empujones del norte arrachado hacen entrar

por la puerta; Leo, don Frutos, el capataz Aguilera y otras personas más, están mirando un caballo. Es el caballo de Mario.

El ruano, con la cabeza inclinada, los ijares hundidos y el pelo ensortijado en mil sucios remolinos que el sudor ha fijado al secarse, respira soplando estertorosamente, por un rojo agujero que tiene junto al codillo, del lado de enlazar.

La escasa hemorragia, después de correr a lo largo del remo como una cinta encarnada, forma con el polvo del casco, un negro lodo de sangre.

Tras un breve silencio, el "peón por día", un tapecito inquieto, con chiripá pampa y que al moverse "ara" el piso de tierra del galpón con las rodajas sonoras de sus grandes espuelas; torna a explicar a don Frutos cómo ocurrió el accidente:

—Ya le digo. Cuando endespués que se largó el rodeo, yo llegué al jagüel casi mesturao con las puntas de hacienda sedienta que caiba a la aguada balando y trotiando; ya estaba allí el chico jagüelero, pero... ¡cha!... ¡Con razón dicen que no hay comedido que salga bien! Queriendo hacer un favor... ¿sabe?..., queriendo hacer un favor, porque me pareció al ver cómo se apiñaban los animales ande mesmo volcaba la manga, que alguno podía cairse adentro; agarré y metí el caballo entre el montón, pechándolos y castigándolos con el poncho. ¡Y yo no sé!... ¿Quizás no más, algún toro chúcaro, al levantar la cabeza asustao, me lo agarró tan fiero con la "guampa"?[1] ¡Yo no sé!... Es cierto que advertí que medio se alzó de manos entre la hacienda, pero recién me di cuenta de que estaba corneao, al ver cómo afluejaba del encuentro...

Y el gauchito, con sus ojos renegridos y desconfiados, busca con insistencia los ojos del mayordomo; pero, don Frutos no le atiende ya, porque está muy ocupado en mostrar a Leo, cómo la fuerza de aquel soplo pneumo-torácico del pobre caballo de Mario, alcanza a apagar un fósforo...

Cuando los demás hombres se van, Aguilera pregunta a Leo en voz baja y casi solemne:

[1] *Guampa*: Palabra quichua: asta o cuerno del vacuno.

—¿Sabe ya su hermano, que le han lastimao tan feo el caballo?

Y Leo, alzándose de hombros, le responde entre burlón y despectivo:

—¿Mario?... ¡Qué sé yo!... ¡Para lo que le importa ahora!... Debe estar por ahí, rasqueteando a "La Chuña"...

Y después que se queda solo, el niño se acerca de nuevo al caballo herido y le dice, a tiempo que le acaricia suavemente el hocico:

—¡Ruano!... ¡Pobrecito ruano!...

* * *

Acaba de amanecer y un copioso aguacero ha refrescado dulcemente la atmósfera. Se advierte un grato perfume de tierra mojada y los rastros de la lluvia aún brillan en las hojas de los árboles, en los alambres de los cercos y en la concavidad de los pliegues de los cueros vacunos estaqueados ante el galpón, cuya puerta abierta recorta en la claridad matinal y sobre el muro blanquísimo, su gran cuadrado de sombra.

Como la mitad de la población de "La Estancia" aún reposa y la otra mitad se ha ido ya al campo, todo está silencioso y todo estaría desierto si Mario no continuase allí, sentado sobre una de las húmedas varas de aquel viejo carro de dos ruedas, que poco a poco destruye la intemperie, tan cerca del galpón.

¡Pobre Mario! Con la cabellera despeinada, la cara entre las manos y los ojos sin luz, se diría la imagen viva de la desolación más absoluta. Y a fe que tiene motivos para estar así: Ya se fue ella, ya se fue la ingrata, dejándole sin la más miserable limosna de esperanza y tan vacía el alma de toda energía que quizá nunca más ya podrá levantarse de aquella vara de carro, sobre la que cayó derrumbado. ¡Ah! Es tan atroz su infortunio que a ratos, aun le parecería un sueño, si la brutal realidad no estuviera allí patente, en las profundas huellas marcadas sobre la tierra húmeda del estaqueadero, por las

ruedas del "breack" que salió del galpón, por ahí, por esa puerta obscura y siniestra para llevársela para siempre...

"¡Ah!... ¡Miseria de haber nacido!... ¡Oh!... ¡Miseria de ser tan joven!..."

—"Después de todo, usted es muy joven para mí, Mario..."

"¡Ah, ah!... ¡La falsa!... ¡La hipócrita!... '¡Tan joven!...' Y sólo le lleva quince días de diferencia, la mocosa tan llena de pretensiones! ¡Caramba! ¿Será preciso que uno sea un viejo asqueroso para que las mujeres le hagan caso? En todas las novelas, en mil novelas, se habla de duques y de condes que se casan a los quince años. ¡Y tan sólo uno, ha de ser la excepción desdichada!... ¿Y ahora qué hará? ¿Cómo podrá seguir viviendo? ¿Cómo podrá, sin morirse, llegar hasta la noche y hasta mañana y hasta pasado y después y después? Cómo podrá volver a comer y a dormir y a contemplar la entrada del sol y la salida de la luna? ¿Cómo podrá, sin que le estalle el corazón, mirar todas esas cosas que eran como de ella y que sin ella no tienen objeto alguno?"

Y Mario, con la garganta cerrada por la angustia, va a enjugarse, con la manga de la blusa, dos nuevos y silenciosos lagrimones que acaban de verter sus ojos, cuando un rumor inmediato de pasos de caballo, le hace levantar primero el rostro y exclamar en seguida con extrañeza:

—¡Oh, Ruano!...

Y es que su caballo, su pobre caballo herido, que ha olvidado por completo en sus angustias; acaba de salir del galpón y viene hacia él, caminando lentamente y de un modo raro, como si tuviese las patas envaradas.

—¡Oh, Ruano!...

Repite Mario con dolorida ternura, e incorporándose, va a acercarse al animal que se ha detenido y que le mira con una mansa expresión de tristeza en sus ojos claros; cuando advierte de pronto, que éste se mueve un paso, como para torcer el rumbo que traía, que sus patas temblorosas se envaran más y más y que, por último, tras una leve oscilación de dos segun-

dos, se desploma de costado y rígido, haciendo retemblar el suelo...

...Y Mario, al llorar desconsoladamente sobre los tristes despojos de su primera ilusión de amor y de su primer caballo; no advierte que yace allí, a sus pies también, otro despojo quizá más digno de ser llorado: el cadáver de su niñez, a la que acaba de matar su adolescencia.

EL SACRIFICIO DE BLAS

I

En el patio de la casaquinta de doña Mariquita Vélez, viuda de Riera y mi grande y vieja amiga. La anciana, media docena de señoritas y yo, Mario Rodríguez. Cae la tarde de un bello día de enero y las risas argentinas de las muchachas, se mezclan con las voces metálicas de los gallos que cantan en el corral.

DOÑA MARIQUITA (*mirándome entre interrogadora y tímida*). — Yo no sé. ¿Si Mario se animara?...

TODAS LAS MUCHACHAS (*aplaudiendo*). — ¡Sí! ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!

Yo (*que me he distraído mirando mi caballo que se aburre allá, del otro lado del cerco*). — Desde luego, señora, con mucho gusto... ¿A qué debo animarme?

DOÑA MARIQUITA. — Vea, Mario; se trata de esto: Resulta que yo, que les había prometido a las chicas matar el corderito, el primer día que vinieran a visitarme; he hecho una verdadera plancha...

TODAS (*gritando*). — ¡Oh, no, doña Mariquita!... ¡No faltaba más!...

Yo. — ¿Cómo, así, doña Mariquita?...

DOÑA MARIQUITA. — Sí... verá; yo lo tenía todo lo más bien dispuesto, para cualquier momento; pero ha ocurrido que está mañana, y cuando menos lo sospechaba, me he quedado sin cocinera...

Yo. — ¡Qué bueno!... ¿No?...

DOÑA MARIQUITA. — ...Se le enfermó un pariente... yo no sé... pero el caso es que no tengo cocinera y que si bien Anita es muy capaz de asar el cordero...

TODAS LAS MUCHACHAS (*gritando con alborozo*). — ¡Sí, doña Mariquita, sí!...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Un momento, un momento!... (*dirigiéndose a mí*) ... Anita puede cocinarlo, como le digo... pero ¿quién lo mata?... No tenemos quién lo mate, porque, hasta para peor, el quintero...

Yo (*siempre galante y ya enterado de lo que se me exige*). — ¡Ah!... ¡Con mucho gusto, doña Mariquita! ¡Con mucho gusto!...

TODAS LAS MUCHACHAS (*aplaudiendo con entusiasmo*). — ¡Viva!... ¡Viva!... ¡Viva!...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Cállense!... Pero... ¿No será mucho fastidio para usted, Mario?... ¡Caramba!... yo lo hago por las chicas... ¿sabe?...

Yo (*aunque la cosa me "revienta" bastante*). — ¡Oh, señora!... ¡No faltaba más!...

DOÑA MARIQUITA (*maliciosa*). — Al fin y al cabo, usted es hombre de campo... ¿verdad?...

Yo (*haciendo el gracioso*). — Ya lo creo, doña Mariquita, ¡un gaucho tremendo!... y lo haré con mucho gusto, sobre todo si Mechita me ayuda...

MECHITA (*una muñeca con ojos de turquesa y cutis de porcelana*). — ¿Yo?... ¡Está fresco!... Yo disparo como una liebre...

Yo. — ¡Qué bueno!... Para comerse el pobre bicho está muy pronta, pero no para matarlo... ¿Cómo se entiende?...

MECHITA. — ¡Ah, qué gracia!...

Yo. — ¿Cómo?... "¡Qué gracia!"

MECHITA. — ¡Y claro!... Comer es una cosa y matar es otra muy distinta...

Yo. — Pero para comerlo es preciso matarlo, me parece... a menos que usted prefiera comerlo...

MECHITA. — ¡Qué vivo!... ¡Pero no lo mato yo, lo mata usted o cualquier otro desalmado!...

Yo. — ¡Ahí tiene, ahí tienen ustedes!...

CELIA (*una morochita lánguida, interrumpiéndome bruscamente*). — ¡Yo una vez!... ¡Yo una vez! Una vez mataron una vaca, allá, en La Estancia... y vieran... ¡Qué horror!... ¡Cómo gritaba cuando le cortaban la cabeza!

Yo. — ¿La cabeza?... ¡Ah!... ¿Usted lo vio?...

CELIA. — Sí... no... pero le cortaron la cabeza y gritaba y gritaba... ¡de una manera!...

Yo. — ¡Ah!... ¿Entonces vería eso tan curioso que sucede, que después de cortada la cabeza, ésta sigue todavía gritando sola, por espacio de un cuarto de hora?...

CELIA (*ingenua*). — No... eso no lo vi...

Yo. — ¡Oh, viera usted qué cosa más conmovedora!...

CELIA (*abriendo mucho los ojos*). — ¡Oh!...

DOÑA MARIQUITA (*después de sonreír mi chiste*). — No; a mí me dan mucha pena los animalitos, sobre todo cuando son tan mansos como éste; pero...

Yo. — Pero... ¿la tentación es más fuerte?...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Cállese, por favor!...

MARÍA AMALIA (*una inquieta y robusta solterona, que aprovecha todas las oportunidades para ponerse "breeches" y que a la sazón, los lleva de brin blanco y bastante manchaditos de verde en los fondillos, por haberse sentado sobre el césped*). — ¡Los animales han sido hechos para ser comidos!...

Yo (*con sorna*). — ¡Perdone, "mi capitán"!... (*Le llamo así por la arrogancia de su continente, la brusquedad de sus maneras y su desmedida afición a los deportes masculinos, y ella a su vez, me llama "troglodita", porque no me gustan las mujeres con pantalones o las que tienen que ver algo con perros*). — ¡Perdone, "mi capitán"!... pero... ¿quiere mostrarme el artículo donde está eso?...

MARÍA AMALIA (*dando en el suelo con mi látigo, del que se apoderó apenas llegué*). — El artículo es, que si se va a car-

near el cordero, conviene que sea hoy y que no resulte todavía...

Yo (*haciéndole la venia*). — ¡A la orden, mi capitán!... (*a doña Mariquita*). Bueno, doña Mariquita... Estoy listo...

María Amalia. — ...¡y que no salgamos a la postre con que no sabía!...

Yo. — ¡No, mi capitán, no!

Doña Mariquita (*indecisa*). — Bueno...

Yo. — ¡Ah!... ¿Y el cuchillo?... Necesitamos un cuchillo, doña Mariquita, por más doloroso que nos sea... ¡Ah, ah!...

María Amalia. — ¡Bah, bah!... ¡Ya empezamos con las dificultades!... ¿No decía yo?...

Doña Mariquita. — ¡Ah, es verdad!... Un cuchillo... Yo no sé... ¿La cuchilla de la cocina no servirá?...

Yo. — ¿Y por qué no, señora?...

Doña Mariquita (*gritando*). — ¡Anita!... ¡Anita!... ¡Trae la cuchilla de la cocina!...

La voz musical de Anita. — ¡En seguida, señora!...

Mechita. — ¿Pero es que lo van a matar con un cuchillo?...

Yo. — No, Mechita, no... Lo vamos a electrocutar...

Mechita. — ¡Qué vivo!...

Doña Mariquita (*nerviosa, gritando otra vez*). — ¡Anita!... ¡Pronto! ¡La cuchilla!... (*A mí*). —Yo no sé, Mario, si servirá... Debe estar muy desafilada...

Yo.— Sí, señora, ha de servir... En todo caso la afilaremos...

Mechita (*en voz baja, a María Amalia*). — No, che... de veras... ¿cómo lo matan?...

María Amalia (*dando un nuevo chicotazo en el suelo*). — Y, lo matan cortándole el pescuezo. ¿Cómo quieres que lo maten?...

Mechita (*crispada y engarabitando sus dedos*). — ¡Uf!... ¡Qué horror!...

Yo. — Sí... mucho horror, pero no puede de ganas de comerse al pobre bicho... ¿Verdad?...

Mechita (*sinceramente*). — ¡Cállese!... ¡No sé cómo todavía tiene valor para hacer chistes!... ¡Desalmado!... ¡Criminal!...

Yo. — ¡Ah, ah!... ¡Qué lindo!... ¿Criminal yo?... ¡Criminal usted, estimada Mechita!... Criminales ustedes y doña Mariquita, usted y todas las que están aquí... almas de tirano, crueles, sanguinarias y cobardes; que saben mandar matar, pero que no tendrían energía para hacerlo... ¡Ah, ah!... "Pasma al mirar las serenas faces y blondos cabellos de ustedes, que encubran rostros tan bellos los instintos de unas fieras"... ¡Palabra de honor!...

Doña Mariquita (*llamándome al orden*). — ¡Chist!... ¡Chist!... ¡Mario! ¡Oh! ¡Por favor!...

Yo. — ¿Qué, doña Mariquita?... (*A Anita que llega con el cuchillo, y que me saluda desde el trono florido de sus quince septiembres; con una breve inclinación de su rizada cabeza y una sonrisa, más breve aún, de su linda boca, ya sombreada por esa felpa impalpable de la fogosa pubertad morena*). ¡Adiós, Anita!...

Doña Mariquita (*tomando de manos de la muchacha, la cuchilla de la cocina, o mejor, un viejo cuchillo de punta, destemplado y lleno de ondulaciones sobre la línea del filo*). — Es ésta, Mario...

Mechita. — ¡Oh!... ¡De sólo mirarlo se me eriza todo el cuerpo!...

Doña Mariquita (*a mí y por el cuchillo*). — ¿Qué le parece?

Yo. — Me parece la espada del guardián del Paraíso...

Doña Mariquita. — ¡Vamos!... ¡Por favor!... ¿Sirve o no sirve?...

Yo. — Le diré, doña Mariquita... Como servir, no sirve... Pero siempre será mejor que una cuchara, por ejemplo... ¿Habrá en sus dominios una piedra de afilar?...

Doña Mariquita (*a Anita, que con los ojos bajos, juega con la orla de su delantal*). — ¿Hay piedra, Anita?...

ANITA (*alzando esos ojazos a los cuales he hecho referencia y que son más negros que el cielo sin estrellas de una noche de junio*). — Sí, señora; hay un pedacito...

Yo. — ¡Magnífico! ¡Todo se ha salvado, menos la mayor parte de la piedra!... ¿Dónde está ese pedacito?...

ANITA. — Voy a traerlo...

DOÑA MARIQUITA. — Sí, andá hijita; andá corriendo...

Yo (*gritando*). — ¡Y agua, Anita! ¡Un poquito de agua!... ¡Tenga la bondad!...

MARÍA AMALIA (*a mí, con suspicacia maliciosa, y por la chica que se aleja como un pájaro*). — ¿Qué? ¿Le ha dado sed?...

DOÑA MARIQUITA (*ingenua*). — No, hija... Es para afilar el cuchillo...

MARÍA AMALIA. — ¡Ah!...

Yo (*a María Amalia*). — Sí, sed de feminidad y de justicia, mi capitán... (*a Anita, que vuelve ya con la piedra y con un gran jarro azul, que no sé por qué me parece que debe estar lleno de miel y de flores de duraznero*). — ¡Ah! ¡Muy bien! ¡"Merci"!... ¿Y el corderito?...

ANITA (*haciendo una vaga indicación con su diestra y mirándome un poco azorada, con una contracción deliciosa de su bello entrecejo*). — Debe de estar por allí, por el gallinero. ¿Lo traigo?

Yo. — No, hija, no... Vamos allá, mejor... (*a todas*). Señoras y señoritas... ¡Cuando ustedes gusten!

ANITA. — ¡Oh!...

TODAS (*menos Anita, naturalmente*). — ¿Ah, ah?... ¡Está fresco! ¡Qué vivo!... ¡Qué gracioso!... ¡No faltaba más!... Etc., etc.

Yo (*con fingido asombro*). — ¡Oh! ¿Pero será posible que me dejen abandonado?... ¿Usted, doña Mariquita?...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Ah, no no, h'hijito!... ¡Yo, cualquier cosa, menos eso!... ¡Nunca he tenido valor para ver sangre!...

Yo. — ¿Usted, Mechita, entonces?...

MECHITA. — ¿Yo?... ¡Ay, qué horror! ¡Salga de acá y no me hable más, asesino!...

Yo (*como desalentado*). — ¡Pero qué curioso es esto!... (*a María Amalia*). —¡Usted, mi capitán!... ¿Usted, sí, verdad?...

MARÍA AMALIA. — ¿Yo? No sé por qué yo...

Yo. — ¡Caramba, mi capitán! ¡Aunque más no sea por compañerismo!... Recuerde que somos los únicos que llevamos aquí pantalones...

MARÍA AMALIA (*inclinando la cabeza y azotando con el látigo las cañas de sus botas, dice alguna cosa que debe ser terrible, pero de la cual, tan sólo alcanzo por suerte, el lánguido final*). — ...¡Y tan zonzo!...

DOÑA MARIQUITA (*a mí*). — Anita le va a mostrar dónde está el cordero... (*a la niña*): Hijita, acompáñalo al señor...

Yo (*a Anita*). — No; indíqueme desde acá, no más...

ANITA. — Es que no sé bien...

Yo (*en alta voz*). — ¡Bueno!... ¡Hasta luego!... ¡Criminales empedernidas!... ¡Que la sangre inocente que voy a derramar, caiga, etc, etc.!...

CELIA (*tras un gritito agudo*). — ¡Ay!... ¡Y se va!... ¡Y se va!...

TODAS (*gritando*). — ¡Infame! ¡Asesino! ¡Hereje!

DOÑA MARIQUITA. — ¡Chist!... ¡Chist!... ¡Niñas!... ¡Por Dios!...

Yo (*alejándome con Anita*). — ¡Van a ver luego, a la noche, cuando el alma del cordero venga a tirarles de las piernas!...

MARÍA AMALIA. — ¡No se vaya a conmover demasiado!... ¡Troglodita!...

Yo. — ...y a María Amalia, de los verdes fondillos!...

ANITA (*con su voz musical agitada por un trémolo*). — Por allí, sabe estar a esta hora, casi siempre...

II

Junto al cerco del gallinero, Anita y yo. Ella apoyada en el tronco de un sauce, mirándome, y yo con una rodilla en tierra y casi a sus pies; tratando de afilar, aunque no sea más que

una pulgada de la hoja de aquel cuchillo imposible... El horizonte está todo rojo y las finas y largas ramillas del sauce, penden verticales sobre nuestras cabezas, como si fueran los mil hilos de agua, de una gran lluvia verde, que no alcanzara a llegar al suelo...

ANITA (*tras un hondo suspiro y cambiando de postura unos piececitos que cabrían muy bien en un bolsillo de mi chaleco*). — Todas las noches se gana ahí en el gallinero, para echarse al ladito de la "Miguela"...

Yo (*dale que dale y con los dedos pringados de aquella suerte de crema gris que despide la piedra*). —¿Entonces son muy compañeros?... ¡Qué raro!... ¿no?... ¿Una perra tan brava y un borrego tan... tan... tan inocente?

ANITA. — ¡Ah, ah!... Por eso es que le decía... Es mala con todo el mundo, tanto que hasta en ocasiones a mí misma me desconoce y no me deja acercar; pero, con el corderito no; al corderito lo quiere muchísimo... ¡Yo no sé por qué será!...

Yo (*ensayando el filo del cuchillo en la epidermis de uno de los dedos*). — Ya ve, Anita, y nosotros lo vamos a matar de puro gusto...

ANITA. — ¿Ha visto, señor?... ¡Y tan mansito y tan bueno como es!... ¡A mí me da una lástima, una lástima... le aseguro!...

Yo (*reparando en que la niña ha vuelto el rostro hacia el rojo horizonte, para ocultarme la emoción que la invade*). — ¿Usted no se animaría a matarlo, verdad?...

ANITA (*con sobresalto*). — ¿Yo?... ¡Ay, Jesús!... No diga eso...

Yo (*bromeando*). — ¿Nunca mató a nadie?...

ANITA (*ingenua*). — Yo no, señor...

Yo. — Eso es bueno...

ANITA (*melancólica y como si recitara una letanía*). — ¡Pobrecito!... ¡Toditas las mañanas lo hallaba echado delante de la puerta de mi cuarto y muchas veces, me acompañaba hasta el almacén de la esquina o hasta la carnicería!...

Yo. — ¡Qué monada!, ¿no?

ANITA. — ¡Ya lo creo, señor!... Fíjese que a la hora de almorzar, entraba en el comedor, para que la señora le diera pan con sus manos...

Yo. — ¿Doña Mariquita?...

ANITA. — Sí, señor, la señora... ¡Y cuando era más chiquito, la niña Mecha, le sabía atar en el pescuezo unas cintitas muy lindas!...

Yo (*para mi coleto*). — ¡Diablos de mujeres!... ¡Y ahora no hay una que lo defienda, una sola que no se lo quiera manducar cuanto antes!... (*A Anita*). ¿Y si usted le tiene tanto cariño como dice, por qué no le pidió a doña Mariquita que no lo hiciera matar?...

ANITA (*con el mismo tono llorón de antes*). — Cuando lo trajeron y yo comencé a cuidarlo, la señora me dijo que no me fuera a encariñar con él, porque prontito no más, lo iban a carniar... ¡Yo no sé!... Quizá si el señor...

Yo. — ¿Si el señor qué, Anita?

ANITA. — ...no se hubiera ofertado...

Yo (*que no sé por qué siento como una necesidad de sincerarme ante la linda muchacha*). — Yo no me ofrecí, hija... Me lo pidieron... A mí tampoco me hace ninguna gracia tener que matar al pobre animalito inofensivo...

ANITA (*sin intención, pero que resulta*). — ¡De veras!... Vaya fuese un perro rabioso, un tigre, ¿no?...

Yo. — Así es, Anita... pero los hombres no pueden decir que no, muchas veces... ¡una barbaridad de veces!... ¿Por dónde se entra?...

ANITA (*visiblemente emocionada*). — Por aquí, señor... pero si el señor quiere yo se lo traeré...

Yo (*que me estoy quitando el saco, que no sé por qué me he puesto de pronto de mal humor, ni tampoco, por qué siento unas ganas tremendas de decirle a la hermosa chica —como dicen los gauchos— que "el Señor está en el cielo"*). — Bueno.

ANITA (*con una extraña expresión en el rostro y la voz empañada*). — Siempre que lo llamo viene...

Yo (*para mi capote y porque empiezo a sentir con sorpresa, algo así como un cosquilleo de angustia nerviosa*). — ¡Pobre chica!... Pero ésta al menos tiene una sensibilidad que está en armonía con su cara... ¡Lo bueno sería que me la contagiase!...

ANITA (*pegada a la puertecita del cerco y con una voz de lloro inminente*). — ¡Vea!... ¡Está echadito al lado mismo de la casilla!...

Yo (*luchando con mi desazón creciente y para mí solo*). — ¡Qué rica cosa!... ¡Y pensar que cuando era chico, mataba por gusto toda clase de bichos y hasta pedía "baratos" [1] a los peones para degollar vacas o yeguas!... ¡Cómo se desacostumbra uno, o cómo se refina!... Ahora no parecería sino que estuviese por matar a un semejante...

ANITA (*llamando al cordero con entonación llorosa y maternal*). — ¡Blas!... ¡Blas!... ¡Venga, pobrecito! ¡Venga, querido!...

Yo (*siempre para mí y ya completamente disgustado y hosco*). — ¡La pucha!... Para que la cosa resulte más patética, hasta tiene nombre de persona el bicho. ¡Lo único que falta ahora es que salga hablando en inglés!...

ANITA (*alzando en sus blancos brazos, al borreguito, que ha acudido de inmediato a su llamado*). — ¡"Upa, aliba"!...

Yo (*por decir algo, la hoja del cuchillo entre los dientes y recogiendo las mangas de mi camisa*). — Parece que está gordito, ¿no?...

ANITA (*sosteniendo el borrego* [2]*, abrazado por la mitad del cuerpo y mirándome con unos ojos llenos de ansiedad y de lágrimas*). — Sí, señor, sí...

Yo (*con cierta rudeza involuntaria*). — Pero... ¡dejeló ahí, hija, dejeló!...

ANITA (*con voz gemebunda*). — Es que se va a dir.

Yo (*ejecutivo, tomando al borreguito de brazos de la niña, tendiéndolo en el suelo y maneándole las patas, con lo primero que encuentro, que es mi pañuelo*). ¿No ve? ¡Así!... ¡Así! ¡Así!... ¡Ya está!... Y ahora, váyase no más, hijita; ya no hace falta...

1 *Barato*: Pedido de oportunidad para realizar algo.
2 *Borrego*: Cordero de un año.

ANITA (*iniciando el mutis, pero deteniéndose en seguida vacilante y con una ardiente expresión de súplica en los ojos*). — Bueno...

Yo (*con energía*). — ¿Qué?...

ANITA (*trémula y retorciendo nerviosamente sus sonrosados deditos*). — Que... que... yo quisiera pedirle, que... que... ¡que no le fuera a hacer mucho daño... al... corderi-toó!

Yo (*entre disgustado y conmovido*). — ¡Bah!, ¡Bah!, ¡Bah!... ¡Qué embromar! ¿Pero qué es eso?... ¡Pero hijita, no sea pavita... caramba! (*sintiendo saltar bajo mis manos al impulso de los sollozos, un hombro tibio y redondo y acompañando a la niña algunos pasos*). — ¡Váyase para adentro, vaya, hijita!...

ANITA (*deliciosamente femenina y sumisa*). — Sí, señor, sí...

Yo (*solo ya, después de suspirar como un caballo y tornando a la tarea de arremangarme con dedos temblorosos*). — ¡Pobrecita!... Qué raro ¿no?... ¡Muchachita de porquería!... Me ha hecho poner como un nudo en la garganta... (*reaccionando*). Pero... ¡qué embromar!... Eso es una mujer al fin; eso reconforta el espíritu y... eso da ánimos para degollar a cualquiera...

III

Concluimos de comer... Graciela Bulnes —la linda nieta de la dueña de la casa— sirve el café con sus manitas gordezuelas de adolescente y Anita, siempre triste, sale del comedor llevando alguna cosa...

Yo (*con sorna, a Mechita que se ha quedado pensativa*). — ¿Es el calor, Mechita, o es que ya comienza el remordimiento?...

MECHITA. — ¡Cállese!... ¿Quiere? ¡Mire, señora, ya vuelve a empezar!...

DONA MARIQUITA. — ¡Vamos Mario, un poco de juicio! ¿O quiere que todos nos pongamos como la muchacha?...

TODAS. — ¡De veras!...

GRACIELA (*a doña Mariquita y con cierta gravedad*). — ¿Se fijó, abuela, que tenía otra vez, los ojos colorados?...

DOÑA MARIQUITA. — Es cierto... y de veras que no me explico tanta sensibilidad...

MECHITA. — ¡Caramba!... todas lo queríamos al cordero y sin embargo...

Yo. — ¡Como si tal cosa!...

CELIA. — Mientras lo estaba cocinando lloraba y lloraba...

MARÍA AMALIA. — Yo creo que debe ser medio chiflada. ¿No? Porque como dice muy bien doña Mariquita, tanta sensibilidad no se explica en una muchacha de esa clase...

Yo. — ¿Y por qué no quiere dejarles ni siquiera ese adornito, a las muchachas pobres, María Amalia?...

MARÍA AMALIA. — ¡Adiós, maximalista!

Yo. — ¿Maximalista?... Casi tiene razón, mi capitán... No es este el caso, pero le aseguro que más de una vez me he sentido así, "maximalista", como usted dice; viendo a alguna linda jovencita de condición humilde, al servicio incondicional de solteronas feas y despóticas...

DOÑA MARIQUITA. — No... María Amalia está en lo cierto: Estas chicas por lo general, se hacen desde muy temprano a todas las realidades crueles de la vida y...

Yo. — Perdone, doña Mariquita... ¿Se hacen o las obligan a hacerse?...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Ah, yo no sé!... (*reparando en Anita que entra*). ¡Chist!... ¡Que ahí viene!...

Yo. — ¡El caso es, señoras y señoritas, que yo estoy "estupeflauto"; como le oí decir una vez, a cierto gaucho muy "leído" y muy "escribido"!...

MARÍA AMALIA (*revolviendo parsimoniosamente su café*). — ¿Y por qué don "Troglodita", si puede saberse?...

Yo. — Verá, mi capitán...

MARÍA AMALIA. — ¡Ya le he dicho que no quiero que me diga "capitán"!...

Yo. — ¡Le he rogado también que no me diga "troglodita"!...

MARÍA AMALIA. — ¡Ay, tan sensible el... troglodita!...

Yo. — ¡Ay, tan bizarro el capitán!...

DOÑA MARIQUITA (*diplomática y a tiempo que hace una seña a Anita, para que se le aproxime*). — ¡Vamos! ¡Vamos!... Ya van a empezar... ¡Parecen dos chicos!...

GRACIELA (*con su carita de virgen y toda la encantadora ingenuidad de sus tres lustros*). — ¡De veras! ¡Los dos más viejos y siempre se han de estar peleando!...

Yo (*a María Amalia*). — ¿Ha visto? ¿No le da vergüenza?...

MARÍA AMALIA (*sin hacerme caso, a Graciela, entornando los párpados y con una leve sonrisa en los labios finos*). — ¿Por qué no te pasas un poquito el cisne, por la nariz, Graciela?...

GRACIELA (*que no sé por qué —mi ciencia en materia femenina no alcanza a tanto— que no sé por qué, se ruboriza intensamente y mirándome de reojo se lleva con sobresalto una mano a su naricita respingada.*) — ¿Yo?

MARÍA AMALIA (*sin borrar su sonrisilla perversa y asintiendo con la cabeza*). — ¡Sí, vos!

DOÑA MARIQUITA (*que cuchicheaba animadamente con Anita y al tiempo que ésta deja caer una cucharilla al suelo*). — Pero... pero... ¡Vamos, hijita!... ¡Eso ya es tontería!... ¡Todas las cosas deben tener su límite... caramba!...

ANITA (*sofocada y llorosa*). — Y... yo... yo...

DOÑA MARIQUITA (*entre severa y conmovida*). — ¡Vaya, vaya m'hijita!... ¡Váyase a la cocina!...

MARÍA AMALIA (*a doña Mariquita y apenas la muchacha ha salido agobiada y sollozante*). — ¿Pero qué pasa ahora, doña Mariquita? ¿Su sirvienta es una sirvienta o es la fuente de Lola Mora?... [1]

La fuente de Lola Mora: Alude a la célebre Fuente de las Nereidas, instalada en la avenida Costanera, obra de Lola Mora, escultora nacida en Tucumán en 1866 y fallecida en Salta en 1936.

DOÑA MARIQUITA (*disimulando su fastidio con una sonrisa*). — ¡Y, lo mismo no más, hijita!... Es por lo mismo. Continúa el duelo por el cordero. ¡Yo no sé!...

CELIA (*llevándose una mano al estómago*). — ¡Oy!...

MARÍA AMALIA (*riendo al ver el ademán de la niña*). — ¡Ja, ja! ¡De veras, que va a concluir por hacer que nos haga mal el asado!... ¡Ja, ja!...

DOÑA MARIQUITA (*nerviosa*). — ¿Verdad? Por eso es que le he dicho que si va a continuar así no venga más al comedor... ¡Qué fastidio! ¿No?... Les aseguro que no me explico...

YO (*al ver el disgusto sincero de la anciana*). — ¡Vamos, doña Mariquita! No se aflija así, que no vale la pena...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Pero cómo no me voy a afligir, hijito, si es ridículo, si es algo nunca visto!... Yo...

GRACIELA (*que se empolva cuidadosamente su mona naricita*). — ¡Y diga, abuela, que por suerte todos son de confianza!...

MARÍA AMALIA. — ¿Será enferma?...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Enferma?... Pero no, hija, ¡qué esperanza!... Es la muchacha más sana y más alegre del mundo... Por eso es que no sé...

YO (*con aplomo*). — Yo ya sé lo que es. ¡Esa chica es un fenómeno!...

MARÍA AMALIA (*entre enojada y despectiva*). — ¿Y eso?

YO. — Cálmese, mi capitán, voy a explicarme rápidamente... Quiero decir que esa muchacha constituye un raro caso de excepción dentro de lo que yo llamo "idiosincrasia gastro-emotiva del bello sexo"...

MARÍA AMALIA. — ¿Qué dice?...

VARIAS. — ¡Oy, qué disparate!...

CELIA (*tras el breve compás de silencio que sobreviene, en voz muy baja y con expresión de gran esfuerzo mental*). — ¿Idiosincrasia gastro-emotiva del bello sexo?... ¡Pst!...

YO. — ¡Justamente!...

MARÍA AMALIA. — Lamento mucho lo ocurrido, pero ya ve que su chiste ha fallado porque nadie lo ha entendido.

YO. — Perdone, señorita... pero yo no he dicho chiste alguno... Al contrario; he dicho algo muy serio y que, como ustedes verán, fundan y autorizan conocimientos en psicología femenina...

MARÍA AMALIA. — ¡Ah!... ¿Va a explicar?...

YO. — ¿Si ustedes me lo permiten?...

MARÍA AMALIA. — Yo... Si no hay más remedio...

YO. — Gracias. Pues resulta, distinguidas señoras y señoritas, que aquí, donde ustedes me ven, tan modesto; yo he tenido el alto honor de descubrir primero y de estudiar después, cierta curiosa característica del alma femenina, que parece imposible haya podido escapar a observadores tan sagaces, como Ovidio, Balzac y Paul Bourget...

MARÍA AMALIA. — ¡Qué interesante debe ser eso!...

YO. — ¡Interesantísimo, mi capitán!... Bueno; y a la manera como lo hacía mi ilustre colega el autor de "Fisiología del matrimonio", he concretado mi observación en el siguiente axioma: "Toda mujer, dueña de un animalito comible, sucumbirá fatalmente a la tentación de devorarlo, dentro de un plazo más o menos breve..."

VARIAS. — ¡Oy!...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Y dale!...

MARÍA AMALIA. — ¡Qué pavada!...

YO. — ¡Sí, distinguidas amigas; pato, paloma, pavo, gallina, cordero, lechoncito o lo que fuere, siempre el final del desdichado será el mismo: ¡la cazuela!...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Qué bueno!... ¿Y qué ibamos a comer, entonces, hijito?... Los animales han sido hechos...

YO. — Perdone, doña Mariquita, ya sé, los animales han sido hechos para ser comidos por nosotros, como lo hemos sido nosotros para ser comidos por los tigres; pero es el caso que yo no me refiero a los animales en general, sino a esos encantadores animalitos que se crían en las casas entre caricias y mimos y a los cuales se les pone nombre y adorna el cuello con cintitas...

DOÑA MARIQUITA (*riendo*). — ¡Qué bueno! Este pícaro lo dice por lo de Blas; pero bien sabe... (*sería ya*) ... bien sabe que no hay nadie más sensible que yo, ni más cuidadosa para con los animales domésticos. Mis gallinas...

Yo. — Ya lo sé, ya lo sé, doña Mariquita, pero es que yo no hablo de cuidar, yo hablo de comer... así: "¡miau, miau!..." de esa terrible tentación que asalta a las mujeres cuando sus protegidos comienzan a redondear sus formas!

DOÑA MARIQUITA. — Pero, hijo, ¿y la necesidad?...

Yo. — ¡Ta, ta, ta!... ¡La necesidad! Si fuera así, no diría una palabra, doña Mariquita; pero es que yo elimino todo caso más o menos justificable y sólo me refiero a aquellos, en que el delito aparece en toda su desconsoladora desnudez. Miren; hay que convencerse. En esto, los hombres somos unas monadas al lado de ustedes las mujeres... De cien hombres a quienes se regale un cordero, noventa y nueve se lo comerán ese mismo día o el siguiente a más tardar; cincuenta, lo dejarán abandonado y sin una caricia hasta el momento en que les convenga sacrificarlo, y uno solo, quizá, y quién sabe por qué circunstancia; se encariñará con el pobre bichito y una vez encariñado ya no lo sacrificará nunca, a lo menos por simple golosina...

VARIAS (*en son de duda*). — ¡Ah, ah!...

Yo. — ¡Sí señor! ¿Y en cambio ustedes las mujeres, qué me cuentan? De cien, las cien lo besarán, lo acariciarán, le pondrán los más lindos nombres; pero de las cien, no habrá una sola, que al cabo de cierto tiempo, no concluya por comérselo con sus nacarados dientecitos...

TODAS (*riendo*). — ¡Ja, ja! ¡Qué bueno!...

Yo. — Sí, distinguidas amigas; pollo al cual un hombre llegue a tomarse la molestia de componerle una pata; pollo que tiene asegurada su ancianidad... pero pollo, conejo, perdiz "u" lo que fuere, que se duerma en sus laureles, porque una vez en grave trance, lo auxiliaron unas dulces manos de mujer... ¡está bien frito el pobre!... ¡Ah, ah! Un mal día sobre-

viene la crisis y... ¡zas! "violín!! para Blas, para Periquito o como se llame... ¡Ah, ah!...

MARÍA AMALIA. — ¡Esas son pamplinas!... ¿Me he comido yo al "León", quiere decirme?

Yo. — ¡Pero qué diabla es usted! El "León" es un perro y los perros sólo son comidos en China, a menos que yo no sepa...

MARÍA AMALIA. — ¡Bah!...

Yo. — "¿Bah?..." ¡Miren!: Y es tan absoluta para mi ciencia y experiencia la regla, en lo que se refiere a esa simpática aptitud femenina, para comerse a sus protegidos; que el caso de esta muchachita inconsolable ante un cordero asado; me desorienta de veras y me hace pensar en una aberración, en una monstruosidad... psicológica...

TODAS. — ¡Oy! ¡Qué disparate!

Yo. — Sí, amigas, sí; lo lamento mucho, pero no puedo retirar ni una sola letra: esa chica es un monstruo, un verdadero monstruo...

IV

Me voy porque se viene una tormenta bastante seria y el camino es largo y malo... La noche está obscurísima, y como las muchachas acaban de cerrar el comedor, para defenderlo de una formidable invasión de "cotorritas";[1] no se ve otra luz, en todo el patio, que aquella amarillenta, que escapa por la puerta de la cocina.

Yo (*mirando hacia la luz*). — ¡Pobre!... ¿Qué estará haciendo? ¡Vaya un porvenir el que la espera, en su condición y con semejantes ternuras! No sé... pero me hubiera gustado verla antes de irme, verla y decirle alguna cosa honrada y buena... Sí... ¿Pero con qué pretexto? ¿Qué tengo que hacer

1 *Cotorritas*: Insectos.

yo, en la cocina?... ¡Ah! ¡Ya sé!... Le voy a preguntar si ha visto mi látigo que está allí sobre el banco... (*allegándome resuelto a la puerta de la cocina y asomándome al interior*): ¿Anita, no ha visto por casualidad, mi lá...?

Pero no pude terminar la frase: De pie ante la blanca mesa de pino y de cara a la luz de la lámpara; la niña, siempre llorando, chupa, golosamente, un "caracú" de su amigo...

HOMBRES Y TEROS

En el corredor de la casaquinta de doña Mariquita Vélez, viuda de Riera, su anciana y grande amiga, a la hora más hermosa de una bella tarde de estío.

MARIO (*que acaba de llegar de visita y que advierte una vaga expresión de descontento en el rostro de la vieja dama, de ordinario tan bondadoso y calmo*). — ¡Carambal... ¡Carambal... ¡Qué me le habrán hecho hoy, a doña Mariquita, esas pícaras!...

DOÑA MARIQUITA (*sonriendo confundida y tratando de disimular su disgusto*). — ¿Yo?... ¿A mí?... ¿Por qué, Mario?... Las chicas se han ido todas a lo de Adriana...

MARIO (*que sonríe también y la mira con gesto picaresco*). — ¡Ah!... ¡Yo no me equivoco, doña Mariquita!... "para un viejo una niña siempre tiene el... etcétera"... Usted no está contenta hoy... ¿Qué le han hecho?... ¿Qué ha ocurrido?... ¡Sea buenita!... ¡Cuénteme, por favor!...

DOÑA MARIQUITA (*entre seria y risueña*). — ¡Qué loco!... ¡Pero... nada, Mario; le aseguro!...

MARIO (*siempre bromeando y siempre en tono de mimo infantil*). — ¿Doña Mariquita está triste porque se ha quedado sola, verdad?... ¿Porque la han abandonado esas ingratas de muchachitas modernistas, que no pueden estarse dos minutos en el mismo sitio?... ¿Acerté?...

DOÑA MARIQUITA (*dejando de lado su labor, quitándose los lentes y en tono confidencial ya*). — No, no; verá... (*llamando a la criada*). ¡Generosa!...

LA VOZ DE GENEROSA (*que, de acuerdo con la tesis de los hermanos Quinteros*[1], *en "Amores y amoríos"; debe ser una mujer extremadamente fea*). — ¡Allá voy, señora!...

MARIO (*con aire sorprendido*). — ¿Cómo, doña Mariquita?... ¿Ha cambiado de fámula?... ¡Y el portento aquel de Anita?...

DOÑA MARIQUITA (*deteniéndole con un ademán de su blanca y marchita mano, porque llega la criada*). — Ahora va a ver...

GENEROSA (*una ruda mujerona, más fea aún que su voz*). — ¿Mandaba?

DOÑA MARIQUITA (*a la criada*). — Sí, Generosa... (*a Mario*). ¿Qué tomaría, Mario?... ¿Un refresco?... ¿Un helado?...

MARIO. — Yo nada, doña Mariquita, si me perdona...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Té?... ¿Café?... ¿Un matecito, verdad?...

MARIO (*que no desea otra cosa*). — No... Bueno, doña Mariquita; ya que usted se empeña, como dicen los gauchos...

DOÑA MARIQUITA. — Eso es... (*a la criada*). Vea, Generosa; va a cebarle al señor un matecito amargo...

GENEROSA. — Sí, señora...

DOÑA MARIQUITA. — Bien cebadito, ¿no?

GENEROSA (*virando "por avante" con la lentitud de una fragata "empalomada", con viento escaso*). — Sí, señora, sí...

MARIO (*con sorna y una vez que la criada se ha alejado un tanto*). — Es menos linda que Anita, ¿verdad, señora?...

DOÑA MARIQUITA (*después de reprimir una sonrisa*). — ¡Anita!... ¡Anita!... ¡No sabe el disgusto que me ha proporcionado "su" Anita!...

MARIO. — ¡Oh!... ¿Cómo así, doña Mariquita?...

1 *Los hermanos Quintero*: Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, comediógrafos andaluces de amplia labor en el teatro costumbrista.

DOÑA MARIQUITA (grave). — Sí... y era de ella de quien quería hablarle, precisamente...

MARIO. — ¡Ah!... ¿Sí?...

DOÑA MARIQUITA (*con amargura*). — Sí, m'hijito. Usted sabe lo mucho que la queríamos, lo bien que la tratábamos...

MARIO (*cortésmente convencido*). — Sí, doña Mariquita, sí...

DOÑA MARIQUITA. — Una muchacha cuyo padre está en la cárcel, cuya madre no se cuidó nunca de su hija, porque, sin duda, tenía otras cosas más interesantes de qué ocuparse... ¿Me comprende, Mario?...

MARIO. — ¡Al vuelo, doña Mariquita, al vuelo!...

DOÑA MARIQUITA (*las blancas mejillas levemente coloreadas por la sincera indignación que siente*). — Bueno... ¿Creerá usted que se me ha ido la muy ingrata, que se me fue hace una semana?...

MARIO. — ¡Oy!... No sabía... ¿Y cómo?... ¿Y por qué, doña Mariquita?...

DOÑA MARIQUITA (*despechada y sarcástica*[1]). — ¿Y?... Porque seguramente era yo la única persona que no le había hecho mal en su vida; porque estaba tratando de hacerla gente...

MARIO. — Perdone, doña Mariquita, pero... ¿Cómo se fue? ¿por qué se fue?... Mire que hay maneras y razones diversas... ¿Qué dijo? ¿qué argumentó?...

DOÑA MARIQUITA (*con excitación*). — ¿Y?... Argumentó que estaba cansada de ser sirvienta, que una tía... ¡Qué sé yo!...

MARIO (*acariciándose la barbilla*). — ¡Ah, ah!

DOÑA MARIQUITA. — ¿Qué le parece?...

MARIO. — ¡Me parece muy mal, doña Mariquita!...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Ha visto? (*tras una pausa*). ¡Oh!... No tienen sentimientos; parecen animales... (*interrumpiéndose un tanto cohibida*). ¿Qué?... Mario... ¿De qué se ríe?...

MARIO (*sonriendo*). — Perdone, doña Mariquita... De nada... Es que me acordé de una cosa...

1 *Sarcástica*: Con ironía marcada y amarga.

DOÑA MARIQUITA. — ¿Una cosa?

MARIO. — De un espectáculo, mejor dicho, doña Mariquita, de una escena entre animales que me tocó presenciar no hace mucho y cuyo recuerdo me acude a la memoria, cada vez que alguno, como usted ahora, hace alusión a la falta de sentimientos nobles en las bestias...

DOÑA MARIQUITA (*sinceramente*). — No comprendo, Mario...

MARIO. — Quiero decir, doña Mariquita, que hace poco, un animal, me ofreció un ejemplo de ternura tan inesperado y conmovedor que...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Un animal?

MARIO. — Sí, señora... Y no doméstico, por cierto, y es por eso, que desde entonces, cada vez que oigo repetir esos dichos tan comunes, como: "Parecen animales"... "Son como animales", etcétera, me resulta una verdadera injusticia...

DOÑA MARIQUITA (*inquieta*). — Pero... ¡Hijito!... Eso siempre se ha dicho; todo el mundo lo dice... Yo no lo he inventado...

MARIO (*riendo*). — ¡Claro que no, doña Mariquita!... Usted, como es "natural", no hace más que repetir "lo que se dice".

DOÑA MARIQUITA. — ¡Claro! (*advirtiendo entonces la malicia que juega en la frase*). ¡Ay!... ¡Qué zonza!... ¿A que se trata de alguna broma como la del otro día, de alguna locura suya, verdad?...

MARIO (*muy grave*). — No, señora... ¡Absolutamente!...

DOÑA MARIQUITA (*meneando la cabeza*). — Entonces no entiendo, hijito...

MARIO. — Ahora va a entender, doña Mariquita...

DOÑA MARIQUITA (*temerosa de que empiece a decir disparates*). — Bueno; pero... Espérese un momentito, Mario, que ahí viene la sirvienta con el mate y...

MARIO. — ¿Y qué, doña Mariquita?

DOÑA MARIQUITA (*mirándole con intención*). — ¡Nada, Mario, nada!

MARIO (*que sospecha el motivo de la inquietud de la dama*). — Pero... ¡Si es en serio, doña Mariquita!... ¡Por esta cruz se lo juro!...

DOÑA MARIQUITA (*irreductible*). — Sí, m'hijito, sí...

SIRVIENTA (*a Mario, alargándole el mate*). — ¡Sírvase!...

MARIO (*distraído*). — ¡Ah!... ¡Gracias, tesoro!... (*a doña Mariquita, que se pone colorada*). ¡La cosa más seria, doña Mariquita!...

SIRVIENTA (*que no oyó, sin duda, más que las gracias*). — ¡Usted las merece!...

DOÑA MARIQUITA (*a Mario y en tono de blando reproche*). — ¿No ve?...

MARIO (*con su idea*). — ¡Le juro, doña Mariquita, que es la pura verdad, que es de lo más serio y decente, que puede oírlo hasta un niño recién nacido!...

DOÑA MARIQUITA (*tomando de nuevo su labor y entre risueña y resignada*). — Bueno... ¿A ver?...

MARIO (*con brios*). — Verá, doña Mariquita: ¿Usted sabe que yo tengo un tero? [1]...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Un tero?

MARIO (*a la criada, devolviéndole el mate*). — ¡Tome, tesoro, está muy rico! (*a doña Mariquita*). Sí, un tero, doña Mariquita, un vulgar tero criollo; un "vanellus cayenensis", como dicen los "bichólogos"...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Ah!... ¿Sí?

MARIO. — Sí, doña Mariquita, un magnífico tero que me trajo... no sé quién de... no sé dónde... Le aseguro, señora, que era entonces el tal tero una verdadera desdicha, una porquería de terito enteco y derrengado, que no sabía otra cosa que gritar como un infeliz... ¡Ah, ah!... ¡Pero después!... ¡Lo viera, doña Mariquita!... A fuerza de comer carne cruda y de hacer lo que le daba la gana, se convirtió bien pronto en un gran tero; mejor dicho, en un terazo, en un verdadero príncipe de los "vanellus cayenensis"... Fuerte, hermoso, lustroso;

1 *Tero*: Ave zancuda; la caracteriza su grito vigilante.

atrevido como cualquier sinvergüenza; y además, valiente como las armas... ¿A él las gallinas?... ¡Ah, ah!... ¿A él los gatos de la vecindad?... ¡Historias!... doña Mariquita... No hay clueca que se le atreva, ni gato malevo al que no saque "carpiendo", ¡palabra de honor! (*a la criada, tomándole el mate, que ésta le alarga silenciosamente por la espalda y rozándole una oreja*). ¡Ah!... ¡Gracias, tesoro!...

DOÑA MARIQUITA (*que advierte la estupefacción de la mujerona, por decir algo*). — ¿Está bueno, Mario?

MARIO (*sorprendido*). — ¿Quién?... ¿Cómo, doña Mariquita?...

DOÑA MARIQUITA. — ¿El mate?...

MARIO. — ¡Ah, sí, doña Mariquita! ¡Está riquísimo!... Bueno; como le decía, el tero, mi gran tero... ¡Viera qué habilidad tiene, el muy sinvergüenza, para cazar lombrices!... ¡Ah, ah!... Se pasea, se pasea, muy erguido, abombando el negro pecho luciente y el ojo avizorador como un buen "policeman",[1] hasta que en algún lugar del terreno su instinto o su ciencia descubren o sospechan la presencia subterránea de una lombriz, del mismo modo como un gaucho baquiano descubriría la existencia oculta del agua y... ¿Sabe usted, doña Mariquita, lo que hace entonces el pícaro?

DOÑA MARIQUITA (*ingenuamente*). — No...

MARIO. — Pues, señora mía, ahí no más inicia mi gran tero, una suerte de "charleston"[2] con sus moradas patitas, para inmovilizarse casi en seguida como una estatuilla de tero por espacio de algunos segundos y hundir después velozmente hasta los ojos, en la tierra húmeda; el largo y afilado pico y comenzar a tirar y a tirar, extrayendo lentamente la sonrosada lombriz que ha capturado con seguridad asombrosa!... ¡Ah!... y lo más interesante es, cómo sabe el muy pillo, graduar su fuerza para no cortar la presa, que se alarga a la tracción como si fuera un elástico... ¡Palabra... doña Mariquita!...

1 *Policeman*: En inglés: policía.
2 *Charleston*: Danza distorsionante, muy popular en Estados Unidos en la década de 1920 a 1930.

A usted o a mí, estoy seguro, que se nos cortaría la lombriz... A él nunca, señora; sabe tirar tan sabia y mañosamente de ella, como tira de su línea el más hábil pescador de bogas...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Qué interesante! ¿No?

MARIO. — ¡Palabra de honor, doña Mariquita!

DOÑA MARIQUITA. — ¡Oh!... Lo creo...

MARIO. — ¡Bueno!... Como le decía, doña Mariquita; a este tero, a este animalito semisalvaje, le debo una emoción de ternura que pocas veces me han proporcionado mis semejantes...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Ya sé!... ¡Puso un huevo!...

MARIO (*un poco contrariado*). — No, señora!... ¡Qué huevo!... ¡Si es un tero macho!...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Ah!...

MARIO. — ...¡Macho, solterón e hipocondríaco!

DOÑA MARIQUITA. — ¿Sí?

MARIO. — Sí... Ahora va a ver: Resulta que aquel día, que aquella noche. ¡Ah... doña Mariquita!... ¡Yo había tenido una tarde mala!...

DOÑA MARIQUITA (*con urbano interés*). — ¿Sí?...

MARIO. — Sí, y... no, señora, ahora que pienso mejor... En realidad, no me había ocurrido nada malo, nada catastrófico; pero, usted sabe... toda una serie de pequeñas cosas desagradables, de esas cositas que aisladamente no tienen importancia, pero que en fila india, concluyen por reventarlo al cabo a uno y hacerle desear irse ligerito a la cama, para cerrar el día cuanto antes y evitarse algo peor...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Eso es cierto!

MARIO. — ¿Ha visto?... Bueno; como le decía, doña Mariquita; me habían resultado muchas cosas mal, ese día. Los semejantes entre quienes busqué distracción, en lugar de proporcionármela me intoxicaron más de lo que estaba, ya hablando pestes los unos de los otros, ya llorando sus miserias, ya sudando sus rencores y, para colmo, a última hora, un complaciente que se empeñó en acompañarme hasta el portal de mi casa —hacia la cual me retiraba en franca derrota espiri-

tual a eso de las cuatro—, halló manera de relatarme, a modo de golpe de gracia; no sé qué miserable historia, de no sé qué pobrecita huérfana, a quien cierto sujeto, al parecer tan vil como influyente; había hecho arrojar de un empleo, a duras penas conseguido, porque... porque la muchacha no había querido ceder a sus requerimientos amorosos...

DOÑA MARIQUITA. — ¿No diga, Mario?... ¡Oh!... ¡Qué horror!...

MARIO. — ¡Sí, señora! Una de esas monstruosas infamias, que, ciertas o inventadas, oímos relatar con frecuencia, pero que, en virtud de especiales situaciones de ánimo, unas veces nos hacen peor efecto que otras... ¿No?...

DOÑA MARIQUITA. — Es cierto...

MARIO. — Bueno, doña Mariquita; como le decía, fue en una situación de espíritu muy desfavorable, que entré en mi domicilio, aquella fría madrugada; e iba atravesando el hall,[1] cuando me sorprendió un ruido de pasos, allá por el fondo lejano del obscuro patio. "Debe ser un raspa[2] —pensé casi resignadamente—; debe ser lo que me faltaba para completar el día"...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Oy!... ¡Jesús!... ¿Y qué era, Mario?

MARIO. — Nada, doña Mariquita; o mejor dicho, algo... Era Abelardo, mi criado, que se había levantado a hora tan temprana, porque tenía que pedirme licencia para concurrir a un picnic que daban, no recuerdo en dónde, Los Enamorados de la Brisa; importante asociación recreativa, de la que, según parece, tiene el honor de ser vicepresidente segundo...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Abelardo se llama su criado?... Yo conocí...

MARIO. — Sí, señora, Abelardo se llama, y de esto estoy más seguro que de lo otro...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Lo otro?

1 *Hall*: En inglés, vestíbulo.
2 *Raspa*: Reprimenda. Visitante perjudicial.

MARIO. — Sí, doña Mariquita. Quiero decir que, aunque yo suelo llamarlo criado, "muy suelto de cuerpo",[1] no podría afirmar, en rigor de verdad, si en el hecho es él mi criado o yo lo soy suyo...

DOÑA MARIQUITA. — No comprendo, Mario...

MARIO. — Ahora verá, doña Mariquita: Este Abelardo que, aunque medio contrahecho y casi analfabeto, "estudia" para elegante; se conoce la genealogía de todos los caballos de carrera, y ha obtenido ya dos premios en concursos de tango y de "charleston"; me vino, hará dos años, como secuela o consecuencia de cierta mendiga muy viejecita...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Pobre!... ¿No?

MARIO. — ¿Quién, doña Mariquita? ¿Yo?...

DOÑA MARIQUITA. — La viejita...

MARIO. — ...¡Ah! Bueno; me vino como le decía, de una viejecita mendiga, que desde hacía larguísimo tiempo llegaba a casa todos los sábados, al principio en procura de algunas monedas, y después de cuanto caía al alcance de sus cansados ojos; hasta que una tarde, no hallando, sin duda, ya qué pedir, me soltó con su voz plañidera de profesional, esta grave solicitación: "¿No podría yo, que era tan bueno, tomar a mi servicio a un su nieto, que, aunque era una perdición de muchacho, tal vez conservase —como las manzanas en apariencia totalmente podridas— algún pedazo aprovechable?"... Yo le asignaría un modesto sueldo y de postre me encargaría de la grata tarea de corregirlo, de educarlo y de hacerlo un hombre útil para la sociedad... ¡Y, qué quiere, doña Mariquita!... Yo nunca he sentido inclinaciones pedagógicas; pero desde la cuna me enseñaron aquello de que hay que ser caritativo con los pobres y, además, había protegido tantos años a la abuela... que no me atreví a negarme, y, en tal orden de ideas ya, pensé en la clase de ocupación remunerada al alcance de mi bolsillo —no del bolsillo de Fisco[2], como es lo común en este género de protecciones—, y pensando, pensando, hallé al cabo, que el inquie-

1 *Muy suelto de cuerpo*: Con seguridad. Audaz.
2 *Fisco*: El Estado, en su aspecto económico.

tante nieto de la limosnera, tal vez pudiera avenirse a la tarea de cuidar mi caballo alazán, que usted conoce, doña Mariquita, y sabe en cuánto estimo...

DOÑA MARIQUITA. — Sí... ¡Cómo no!...

MARIO. — Bueno; usted sabe también, doña Mariquita, que yo soy un hombre de muy limitados recursos económicos, y que mi independencia resulta más, que de la cuantiosidad de mis rentas, de la severidad espartana con que sé ceñirme el chaleco... ¡Bueno!... ¿Qué sueldo podía ofrecerle, pues, al nieto de la limosnera (mozo en peligro de perdición absoluta), además de casa, comida, educación, instrucción, etcétera; por la tarea de cuidar mi caballo?... No gran cosa, ¿verdad?...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Claro!...

MARIO. — Bueno, doña Mariquita; en la última y solemne entrevista que celebramos con la anciana mendiga; antes de conocer yo al que iba a ser mi doméstico; se convino con facilidad por ambas partes, en que el joven Abelardo; recibiría treinta pesos mensuales, amén de casa y comida, como ya dije, y amén del compromiso moral de corregirlo y educarlo, para que se convirtiese en un hombre de provecho. Ahora bien; aunque en esa misma conferencia quedó concertado, asimismo, que el mozo se presentaría al día siguiente, no ocurrió tal, sin embargo... El nieto de la limosnera, retenido sin duda por graves preocupaciones, compareció recién, una semana más tarde, y en un estado de abandono en cuanto al físico e indumento, que era como para asustar al caballo que debía atender con sus servicios... ¡Usted no puede imaginarse, doña Mariquita, qué suciedad más atroz, qué pelambrera más larga y alborotada, qué camiseta a rayas más agujereada y qué chancletas!...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Un verdadero atorrante?

MARIO. — Usted lo ha dicho, doña Mariquita. ¡Un verdadero atorrante de tiempos idos!...

DOÑA MARIQUITA (*riendo*). — ¡Qué bueno!... ¿No?...

MARIO. — Es la verdad, doña Mariquita... Bueno; pero haciéndole gracia de otros detalles, como de la mayor parte de

nuestra conversación, le consignaré tan sólo los puntos más importantes de esta última: "¡Vamos a ver!... ¿Qué sabe usted hacer, amigo?" Abelardo me miró un momento oblicuamente, escupió con elegancia y al cabo respondió con un despectivo alzamiento de hombros:

—¿Yo?... ¿Y, qué quiere que sepa?...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Qué guarango!... ¿No?...

MARIO. — ¿Ha visto, doña Mariquita?... Yo no soy amigo de tutear a la gente; pero al verlo tan guaso, "ahí no más", como dicen los gauchos, ya le perdí el respeto: "¡Qué monada eres!" exclamé. ¿Pero supongo que, por lo menos, sabrás cuidar un caballo?... "Y, si me enseña, por qué no..." Fue la respuesta, y yo, como es natural, al verle tan decidido, me apliqué a explicarle minuciosamente cuáles serían sus tareas. No pareció en extremo desagradado, después de escucharme con alguna atención; pero, me pidió que le adelantara un par de meses de sueldo, para poder vestirse en forma presentable. "¿No ve que estoy hecho un reo?" Dijo tocándose la camiseta a rayas encarnadas y alargando un pie como para que yo pudiera darme cuenta de la verdad de su afirmación. Más adelante se lo descontaría...

Y se vistió, señora; se vistió con un insolente terno gris-perla, cruzado, unos zapatos "alazanes" [1] acribillados de agujeritos, sombrero de paja, corbata cuadriculada, medias ídem y un pañuelo de seda color lila, lánguidamente colgado del bolsillo de pecho... E inútil me parece decirle, doña Mariquita, que en los dos años que hace que está conmigo, todavía no le he podido descontar a Abelardo aquel adelanto de sueldos; que ha mediado un indulto [2] a raíz de cierto "sucio asunto" de unas bolsas de maíz que no comió mi caballo y que figuraron, no obstante, en la cuenta del proveedor; que mi criado ha hecho enormes progresos en cuestión de elegancia y refinamiento personales, que sigue a pesar de mis constantes admo-

1. *Alazán*: En el texto, zapatos amarillos, por alusión al pelaje del caballo.
2. *Indulto*: Facultad de perdonar o conmutar penas.

niciones, diciendo "haiga", y "deande", y "el diagonal" y "me dea", y... que si yo se lo consintiera, sería capaz de encargarme que lo despertara a hora determinada para concurrir a alguna fiesta...

DOÑA MARIQUITA (*filosóficamente*). — ¿Ha visto? Así son...

MARIO. — ¿Ha visto?... Bueno, doña Mariquita; hecha la presentación de mi criado, volveremos a la madrugada aquella en que el mismo me estaba aguardando, para pedirme licencia a los efectos de ausentarse durante todo el día... "¿Y para eso te has levantado a esta hora? —le pregunté, y agregué en seguida con reproche—: ¡Para ir a ver a tu abuela, no demuestras esa actividad!... ¿A que no fuiste anoche tampoco?..." "No tuve tiempo... —me replicó—. ¡No tuve tiempo!..." "¿No sé qué tenías que hacer?..." "Y... tenía 'de' planchar el 'traje'..."

Y a continuación se puso a explicarme, que se había levantado tan temprano, no solamente para pedir licencia, sino también porque debería tomar el primer tren de la mañana...

DOÑA MARIQUITA (*con sorna*). — ¡Ah!... ¡Naturalmente!...

MARIO. — Bueno, doña Mariquita; como a mí me han enseñado también desde la cuna, que debemos ser considerados y bondadosos con los que nos sirven, no tuve más remedio que responderle que se fuera no más al picnic, al campo, al mar o a la montaña, y tras esta demostración de carácter, me metí en mi cuarto, en donde, después de encender la luz, me puse ceñudo ante el espejo, a comenzar mi "toilette" [1] nocturna; y en eso estaba, doña Mariquita, cuando "cata ahí" [2] que se presenta de nuevo mi criado.

—¡Ah!... Me olvidaba —comenzó, y yo me alarmé un poco al oírle, creyendo que quizá fuese a rectificar su anterior pedido diciendo, por ejemplo, que el permiso no era para un picnic, sino para ralizar un viaje en el "Conte Verde".[3]

Por fortuna, tan sólo se trataba de "asuntos del servicio"... "Me olvidaba —repitió, mirando de reojo, en la luna del espejo,

1 *Toilette*: En francés: higiene personal.
2 *Cata ahí*: Ve ahí.
3 *Conte Verde*: Transatlántico italiano de ese nombre.

el efecto que hacía su pañuelo lila, colgante, como una torcaza muerta, del bolsillo de pecho de su saco gris-perla—. Anoche 'trajieron' unos bichos..."

—¿Unos bichos?...

—Sí, unos teros... El viejo ese, que sabe venir del campo en ocasiones...

—¿Don Pedro?

—¡Ah, ah!... Lo estuvo esperando una punta e tiempo...

—¡Está bueno!... ¿En dónde los pusiste?... ¿Son grandes o chicos los teros?

—Ahí están en una canasta... Son chiquitos y pa pior todos entecaos...

—¿Y por qué no los soltaste en el jardín?

—¿Pa qué? ¿Pa que los mate el otro?... ¿No sabe cómo son de malos entre ellos, los animales?...

Yo me quedé un instante en silencio, mientras mi criado volvía a observar de soslayo los efectos de su pañuelo. Al cabo preguntó él:

—¿Y qué quiere que haga con los teritos?... ¿Ande los pongo?...

Se veía a las claras, que el hombre deseaba desentenderse cuanto antes de aquel molesto asunto, para poder marcharse a su paseo, y entendiéndolo así, me limité a decirle con cierto desabrimiento:

—Déjalos ahí no más, en la canasta... Ahora veré yo...

—¡Ah!.... ¡Bueno!... —fue su alegre respuesta—. Hasta luego, entonces...

—Hasta luego...

—¿Cierro o dejo abierto?

—Deja abierto...

DOÑA MARIQUITA (*ingenua*). — ¿Y se fue?...

MARIO. — ¡Claro que se fue, doña Mariquita! ¿No recuerda usted que tenía que concurrir al picnic de Los Enamorados de la Brisa?...

DOÑA MARIQUITA. — Sí... ¿Pero los pobres animalitos, digo yo?

MARIO. — ¿Los pobres animalitos?... En la canasta, señora... Recuerde usted, que la abuela de Abelardo, también estaba sola, allá, en la canasta de su cuartucho, sola y además enferma, sin que el vicepresidente de Los Enamorados de la Brisa, se preocupase en lo más mínimo.

DOÑA MARIQUITA. — ¡Qué sinvergüenza!... ¿No?...

MARIO. — ¿Ha visto?

DOÑA MARIQUITA. — ¿Y después, Mario?

MARIO. — Y después, doña Mariquita, después yo me quedé un rato ante el espejo; no vaya a creer que entretenido en mi propia contemplación, sino que pensativo y hosco: ¡Caray!... Aquella historia de la muchacha arrojada de la oficina, ese canalla de Abelardo que no había ido a ver a la abuela, esos pobres teritos encerrados en la canasta y ese otro tero feroz, que los aguardaba para hacerles pagar duramente su debilidad y desamparo... ¿Usted habrá observado, doña Mariquita, que hay días en que el mundo y la vida parecen más cochinos que de ordinario?... ¿No?...

DOÑA MARIQUITA. — Es verdad...

MARIO. — ¿Ha visto?... Bueno, doña Mariquita; sucedió que era casi de día ya, cuando me resolví por fin a ir a arreglar aquel negocio de los teros, de que acababa de enterarme mi criado... Estaban los pobres en la cocina y encerrados, como ya dije, en una canasta, dentro de la cual rebullían con ruidillos inquietantes de rata que merodea por inaccesibles rincones; y, como me lo había anunciado Abelardo, eran unas verdaderas miserias de animalitos; ariscos, entumecidos y entecos, que con el fresco de la madrugada, piaban y tiritaban que era una compasión...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Animalitos de Dios!...

MARIO. — ¿Ha visto, doña Mariquita?... Arrancados del calor del nido, de allá de quién sabe qué remoto "limpión" [1] de bajo, para ser metidos en la grosera canasta y traídos después

1 *Limpión*: Descampado, espacio libre.

a una ciudad populosa, para obsequiarlos a un zángano cualquiera, porque una vez dijo que a él le gustaban los teros...

DOÑA MARIQUITA. — Sí, pero para ser bien cuidados...

MARIO. — ¡Qué "bien cuidados", doña Mariquita!... ¿Cree usted que alguno podía cuidarlos mejor que la madre?...

DOÑA MARIQUITA. — No; pero usted...

MARIO. — Perdone, doña Mariquita; sí, yo... pero bien poca cosa, sin duda... ¿Ponerlos en el jardín, verdad?... ¿Darles de comer todos los días?... ¿Defenderlos de las asechanzas de los gatos de la vecindad, de la persecución del tero grande, que haría lo posible por hacerles daño y que, como buen animal que es, no podía abrigar con respecto a ellos, ninguno de esos nobles y naturales sentimientos que adornan el corazón humano y que a cada rato vemos exteriorizados, como en el caso de la chica destituida de su empleo o del abandono que hace Abelardo de la abuela enferma?...

DOÑA MARIQUITA (*riendo*). — ¡Oh!... ¡Ya empezó!...

MARIO. — Sí, doña Mariquita, los teritos, piantes y estremecidos de frío, necesitaban además, de comida y abrigo, amor... amor de terutero, amor de semejante, y eso, como usted comprenderá, yo no podía proporcionárselo...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Ah!... ¡Claro!...

MARIO. — Bueno, doña Mariquita; pero, como ya estaban en mi poder los pobres y no era posible acostarlos en mi cama, ni dejarlos en la áspera canasta —tan fría como la indiferencia colectiva— opté por llevarlos al jardín, calculando que allí, por lo menos, tendrían espacio para desentumecerse caminando, amén de los beneficios del calor del sol, que no tardaría mucho en presentarse...

DOÑA MARIQUITA (*con grave convicción*). — ¡Muy acertado!...

MARIO. — Bueno; como ya le dije, doña Mariquita, yo no estaba muy bien de espíritu aquella madrugada; estaba un poco resentido con la humanidad... El caso de la pobre muchacha, que después de haber hecho larguísimas antesalas a tanto funcionario y vertido tantas lágrimas incontenibles en

presencia de miradas ya frías, ya conmovidas, ya concupiscentes; [1] acababa de perderlo por defender su honestidad del alevoso [2] y cobarde atropello de un semejante; me había dejado como una sensación de peso en el corazón y, por lo tanto, doña Mariquita, yo le aseguro, que cuando abrí la puerta que da acceso a esa extravagancia medio salvaje a la que llamo "mi jardín", por llamarle de algún modo; el cielo, el aire, los árboles, todo tenía para mis ojos un "no sé qué" de bárbaro y hostil, un "no sé qué" de acecho bestial, que me hizo compadecer una vez más a aquellos pobres bichos, tan débiles, tan pequeños y tan acobardados; que oía moverse dentro de su prisión de la canasta...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Pobres!... ¿No?...

MARIO. — ¿Ha visto?... ¡Bueno!... Inútil me parece decirle, doña Mariquita, que en cuanto toqué el portón, instantáneamente, como de costumbre, mi tero invisible allá lejos, entre los yuyos, me saludó con su bravo y metálico grito de alerta y que apenas oyó el primer y trémulo pío de uno de sus pequeños congéneres, el activo y valeroso centinela de mi jardín acudió a la carrera... ¡Y viera usted, señora, el aspecto que traía!... Al principio me pareció que estaba encolerizado; después, que asustado y por último me convencí de que lo que mi tero experimentaba, era emoción de cortedad, una emoción de cortedad inconfundible... ¡Sí, señora! Mi gran tero solterón y atrabiliario,[3] al ver moverse y al oír piar a los pichones, a los cuales no sé cómo pudo reconocer, pues me lo trajeron muy pequeñito y se crió en el mayor aislamiento; iba y venía y daba vueltas en torno de ellos, tembloroso, encrespado, indeciso; como si los trémulos píos de auxilio que a porfía emitían, le conmoviesen hasta lo más íntimo, como si aquellas débiles vocecillas lloronas le trajeran el recuerdo lancinante, de algún gran bien perdido...

1 *Concupiscentes*: Ávidas.
2 *Alevoso*: Cruel.
3 *Atrabiliario*: Arbitrario.

De pronto, uno de los pichones, más atrevidos, o más necesitado de protección que sus compañeros; se lanzó resueltamente en dirección del gran tero, y los otros dos lo imitaron de inmediato... Lo que entonces pasó, doña Mariquita, fue algo tan raro, que han de ser pocos los que hayan tenido oportunidad de presenciarlo alguna vez. Mi gran tero, al ver aproximarse a los pequeños, no encontró nada mejor que empezar a batirse en retirada, pero sin dejar de dar cara "al enemigo" y emitiendo a la vez, una suerte de apagado y trémulo cacareo completamente impropio de un tero macho de su envergadura. El pobre, ofrecía el aspecto torpe, de una persona corta de genio, que ignora la actitud que le corresponde asumir en un caso determinado. Mi tero trataba de esquivarlos, ya alejándose un tanto, ya dando vueltas en torno de sus perseguidores, ya viniendo hacia mí apresuradamente como para que lo protegiese de aquel asalto cómico, que comprometía su seriedad... Pero resultó, doña Mariquita, que los pichones, acuciados [1] por su necesidad y tomando sin duda por la madre, de cuyo amparo habían sido tan cruelmente arrancados por manos del viejo albañil, a mi tero solterón y misántropo; [2] arremetieron contra él con tal inocente denuedo, que... ¡Viera usted, señora, la figura que hacía, retrocediendo y revolviéndose para evitar que se le colocaran bajo el vientre varonil y entre las moradas y cortas patas!... "¡Ahora no más —pensé—, ahora no más, se enoja y les rompe el alma de un picotazo!..." Pero no, señora; mi tero en vez de enojarse se manifestaba cada vez más conmovido, más tímido, más "abatatado"... ¡Esa es la palabra, doña Mariquita!... El pobre, al sentirse invadido por los pequeños miserables, ofrecía el mismo aspecto que ofrecería un solterón cerril, al que pusieran inesperadamente, un niño recién nacido entre los brazos... Mi tero, miraba indeciso hacia todos lados, y creo que, a no haberlo impedido la negrura de su cara, lo hubiese visto ruborizarse como una

1 *Acuciados*: Impulsados.
2 *Misántropo*: Amigo de la soledad.

damisela; pero los teritos, que no podían comprender de otra cosa que de su urgencia de amparo, arremetieron contra él, con tanto brío, que mi gran tero, después de dirigirme una mirada entre interrogadora y afligida, en la que parecía decirme: "¿Qué hago?... ¡Ya lo ves!", poco a poco comenzó a entregarse, abriendo sus tornasoladas alas —para el caso inútilmente provistas de rojas y agudas púas—, y a esponjarse todo, como una vulgar gallina clueca...

DOÑA MARIQUITA (*alborozada*). — ¡Ah!... ¿Era una tera?

MARIO (*con dolor*). — ¡Qué tera, doña Mariquita!... ¡Era un macho, un machazo, pero un machazo lleno de nobles sentimientos y que, por lo tanto, no podía quedarse impasible ante la solicitación desesperada de sus pequeños semejantes!...

DOÑA MARIQUITA. — ¡Oy!... ¡Qué cosa!... ¿No?...

MARIO. — ¡La pura verdad, doña Mariquita!... El tero macho, el pájaro medio salvaje, que se crió solitario, sin una caricia, sin un halago de sus congéneres y defendiéndose a diario de las otras bestias; sintió el impulso instintivo, indominable de amparo a aquellos desvalidos de su especie que le reclamaban ayuda. ¡Ah, ah!... "¡Como animales!" —dijo usted hoy, despectivamente, doña Mariquita—. "¡Como animales!..." ¡Ah, ah!... Y yo le juro que si desde niño no me hubieran enseñado también, que los hombres no deben llorar, hubiera llorado aquella mañana como una mujer o como un niño, al ver cómo entre las patas del gran tero macho, los pobres teritos se apelotonaban al calor del abrigo, y cómo él, con su cara adusta[1] y su desairada actitud de ignorante, hacía por cubrirlos lo mejor que podía, con sus recias alas armadas de rojas púas...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Curioso, no?...

MARIO. — ¿Ha visto, doña Mariquita?... Yo que tenía ese amanecer, el espíritu amargado por el asunto de la muchacha despojada de su empleo, por la ingratitud de mi criado, que tan grosera y bestialmente abandonara a la viejecita que lo había sido todo para él, y por la situación de los míseros teri-

1 *Adusta*: Muy seria.

tos en tan mala hora llegados, esperaba, como lo más natural y lógico del mundo, que mi gran tero, apenas los viera trataría de hacerles el mayor mal que le fuese posible y... ya ha oído usted, doña Mariquita: ¡Un tero macho, un tero solterón; sin familia, sin educación, sin instrucción ni nada!...

DOÑA MARIQUITA. — Una excepción, hijito, un animal de excepción, como hay también excepciones entre los seres humanos, y si usted observa bien... (*se interrumpe porque la tosca criada atraviesa su gruesa voz, con la grosería rotunda, con que un camión cargado de ladrillos, corta el paso al "Citroen" minúsculo de una señorita*).

LA CRIADA. — ¡Ahí está otra vez esa que pide limosna!...

DOÑA MARIQUITA. — ¿Quién, Generosa?...

LA CRIADA (*con gesto despectivo y repugnado*). — Esa del chico; esa que dice que tiene el marido enfermo...

DOÑA MARIQUITA. — ¿No estuvo ayer, ya?...

LA CRIADA. — ¡Claro que estuvo!... (*llena de mala voluntad hacia la pobre*). ¿Le digo que no hay nada?...

DOÑA MARIQUITA (*con cierta expresión de fastidio y a tiempo que revuelve en su bolsillo*). — ¡Qué cosa con esta gente!... ¡No tengo ni una moneda! (*a la criada*). Vea, Generosa, debe haber una allí, sobre la repisa de la chimenea...

MARIO (*extrayendo apresuradamente algunas monedas de su bolsillo, a doña Mariquita*). — ¡No se moleste, doña Mariquita!... ¡No se moleste!... Aquí tengo yo...

DOÑA MARIQUITA. — ¡No, Mario, no!... ¡No faltaba más!...

MARIO. — Permítame, doña Mariquita... Se lo ruego... (*a la criada, dándole las monedas*). Tome, hijita, haga el favor...

LA CRIADA (*que las recibe, las mira en la palma de la mano y luego fija en el mozo unos ojos de irritado asombro*). — ¿Y le va a dar esto?...

MARIO (*apresuradamente*). — Sí, m'hijita, sí; vaya ligerito... Haga el favor, tesoro...

LA CRIADA (*después de mirar de nuevo las monedas y de consultar a su señora con expresión elocuente; a Mario, pero en*

forma indirecta). — ¡Ah, ah!... Más de un peso, un peso y quince... ¡Y lo buena que ha de ser ésa!... Además, ya vino ayer...

MARIO. — ¡No importa, no importa!... ¡Déselas no más!... ¡Haga el favor!...

LA CRIADA. — Sí, pero...

DOÑA MARIQUITA (*con severidad*). — ¡Generosa!... ¡Vaya no más!...

LA CRIADA (*alzándose de hombros*). — ¡Y!...

MARIO (*sonriendo y después que la criada se ha alejado un tanto, andando tan lentamente como un caracol*). — Al fin y al cabo, aunque hubiera estado ayer... ¿No?... Lo más probable es que esa pícara, haya aprendido ya, hasta a comer todos los días...

Después, como doña Mariquita, inclinada de nuevo sobre su labor, no ve su sonrisa; el mozo se queda por un momento serio y callado, pero cuando la anciana torna a levantar los ojos y a mirarle con su acostumbrada y noble y serena expresión; se apresura a decirle con risueña ironía: "¿Ha visto, doña Mariquita, ha visto?"

CARITAS

Tras largos años de andar divergente, han vuelto a encontrarse en aquella fiesta de caridad, que se celebra en beneficio de los damnificados por una catástrofe, en no se sabe muy bien, qué país remoto...

"Ella" y "Él" tuvieron en otros tiempos "sus cosas"; pero al hallarse de nuevo —Ella casada y Él "solterón impenitente"— pueden, sin embargo, charlar y reír como cordiales amigos, allí donde están, al pie mismo casi, de la monumental escalera, que decoran plantas exóticas y por la que suben o bajan, alegres y bulliciosas, las parejas de bailarines; ellas, como delicadas mariposas de cien colores agradables y suaves; ellos, según sus respectivas contexturas físicas, ora como pingüinos, ora como teros, en la monotonía negra y blanca del masculino indumento.

La orquesta, ejecuta uno de esos tangos de moda, quejumbrosos y doloridos; cuya dramática letra, suele popularizarse tanto, que de igual modo es conocida de las abuelas que de las nietas y que tan cruel y perversa y sabiamente, armoniza con su música, que el danzarín, al ejecutar sus pasos, puede decir, que va pisando por sílabas, sobre el espejante "parquet", cuantos vocablos tiene el idioma, para designar a los seres o a los sentimientos más caros al corazón de los hombres...

ÉL (*que acaba de saludar a una pareja matrimonial, con esa vaga expresión de cortés aburrimiento, que suele patinar la cara de los hombres de mundo, cuando llegan a cierta edad,*

a Ella). — ¿Y estos... amigos, tienen hijos, han tenido hijos también?

ELLA (*sonriente y a tiempo que da un ligero toque a las patillas de su ondulada melena*). — ¡Ya lo creo!... Tienen seis, me parece...

ÉL (*también sonriendo*). — ¡Dioses inmortales!... Aquí todos tienen hijos, "asigún" se ve, como dicen los gauchos.

ELLA (*con el mismo acento de burlona malicia*). — Menos usted...

ÉL. — ¿Ha visto?

ELLA. — Por quedarse solterón...

ÉL (*que lo es por convicción y con firmeza y no de esos tristes solterones que andan siempre "como pidiendo permiso" o como llorando su arrepentimiento o mala fortuna; amable, pero con expresión lejana y distraída*). — Una muchacha... ¿Usted quizá la conozca? ¡Viera qué mujercita!...

ELLA (*curiosa e instantáneamente preocupada*). — ¿Una muchacha, dice?

ÉL (*sin mirarla y casi como si hablara consigo mismo*). — Muchacha o señora... No lo sé a ciencia cierta...

ELLA (*cada vez más interesada y apremiante*). — Sí... pero... ¿Cuándo, en dónde, aquí?

ÉL. — Sí, señora; aquí y no hace mucho rato...

ELLA (*entre sorprendida e inquieta, contrayendo el bello entrecejo*). — ¿Aquí, dice?... ¡No puede ser!

ÉL (*entre serio y burlón*). — ¡Palabra de honor!

ELLA (*tan nerviosa, que le toma familiarmente por la solapa del frac, como si se tratase de su hermano o su marido*). — Pero... ¿En serio?... ¿Le gusta en serio?

ÉL (*conteniendo un ligero impulso de risa*). — ¡Caramba, Ella!... ¿De qué otra manera podría gustarme?... A mí siempre me han gustado en serio las mujeres que... me han gustado...

ELLA. — ¡Hágase el gracioso!... Bien sabe lo que quiero decirle... ¿Anda buscando novia?... ¿Quiere casarse?...

ÉL (*burlón*). — ¡Y quién sabe no más!

ELLA (*tras una leve contracción de ceño, tornando a sonreír*). — Bueno, pero... ¿En dónde está esa maravilla, quiere decirme?

ÉL (*reprimiendo con esfuerzo un bostezo*). — Ah... Yo no sé en dónde estará ahora... La vi hace un momento, mejor dicho hace un rato ya, y temo que si tardo mucho en volver a hallarla, me va a parecer que soñé...

ELLA. — ¡Jesús!... ¡Qué entusiasmo, Él!... Ni que... ni que...

Y la señora se interrumpe para alargar el cuello y mirar lo mismo que Él mira en ese instante. Por la suntuosa escalera y sorteando los grupos de parejas que suben o bajan apresuradas y rumorosas; descienden lentamente dos damas. Una de ellas, muy rubia y ya metida en carnes, no ofrece interés alguno. En la otra, Él reconoce en seguida a la que acaba de recordar con tanto entusiasmo, hace un momento... Aquella mujer, no se parece físicamente a ninguna otra —por lo menos para los ojos de Él— y pese a lo mucho que rodó por el mundo, cambiando desilusiones, con tan numerosos como exquisitos ejemplares del bello sexo...

Es alta sin exageración, esbelta, pero con formas, flexible, pero con esa parca flexibilidad de los aceros muy duros. Tiene los cabellos de un color tan único, que hace pensar en que quizá sea ése el tono exacto en que el castaño claro se convierte en rubio... Los ojos no son ni grandes ni chicos; ni grises, ni verdes, ni celestes; pero tienen algo de esos tres colores, sin que pueda decirse que alguno de ellos prime sobre los otros, tal exactamente como ocurre con el color de su elegante y sobrio vestido; que ni es "beige", ni es marfil, ni es "palo de rosa"; pero que tiene, indudablemente, algo de todos ellos, sin que pueda decirse tampoco de cuál más... ¿Y la nariz? ¡Qué alarde de finura y de gracia ha hecho la madre naturaleza al modelar aquella deliciosa naricita recta, aquella naricita de porcelana tibia y elástica y de sutiles aletas nacaradas! Cuando la dama sonríe apenas, al saludar; muestra una dentadura maravillosa de corrección y, sobre todo, de raras trans-

parencias que más parecen de cristal o gema, que de efímero marfil humano...

Y si se suma a todo esto, un continente mesurado y una vaga expresión de tristeza en los ojos hondos, se podrá tener entonces una idea aproximada del encanto de la bella mujer que desciende la suntuosa escalera de honor del hotel de moda, ajustando su paso, al lento y cauteloso de su vulgar compañera...

ÉL (*que, como es de suponer, no ha pensado ni por un momento enterar a Ella del objeto de su interés; a la misma y al advertir el codazo inurbano con que una señora llama la atención de otra hacia la pareja que desfila*). — ¿Qué?...

ELLA (*que avanza cuanto puede la fina barbilla curiosa y mira a las que descienden, con los párpados entornados y el interés más visible; levantando levemente una mano*). — ¡Chist!... ¡Un momentito!...

Mientras tanto, las dos damas han llegado ya al pie de la escalera y puede notarse cómo atraen la atención general, o, mejor dicho, cómo la atrae la más bella.

Tres, cuatro, cinco... cabezas de mujeres se han vuelto más o menos brusca o indiscretamente para observarla; un patán que está allí con las manos en los bolsillos y esparrancado como un marinero mercante, pese a la corrección a que parecerían obligar ciertos trajes y ciertos sitios: clava sus ojos insolentes de borracho pendenciero; en el rostro de la joven señora, que baja los suyos para no mirarle...

ELLA (*muy excitada y sonriente, apoyando una mano sobre el brazo de Él*). — ¿Ha visto?... ¿La conoce?... Ésta es la famosa X... la divorciada... Ésta es aquella...

ÉL (*que debe haber experimentado una sensación semejante, a la que sentiría el jugador y hombre de mundo, que echó descreídamente una ficha sobre el tapete de juego y que después de haberla visto multiplicarse en pocos minutos, hasta el punto de hacerle concebir como una vaga y absurda esperanza de fortuna; ve de pronto que, como tenía que ocurrir y como ocurrió siempre, el rastrillo se lleva la bella colina de*

nácar, sin dejar el menor rastro). — ¡Ah!... ¡Ya sé!... Rodó mal, verdad?

ELLA (*que no entiende y que enarca un poco las cejas*). — No... sí... ¿Sabe? Ésta es la famosa Fulana, a la que el marido dejó plantada el año pasado...

ÉL (*que no ve en la desgracia de la dama sino motivos para que las demás mujeres la compadezcan*). — ¿Y qué culpa tiene la pobre?

ELLA. — Tiene que una mujer a quien le ha ocurrido eso, "quién sabe por qué", debería ser discreta y quedarse en su casa, en vez de venir a fiestas... ¡Vea!... Yo no sé, pero le aseguro que ya nadie la trata; le hacen el vacío y...

ÉL. — Es muy interesante...

ELLA. — ¿Le parece?... No digo que no... Tuvo mucho auge cuando soltera, pero ahora...

ÉL. — ¿Ahora?...

ELLA. — ¡Y usted comprende!... Se empieza a hablar y a hablar y a nadie le gusta comprometerse... Yo misma...

ÉL. — Sí, comprendo... La pobre no tuvo suerte... Pocas son las buenas mozas que suelen tenerla... "Rodó mal", como dicen los gauchos...

ELLA (*después de mirarle un instante, entre interrogadora y disgustada y como haciendo un esfuerzo penoso para comprender*). — ¿Qué rodó, dice?... ¿No entiendo?...

ÉL (*contraído el rostro por una expresión de aburrido desencanto y echando una postrer mirada hacia la esbelta figura que se aleja a través del gentío*). — ¡Oh!... ¡Es muy difícil!...

ELLA. — ¿Por qué, Él, por qué es muy difícil) (*en brusca transición y, sin duda, porque acaba de columbrar a su marido*). — ¡Ay!... ¡caramba, Él!... ¡Debe ser muy tarde ya! ¿Quisiera buscar a Severino?

ÉL (*después de mirar en su reloj*). — Las tres... Van a ser las tres...

ELLA. — ¡Oy!... ¡Jesús!... Acompáñeme... ¿Quiere?

ÉL. — Con mucho gusto...

* * *

Al cabo de buscar infructuosamente a Severino, el marido de Ella; por todos los salones, un poco cansados y otro poco aburridos, han venido a sentarse ante una de las mesitas del comedor, a esa hora casi desierto, y acodados ambos sobre el mantel, se miran silenciosos o miran casi con odio, aquellas "delicatessen" [1] despanzurradas, que dejó allí, como rastros de campamento, una anterior pareja.

La música de los lejanos salones de baile, llega hasta ellos, tan apagada y fragmentada por la distancia, que sería menester aguzar mucho el oído para distinguir qué es lo que ejecuta la orquesta...

ELLA (*después de reprimir un ligero bostezo de madre de familia ya habituada a recogerse temprano*). — ¿En dónde se habrá metido este señor?... (*riendo*). ¡Se escurre de entre las manos como una anguila!...

ÉL (*que ha llamado con un gesto a uno de los mozos de servicio*). — ¡Déjelo, pobre, que se divierta!... (*al sirviente*). Antes que nada, tenga la bondad de retirar estos lamentables restos...

ELLA. — ¡Eso es!... ¡Ustedes no piensan más que en divertirse!...

ÉL (*deseoso de desembarazarse del mozo que aguarda*). — ¿Qué tomaría con gusto, Ella?

ELLA (*con expresión de desaliento y sacrificio*). — ¿Y?... ¡Qué podría tomar! Tomaré un helado... Un helado de crema a la vainilla...

ÉL (*al mozo*). — Un helado de crema a la vainilla, para la señora y una taza de té con limón para mí...

ELLA (*burlona*). — ¿Todavía toma té con limón?

ÉL. — Así es... Yo soy muy consecuente para todas las cosas...

ELLA. — ¡Cállese, audaz!...

Él sonríe y se limita a ratificar su dicho, con una leve inclinación de cabeza, y por espacio de un largo minuto, ambos

[1] *Delicatessen*: En alemán golosinas, miniaturas.

se quedan en silencio, un tanto ceñudos y como entretenidos en observar los movimientos pueriles e inútiles, que Ella, en su nerviosidad, ejecuta con sus gruesas pulseras. Al cabo dice Ella, agitando la rubia cabeza como para apartar algún recuerdo molesto y sonriéndole a Él con esa expresión que suelen poner los que desean hablar de cualquiera cosa, con tal de distraerse un instante:

ELLA. — ¡Está bueno con la...! ¿Cómo fue que dijo? ¿Con la rodada... no?... ¡Sí!... ¡Eso es!... ¡Con la rodada!

ÉL (*como recordando, pero sin ningún interés*). — ¡Ah!...

ELLA (*bajando inútilmente la voz, porque no dice nada que merezca tal precaución ni hay allí cerca persona alguna que pueda oírseles*). — ¿Qué quiso decir hoy, con eso de la rodada?... ¿Se refería a algún cuento?

ÉL (*muy serio y circunspecto a tiempo que el mozo les sirve lo que pidieron antes*). — No a un cuento, precisamente, pero sí a un hecho observado por mí y que las circunstancias me hicieron recordar... ¡Una pamplina!...

ELLA (*una vez que el mozo se ha apartado y con una sonrisa de malicia*). — ¡No importa!... ¡A ver!... ¿Cómo es?

ÉL (*que revuelve parsimoniosamente su té, con el aspecto del que está pensando en otra cosa*). — ¿Para qué?... ¡No vale la pena, Ella!

ELLA (*con pueril insistencia*). — No importa. ¡Vamos!... ¿Un cuento de gauchos, verdad?...

ÉL (*serio*). — ¿De gauchos?... ¡De ninguna manera! (*reparando en que Ella no toma su helado*). Pero... ¿No se sirve?... ¿No está bueno, acaso?...

ELLA. — Sí, sí... Ahora... (*como haciendo un esfuerzo mental*). ¿No es de gauchos?

ÉL. — No, Ella... Es una simple observación sobre animales...

ELLA. — ¡Ah, sí!... ¿Caballos, no?...

ÉL (*con fingida gravedad*). — No, señora; no; no eran caballos, eran yeguas...

ELLA. — ¿Yeguas?

ÉL. — Sí, pues... y no se trataba de muchas, sino del caso interesante, de una sola yegua; de una potranca, de "una yegua jovencita", como decía Laura, ¿no recuerda?...

ELLA (*riendo*). — ¡Ah!.. ¡Es verdad!... ¡Cómo no! ¡Pobre Laura!...

ÉL (*irónico*). — ¿Por qué pobre?... ¿Le ha pasado algo malo?...

ELLA. — No. Es un modo de decir, simplemente...

ÉL. — ¡Ah!... Me alegro...

ELLA. — ...Ahí está con su marido y con sus hijos. Tiene un verdadero ejército...

ÉL (*que sigue revolviendo casi maquinalmente su taza de té, porque está pensando en varias cosas a la vez*). — Me alegro... ¡Excelente chica su hermanita!...

ELLA (*apartando un tanto el platillo del helado*). — Gracias... Pero... ¡Pero qué bueno, no, con la rodada!... ¿Cómo fue el caso entonces, Él? ¿La linda potranca corriendo por los campos, se cayó y se rompió una pierna, no?...

ÉL (*después de tomar un sorbo de té y en el tono de quien hace un esfuerzo para despabilarse*). — "¡Mais... non, pardon!"... No sea "italianita"... En primer lugar, la potranca [1] no se cayó, sino que rodó... Se cae una sirvienta que camina con una bandeja cargada de cristalería o de porcelana; se cae un gallego portero que limpia un farol al tope de una escalera; se caen los cabellos; pero un animal que se cae corriendo, no se cae... ¿Me comprende?... no se cae, sino que rueda, para nosotros los criollos...

ELLA (*con la misma punta de malicia e iguales deseos de bromear, para pasar el rato*). — Discúlpeme... Suponía que eso no tuviera mayor importancia...

ÉL (*con fingido escándalo*). — ¡No, señora!... ¡Está muy equivocada!... Si las cosas pudieran llamarse de cualquier modo, yo diría, por ejemplo: "Rodó el telón al finalizar la

1 ***Potranca***: **Yegua de menos de tres años.**

escena"... en vez de "cayó el telón", y ya ve usted que no me atrevo a decirlo...

ELLA (*con una sonrisa encantadora*). — Está bien, papá; no se enoje...

ÉL (*contrayendo cómicamente el ceño*). — ¿Qué es eso de "papá"?... ¿Cuándo pretendí yo ser su padre?... ¿No se acuerda ya, de cuando quería ser para mí "como una madrecita"?...

ELLA (*tornando a sonreír tras una leve contracción de su carita lustrosa y quizá "un poquito demasiado" retocada*). — Disimule el olvido y continúe si no le es molesto...

ÉL. — Gracias. Debo continuar de cualquier modo, porque no puedo sufrir que una criolla "a dos puntas" como usted, cometa errores de lenguaje tan graves. Las potrancas, suelen rodar, señora, como le decía, y cuando ruedan con demasiada violencia o desgracia, "quebrarse" las "manos"...

ELLA. — ¿Y por qué no patas, si me permite?

ÉL. — Porque aunque las potrancas tienen cuatro patas, como todo el mundo lo sabe, para nosotros los criollos, no tienen más que dos, que son las traseras. Las anteriores son manos... ¿Ha comprendido?

ELLA. — No del todo; pero continúe.

ÉL. — ¿Continúe... qué?... ¡Si ya he terminado!...

ELLA. — ¡No, señor!... ¡Qué ha de haber terminado!... Deseo que me relate ese cuento, o lo que sea, en todos sus detalles y con todos los agregados y mentiras que se le vayan ocurriendo al correr del tiempo...

ÉL (*con una reverencia*). — Ante argumento tan decisivo, tan sólo me resta... ¡Bien!... ¿Qué desea usted que le cuente?

ELLA. — ¡Qué vivo es usted!... ¡El cuento ese de la potranca, hombre, de la potranca que rodó y se rompió una pierna!

ÉL. — Una mano...

ELLA. — Sí, una mano o lo que sea; pero empiece de una vez...

ÉL. — Bien. El caso fue, señora, que hará unos diez años, quizás menos... ¿Ha visto cómo pasa el tiempo?...

ELLA. — ¿No diga?...

ÉL. — ¡En verdad que es como para no decirlo!... Bueno... ¡Pero no importa!... El hecho fue, señora, que hace ya algunos años, que por "a" o por "b", tuve necesidad de pasar toda una estación de invierno en el campo, mejor dicho, en un establecimiento de campo sito en el sur de nuestra gran provincia porteña y propiedad de uno de mis buenos amigos. ¿Qué?

ELLA. — ¡Nada!... ¡Siga!... Cuando andaba loco, perdido, por aquella...

ÉL (*interrumpiéndola risueño, pero incisivo*). — "¡Pardon!"... ¿Usted deseaba que le contara un cuento o que le refiriese algunas anécdotas de mi vida?...

ELLA (*picada*[1] *y no tan bajo como para que Él no alcance a oír un "¡Tan pavo!" incontenible, que se filtra entre los finos y apretados labios*). — ¡Bueno!... pero continúe, pues... ¿Qué espera?...

ÉL (*tras un breve compás de silencio*). — ...Todas las mañanas, tenía que cruzar de ida y vuelta una vasta extensión de campos de bañado[2], y puedo asegurarle, que nada tenían de agradables aquellos viajes al través de un paisaje monótono y desolado y a veces con temperaturas no mucho mayores de cero grados...

¡Hubiera usted visto, cuando se congelaba el agua de los cañadones, en cristales tan gruesos que alcanzaban a uno o dos centímetros!... Parecían una vez rotos, trozos de espejos y solían, con sus filos, ensangrentar las patas de los caballos, al quebrarse bajo su peso...

ELLA (*estremecida*). — ¡Qué horror!

ÉL. — ¿Ha visto?... ¡Y... "pas"[3] de estufas, como puede imaginarse!...

ELLA. — ¡Qué vivo!...

1 *Picada*: Molesta.
2 *Bañado*: Parte baja y anegadiza.
3 *Pas*: En francés signo de negación.

ÉL. — ¡Bueno!... Como le estaba diciendo, en aquellos viajes frecuentes al través de aquella desolación siberiana, yo no solía encontrar sino un espectáculo capaz de distraerme y de alegrarme...

ELLA. — ¡Ya sé!... ¿Alguna paisanita?...

ÉL (*con desaliento cómico*). — ¡Por favor, Ella! ¿Paisanitas en un bañado salvaje e inmenso, a las seis de una mañana de junio?... ¿O usted cree que las paisanitas viven en las lagunas, como las gallaretas[1] o los biguaes?[2]...

ELLA. — Bueno, bueno; prosiga... Pensé no más...

ÉL. — Bien. Ese espectáculo admirable de color, de belleza, de juventud y de fuerza, me lo ofrecían casi a diario, una punta de potrancas mestizas de carrera, a las que solía encontrar vagando como colegialas "rateras", por aquellos solitarios parajes...

ELLA. — ¿Lindas, Él?...

ÉL (*con entusiasmo sincero*). — ¡Preciosas, señora! Un lote de potrancas de diez y ocho meses, que parecía arrancado de un grabado inglés y cuya ascendencia noble podía advertir hasta el más profano, en la línea, en las proporciones, en...

ELLA. — ¿Tal vez serían hijas de aquel célebre caballo... ¿Cómo era que se llamaba?... Bota... ¡Botafogo!... ¡Eso es!... ¡Botafogo!... ¿No?...

ÉL (*resignadamente*). — Es posible... Viera usted. Todas de la misma edad... Alazanas más o menos rubias, más o menos tostadas; pero alazanas todas y todas alegres y traviesas y retozonas, como suelen serlo en cierta edad de la vida; los seres sanos y que no han sufrido todavía... Tan pronto como me divisaban las potrancas, cuyo grupo veía destacarse sobre el tapiz verde-sucio del bañado, como una brillante joya, corría entre ellas un estremecimiento eléctrico y en seguida, muy altas las airosas cabezas y muy enhiestas[3] las largas orejas buidas[4]; se venían hacia mí a gran galope, ora en pelotón com-

1 *Gallareta*: Gallina de agua, de color negro; se asemeja al pato.
2 *Biguá*: Cuervo marino de grito sordo y desagradable.
3 *Enhiestas*: Levantadas.
4 *Buidas*: Afiladas, delgadas, flacas.

pacto, ora abiertas en ala, como indios o boleadores de ñandúes.

Casi siempre, se producía el encuentro a inmediaciones de una tranquera que yo debía abrir para entrar en el campo vecino; y, por lo tanto, era allí en donde nos proporcionábamos —ellas y yo— nuestro respectivo e interesante espectáculo... ¡No se ría!...

ELLA. — No me río...

ÉL. — Sí... Pero crea que lo digo con fundados motivos... Yo las miraba juguetear hasta cansarme y entonces me iba; pero ellas no se cansaban de mirarme y aun me seguían un gran trecho...

ELLA (*riendo*). — ¡Qué bueno! ¿No?

ÉL. — ¿Ha visto? ¡Bien!... Aunque, como le decía, todos aquellos jóvenes animales eran hermosos; había una potranca; que por su belleza extraordinaria, se destacaba en tal forma, que venía a ser a justo título, como la reina del lote aquel, o para hablar "en criollo", de aquella "punta"... ¡Qué ejemplar más soberbio de animalito, señora!... ¿Recuerda usted a Moratín? [1]...

ELLA. — No...

ÉL. — Cada vez que la veía disparar sobre el bañado, como una maravilla de oro y siempre a la cabeza del grupo; se me venían a la memoria aquellos versos en los que el viejo Moratín hace el elogio del caballo de de Vivar:

"Jamás del ancho rodeo
Que da el Betis,
Pudo soñar el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo..."

Era una alazana rubia...

ELLA (*con una sonrisa pícara*). — ¿De bruta, entonces?... Estampa de bruta habría que decir en el caso. ¿No?

1 *Nicolás F. de Moratín*: Poeta neoclásico, padre de Leandro, el autor de *El sí de las niñas*. Se caracterizó por su acierto en la descripción, particularmente en las quintillas de *Fiesta de toros en Madrid*.

ÉL (*con otra sonrisa*). — Es verdad... No me había fijado... ¡Con razón dicen los psicólogos que ustedes las mujeres, ven donde no alcanzamos a ver los hombres!

ELLA. — ¿Ha visto?...

ÉL. — ¡Ya!... Bueno, como le decía; era una potranca alazana rubia, de un vigor y de una belleza tan extraordinarios, que con ser hermosas todas sus compañeras, parecían reconocer su indiscutible superioridad, pues la seguían y la rodeaban y la adulaban, del mismo modo, que el común de los hombres y de las mujeres a aquellos de sus semejantes que por cualquier ventaja se destacan. Mi potranca —diré así para facilidad del relato— mi potranca debía tener hasta la vista y el oído superiores a los de sus lindas compañeras. Si estaban desparramadas por el campo, ramoneando despreocupadamente ese césped verde-veronés [1], con que el invierno decora los albardones [2]; ella era siempre la primera en comunicar la noticia a las camaradas con un breve y cristalino relincho: "¡Ahí viene el tipo!"... les diría en el lenguaje extraño de su especie, o bien: "¡Ahí viene el espantajo!" o "el quién sabe cuánto", ya que es patrimonio de la juventud, eso de poner motes risueños y de hacer burla hasta de las cosas más respetables...

ELLA (*riendo*). — ¡Está bueno!...

ÉL. — En cuanto mi potranca anunciaba mi presencia, con aquel relincho capaz de hacer enloquecer en sus "boxes", a los más aristocráticos y empacados exponentes de su raza; las compañeras inmediatamente dejaban de pastar, para reunirse bajo su atrevida dirección y lanzarse hacia mí, con el mismo aire chacotón y desenfadado, con que un grupo de muchachonas traviesas y despreocupadas acudirían a burlarse de algún ente ridículo, y yo, por el gusto de observarlas un rato a mi sabor, desmontaba y apoyado en el caballo, me ponía a fumar un cigarrillo.

1 *Verde-veronés*: Alusión al especial tono de verde empleado por el célebre pintor Pablo Caliari, el Veronés.
2 *Albardón*: Faja pequeña de tierra que sobresale entre pasajes anegadizos.

¡Las viera usted qué audaces y con qué atrevimiento cada vez mayor, a medida que se iban convenciendo de la ausencia de peligro, se aproximaban para mirarme! A veces llegaban a detenerse a diez pasos de mí y desde esa distancia y prontas a dispararse como saetas; me observaban con sus grandes ojos de expresión casi femenina, relinchaban, se mordían las unas a las otras, ejecutaban las más burlescas cabriolas y por poco "no me sacaban la lengua"... Entonces yo, para aumentar la "jarana" o más bien para proporcionarme el hermoso espectáculo de la brusca disparada de las potrancas; solía dar de repente, con un gran grito, o sonoro lonjazo sobre el cañón de una bota, y era de ver entonces cómo saltaban aquellos jóvenes y vigorosos animales; como al impulso de un resorte, para huir por el campo, como un remolino de polvo, como una exhalación... ¡Ah, ah!... ¡Y ella, mi potranca dorada, siempre "en punta", siempre a la cabeza del lote, como una arañita rutilante empujada por el viento! ¡Palabra de honor, señora!... ¡Tenía un pique mi potranca, que parecía un tiro de revólver... ¡Pobrecita!...

ELLA. — ¿Por qué pobre?...

ÉL (*serio y sin que ella pueda saber si lo finge o si lo está de verdad*). — Verá, señora... Un día, o mejor dicho, para ser exacto, una tarde muy fea de viento y llovizna; pasaba yo apresuradamente por aquellos lugares; en donde tantas veces encontré a las potrancas; cuando me llamó la atención la silueta borrosa y lejana de un animal yeguarizo, que iba lenta y claudicante por la costa del cañadón solitario... "¡Pobre! —me dije inmediatamente—. Es un caballo quebrado de una mano"... Y como soy compasivo —por más que usted crea lo contrario— apartándome del rumbo, galopé hacia donde se hallaba el animal lastimado y...

ELLA (*casi con alborozo*). — ¡Y era su potranca!... ¿Su potranca, verdad?...

ÉL. — ¡Justamente!... ¡Era mi pobre potranca dorada!... ¡Pero viera usted qué dolor y qué miseria!... Una fractura

limpia y completa de la canilla de la mano derecha, cuyo casco pendulaba a los esfuerzos del andar a saltos, como una bola siniestra; de lodo y sangre...

ELLA (*con un estremecimiento*). — ¡Oy, qué horror!

ÉL. — ¿Ha visto?... ¡Pobrecita!... Flaca, un espectro, una sombra de lo que fuera... Aquel oro luciente de su piel... Todo opaco, sucio, frisado a contrapelo y... ¡los ojos, señora!... ¡Oh, qué ojos de dolor, de amargura y de desencanto!

ELLA. — ¡Pobre!... ¡Qué cosa! ¿No? Pero... ¡Dígame!... ¿Y las amigas, las compañeras?...

ÉL (*perverso, mas fingiendo ingenuidad*). — ¿Las compañeras?... ¡Ni una, señora, ni una sola en toda la redondez del horizonte!...

ELLA (*espontánea, sin poder contenerse*). — ¡Qué brutas! (*riendo avergonzada*). ¡Ay, perdone!... ¡Qué loca! ¿No?

ÉL (*serio siempre*). — De ninguna manera... Se lo merecen, que aun hicieron algo peor que eso que a usted la indigna.

ELLA (*infantilmente azorada*). — ¿Qué, Él, qué hicieron?...

ÉL. — ¡Ah!... ¡Una canallada muy grande!... Verá usted: Algunos días después, de este lamentable episodio de mi encuentro con la desdichada potranca; tuve necesidad de volver a pasar por aquellos mismos lugares, esta vez acompañado por un gaucho capataz de la estancia amiga en la que me hallaba de huésped. Había llovido abundantemente en esos últimos tiempos y nuestros caballos galopaban sobre el campo anegado por los desbordes de los cañadones. Yo, que por motivos que no hacen al caso, iba un poco abstraído y, por lo tanto, en absoluto olvidado de la potranca y de su drama; tuve por fuerza, que recordarla de pronto. Allá, junto a la orilla de una laguna y destacándose sobre el verde-gris de los céspedes lodosos; acababa de columbrar[1] el bulto rojizo, característico e inconfundible, de un animal más o menos recientemente desollado...

1 *Columbrar*: Divisar.

—¿Y eso? —le pregunté al paisano que galopaba a mi derecha, bastante abierto para no alcanzarme con el agua que levantaba su tordillo sabino, empapado, embarrado y salpicado de lama hasta las crines.

—¡Ah, ah! —me contestó el hombre—. Una usamenta... Una potranca mestiza, el campo de Aguirre; que se quebró vez pasada, rodando.. ¿No la vido?...

—Sí, la vi —repuse—. La vi quebrada de una mano, pero... ¿Por qué la harían matar?... Quizá...

—No la mandaron matar —me explicó el entonces gaucho—. Pa decir verdá, la mataron las compañeras mesmas, como es costumbre entre animales. En cuantito me la hallaron quebrada y andando en tres patas; ya la echaron al suelo a patadas y a mordiscones y después, como no se pudo levantar, vino y me la ahugó la crecida del agua...

ELLA (*con un gesto de horrorizado asombro*). — ¿De veras, Él?... ¿Así pasó?

ÉL (*muy serio*). — ¡Palabra de honor!

ELLA (*con los ojos abismados*). — ¡Qué barbaridad! ¡Las mismas compañeras!...

ÉL. — ¡Justo y cabal!...

ELLA. — ¿Y por qué?...

ÉL. — ¿Y?... ¡Vaya uno a saberlo!... Quizá sea muy mal mirado en la sociedad de las potrancas, eso de rodar, de pegar una mala rodada... Usted sabe que la sociedad elimina...

ELLA (*interrumpiéndole con vehemencia*). — Pero... ¡es una brutalidad, una brutalidad sin nombre!...

ÉL. — ¿El qué?...

ELLA. — ¡Pero hombre!... ¡Eso de la potranca!... ¡Mire usted que la más linda y la más prestigiosa y la más simpática de todo el grupo!...

ÉL (*malicioso*). — De todo el lote...

ELLA (*sin escucharle*). — ...¡Venir a sucumbir así, tan miserablemente, empujada a la muerte por la crueldad y por la envidia!... ¡Sí!... Por la envidia de las compañeras, que se la

tenían guardada por el pecado de ser más linda que ellas y que en vez de ayudarla...

ÉL (*interrumpiéndola burlón*). — ...La ayudaron caritativamente a eliminarse... (*observando de reojo al marido de Ella, que se acerca*). Ahí viene su...

ELLA (*excitada y sin atender el aviso*). — ¡No haga el gracioso!... ¡Vea!... ¡A usted le parecerá quizá una tontera mía, pero le aseguro que su cuentito, inventado o no, es de los que hacen sublevar la sangre!...

ÉL (*incorporándose para saludar a Severino*). — Al contrario, señora. La caridad, aunque sea para con los animales, es una virtud muy noble.

BIBLIOGRAFIA

La bibliografía de Benito Lynch realizada por Horacio Jorge Becco y Marshall Nason ha sido publicada en el Boletín Bibliográfico del Fondo Nacional de las Artes, octubre-diciembre de 1960.

JUICIOS

Benito Lynch no entiende que la novela debe ser pura acción, en el sentido de la pura intriga, ni tampoco puro análisis psicológico. Sus novelas son el reflejo de la vida real, tal cual es, múltiple y varia; sus capítulos, cuadros de costumbres de una fidelidad que sorprende. No podrá proponerse el nombre de ningún escritor uruguayo o argentino que haya pintado el campo con más verdad que Lynch.

Roberto F. Giusti: *Crítica y polémica*, tercera parte, Buenos Aires, 1927.

Las novelas de Lynch son, en efecto, novelas rurales, que ubican a los humildes en su medio. Lynch es uno de los principales representantes de la literatura de la pampa; a la pasión y el estetismo de Güiraldes él opone su humor, su hombría de bien, también su amor.

R. Bazin: *Histoire de la Litterature Americaine de langue espagnole*, Buenos Aires, 1953.

El arte narrativo del autor de *De los campos porteños* equilibra con inusitado rigor el registro de sobrias notaciones para caracterizar así temperamentos como paisajes. Ambos se funden en sus proyecciones subjetivas. En el naturalismo atemperado de sus novelas el prurito de describir está ausente y el paisaje enmarca la acción, sujeto a dosis estrictas. Ahora bien, tal economía se ciñe en el cuento de Lynch a una suma de detalles escuetos llevados al máximo.

Luis Emilio Soto: *El cuento* en *Historia de la Literatura Argentina*, dirigida por Rafael A. Arrieta, Buenos Aires, 1959.

ÍNDICE

	PÁG.
Introducción, por *Leonidas de Vedia*	7
La espina de junco	11
Un angelito gaucho	23
El potrillo roano	37
Un negocio en pieles	47
Tormentas	69
A la fuerza	79
Travesiando	87
"Limay"	93
La esquiladora	111
La chuña	135
El sacrificio de Blas	149
Hombres y teros	167
Caritas	187
Bibliografía-Juicios	205

LIBRERIA
"SARMIENTO"
LIBERTAD 1214
T.E. 41-4792-9500

AI V
$440-

CCRV

Esta sexta edición consta de 10.000 ejemplares y se terminó de imprimir en **Artes Gráficas Cadop**, calle Zañartú 1383, Buenos Aires, República Argentina el día 28 de mayo de 1974.

Esta es una obra clásica de la literatura argentina. Los aciertos más reiterados de Lynch están presentes en este libro: calidad estilística, destreza narrativa, pintura realmente ejemplar del medio, sutileza y penetración en los caracteres. Y entre ellas, con su pujanza dominante, el don esencial de Lynch: darnos la sensación de humanidad, hacer de cada personaje un ser viviente que desborda las páginas del libro y nos impone, más allá de él, las perspectivas probables de su destino.

Con notable precisión, en sus novelas fundamentales **Los caranchos de La Florida, El inglés de los güesos** y **El romance de un gaucho**, Benito Lynch nos ha ofrecido seres que vibran en la dinámica de sus existencias y nos comunican su vitalidad, que es condición esencial del arte.

Igualmente, esa naturalidad, esa condición de evidencia surge nítida sobre todo en el tratamiento de niños y adolescentes, siempre asistidos por su simpatía y su ternura viril. Análogamente, algunas de sus descripciones, situadas en el plano más alto de la literatura de la lengua, nos llevan a considerarlo el prosista que más intensa y sobriamente captó el alma de las llanuras bonaerenses, la vida de las poblaciones y su intensa, agreste poesía.

EDITORIAL TROQUEL S.A.
SAN JOSE 157 T. E. 38-0118/0349 BS. AS.